

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,  
URBANOS Y AMBIENTALES

DESVENTAJAS ACUMULADAS E INVOLUCRAMIENTO JUVENIL EN  
SITUACIONES DE VIOLENCIA EN CIUDADES DE ALTA DELICTIVIDAD  
EN MÉXICO, 2014

Tesis presentada por  
ALEJANDRA PÉREZ PÉREZ

Para optar por el grado de  
MAESTRA EN DEMOGRAFÍA

Directores de tesis  
OLGA LORENA ROJAS Y JOSÉ LUIS CASTREJÓN

MÉXICO, DF  
JULIO DE 2016

## **Agradecimientos**

A mis directores de tesis, Olga Lorena Rojas y José Luis Castrejón, quienes no sólo me guiaron en el proceso de elaboración de esta tesis, también me motivaron a llegar más lejos de lo que yo misma creí poder lograr.

A mi familia, en especial a mi mamá y mis hermanos, quienes soportaron mi mal carácter cada final de semestre y nunca dejaron de darme su apoyo y tener consideraciones durante toda la maestría. A mi papá, por enseñarme el amor a las ciencias sociales y el trabajo por las causas justas.

A mis amigos, quienes, aunque desaparecí por meses, siguen ahí. A Mirsa por confiar siempre en mi capacidad y animarme en los momentos de mayor desesperación. A Jesús, por escucharme siempre y recordarme que “primero es la escuela”. A Ernesto, por ser un exagerado amante de la buena ortografía y redacción, de quien he aprendido mucho.

A todos mis compañeros de la maestría, con quienes casi viví en El Colegio estos dos años. De ustedes aprendí muchísimo. Gracias por compartir y escuchar las frustraciones académicas y personales; con ustedes la carga siempre pareció más ligera.

A los profesores de la maestría. El conocimiento más valioso que adquirí es saber que la única forma de llegar lejos es trabajando duro, reconociendo nuestras fortalezas y debilidades. Pude comprobar que detrás de los prestigiosos investigadores hay personas que ríen, sufren y se estresan por terminar a tiempo su trabajo. Gracias por su paciencia y entrega dentro y fuera del aula de clases. En particular agradezco a Carlos Echarri por haberme recomendado el uso de la Ecopred y a Cecilia Rabell por haber contribuido como lectora, con su crítica constructiva y comentarios certeros a la elaboración de esta tesis.

A El Colegio de México por darme tantas comodidades para estudiar que, aunque en nuestro país parecen privilegios, todos los estudiantes debería tenerlas.

Finalmente, al CONACYT, que financió mi existencia durante estos dos años. Sin la beca habría sido imposible llegar hasta este momento.

## Resumen

En esta tesis se abordan las características de jóvenes urbanos, denominadas ventajas o desventajas, para conocer el nivel y dirección de su correlación con la probabilidad de haberse involucrado en situaciones de violencia. Se presta especial atención al impacto de la desigualdad socioeconómica y del género en dicha correlación.

La población en estudio son jóvenes urbanos, de 12 a 29 años, habitantes de 47 zonas urbanas de México con alta incidencia delictiva. A partir de la Encuesta de cohesión social para la prevención de la violencia y la delincuencia (Ecopred) de 2014 se construyeron tres modelos de regresión logística que tienen como variable dependiente una forma de involucramiento o de riesgo de involucramiento en situaciones violentas: haber sido víctimas, haber tenido conductas de riesgo y tener relaciones sociales de riesgo.

Considerando la multicausalidad de la violencia, se incluyen variables explicativas en tres niveles de análisis: individual, del hogar y de la colonia, incluyendo características sociodemográficas e índices del ambiente de convivencia en el hogar y del riesgo en la colonia.

Los resultados indican que el género es el factor más asociado con las tres formas de medir violencia, más que el estrato al que pertenecen los jóvenes y las formas de convivencia en el hogar. Lo que permite concluir que las pautas culturales que determinan el comportamiento de los jóvenes varones y los obligan a “demostrar” su virilidad y construir su masculinidad por medio del ejercicio de la fuerza sobre otros hombres o mujeres es una causa importante del comportamiento violento.

La correlación con el estrato socioeconómico (forma de incluir la desigualdad social en la investigación) fue más baja de lo esperado. Resultó más significativa la forma de relacionarse dentro del hogar de los jóvenes: quienes viven en hogares de convivencia más hostil tuvieron mayor probabilidad de involucrarse en violencia, es decir la hostilidad en el hogar es una desventaja; en contraste, vivir en hogares con ambientes armoniosos es una ventaja que reduce la probabilidad de que los jóvenes se hayan involucrado en situaciones violentas.

## Contenido

<b>Agradecimientos</b> .....	i
<b>Resumen</b> .....	ii
<b>Introducción</b> .....	1
<b>Capítulo 1. Antecedentes de investigación</b> .....	4
1.1 Violencia intrafamiliar.....	4
1.2 Violencia y desigualdad social .....	11
1.3 Violencia y género.....	13
1.4 Consideraciones finales .....	16
<b>Capítulo 2. Marco teórico y planteamiento del problema</b> .....	18
2.1 Marco teórico.....	18
2.1.1 Acumulación de desventajas y violencia juvenil .....	18
2.1.2 Análisis de la violencia con perspectiva de género.....	23
2.1.3 Desigualdad social y violencia.....	26
2.2 Planteamiento del problema .....	29
Preguntas de investigación.....	29
Hipótesis .....	30
<b>Capítulo 3. Estrategia metodológica</b> .....	32
3.1 Fuente de información y población estudiada .....	32
3.2 Fases del análisis estadístico.....	33
3.2.1. Elaboración de índices e indicadores.....	33
3.2.2. Análisis descriptivo.....	44
3.2.3. Regresiones multivariadas .....	48
<b>Capítulo 4. Análisis descriptivo. Comportamiento de las variables analizadas</b> .....	50
4.1 Características de los jóvenes entrevistados .....	50
4.2 Indicadores de violencia .....	52
4.2.1 Violencia intrafamiliar .....	52
4.2.2 Violencia en el ámbito social.....	59
4.3 Consideraciones finales .....	69

<b>Capítulo 5. Desventajas asociadas al involucramiento de los jóvenes en situaciones de violencia en ámbitos sociales</b> .....	71
5.1 Desventajas correlacionadas con haber sido víctima de violencia en el ámbito social .....	71
5.2 Desventajas correlacionadas con haber tenido conductas de riesgo.....	77
5.3 Desventajas correlacionadas con tener relaciones sociales de riesgo.....	83
5.4 Consideraciones finales .....	87
<b>Conclusiones generales</b> .....	89
Apéndice .....	93
Bibliografía.....	97

## **Introducción**

Los altos niveles de delincuencia y criminalidad a nivel nacional, el incremento de delitos como el robo en la vía pública y el transporte público, la extorsión, el robo total o parcial de vehículos, las amenazas, el fraude y el robo a casa habitación (DOF, 2014) han provocado que la inseguridad sea el principal problema percibido a nivel estatal por 58% de la población mexicana (ENVIPE, 2015).

La cotidianidad de este tipo de conductas genera una percepción de la violencia como un medio común para solucionar conflictos, particularmente entre quienes la viven más de cerca. Morrison y Shifter (2005) afirman que sociedades con antecedentes recientes de conflictos civiles presentan incrementos en los homicidios y capacidades disminuidas de los sistemas justicia, lo cual podría interpretarse como tolerancia a la violencia. Por ello es necesario profundizar en el análisis del fenómeno desde las ciencias sociales y proponer soluciones pertinentes.

Los estudios sobre la violencia en México se han enfocado a la problemática relacionada con altos niveles de inseguridad en el país, maltrato infantil y contra las mujeres. La violencia ha sido analizada desde diversas disciplinas con distintos enfoques, entre ellos encontramos la perspectiva jurídica, enfocada a la comisión de delitos; la biológica, que busca encontrar las relaciones entre comportamiento violento y características fisiológicas de los individuos; la psicológica, enfocada a los determinantes de las conductas violentas a través de experiencias y relaciones interpersonales o de hechos traumáticos vividos en el pasado; y la sociológica, que busca conocer las relaciones, condiciones y situaciones sociales que explican los hechos violentos, a ella es a la que se apega esta investigación.

La situación de nuestro país en materia de delincuencia e inseguridad ha motivado a algunas instituciones a trabajar tanto en la elaboración de análisis como en la generación de información que permitan elevar la seguridad en el territorio nacional. Es particularmente pertinente mencionar los esfuerzos realizados con estos objetivos en el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI).

Dadas las circunstancias críticas en México de violencia y delincuencia desde 2007, la institución ha llevado a cabo una serie de encuestas sobre inseguridad. En 2014 levantó la Encuesta de cohesión social para la prevención de la violencia y la delincuencia (Ecopred), con ella se pretende captar el proceso, causas y consecuencias de las conductas violentas desde la perspectiva de los

jóvenes. Su objetivo principal es identificar, “desde diferentes perspectivas, los factores de riesgo presentes en los jóvenes mexicanos que generalmente son asociados con el inicio o consecución de una carrera delictiva” (ECOPRED, 2014). La innovación más importante es que se analizan las situaciones de conflicto en el interior de las familias de los jóvenes entrevistados y, al mismo tiempo, si tienen relaciones riesgosas, conductas violentas o delictivas y si son víctimas de agresiones en el entorno social (escuela, trabajo o vía pública) y en el hogar. Por tal motivo se emplea como fuente de información básica en esta investigación.

A partir de ella se generan una serie de índices, basados en las respuestas de jóvenes urbanos entre 12 y 29 años, que sintetizan la información sobre las relaciones entre los miembros del hogar y las percepciones de riesgo en la colonia. Dichos índices, junto con otras características sociodemográficas a nivel individual y del hogar, se conciben como posibles desventajas que, acumuladas, incrementan la probabilidad de que los jóvenes se involucren en situaciones de violencia en el ámbito social, como víctimas o victimarios. Debe considerarse que al no ser siempre explícita, la violencia podría no ser identificada por los jóvenes en algunos casos y, en otros, puede no ser reportada, en particular cuando es ejercida por algún familiar; por ambos motivos es importante tener en cuenta que el número de casos de involucramiento en situaciones de violencia puede estar subestimado.

Lo que se pretende con esta investigación es demostrar que los jóvenes acumulan desventajas a lo largo de su vida que los impulsan a tener comportamientos violentos fuera del ámbito familiar. En este trabajo se empleará la definición de violencia de la Organización de las Naciones Unidas: “La violencia es el uso intencional de la fuerza física, amenazas contra uno mismo, otra persona, un grupo o una comunidad que tiene como consecuencia o es muy probable que tenga como consecuencia un traumatismo, daños psicológicos, problemas de desarrollo o la muerte” (OMS, 2016). Como se pretende analizar desde una perspectiva de relación social, la violencia hacia uno mismo, un grupo o una comunidad no serán de interés particular. Además, se incluye en el estudio cualquier forma de violencia, sin importar el tipo de consecuencias que pudiese generar.

Las 47 ciudades donde se levantó la encuesta son las de mayores tasas delictivas en México (Tabla 1 del Apéndice), por lo que podría existir un sesgo en las respuestas de los jóvenes que no permite generalizar los resultados a nivel nacional ni a ciudades con poca delincuencia. Sin embargo, esta

tesis da un panorama amplio de los factores asociados a las conductas violentas en un contexto donde la desigualdad y la exclusión polarizan cada vez más a las ciudades latinoamericanas, mismas que dan pie al involucramiento de los sectores marginados en actividades ilícitas, lo cual a su vez reduce la cohesión social (Nava, 2014).

Además, se considera la socialización primaria, que es el aprendizaje de normas, valores y roles sociales en la familia (Berger y Luckman, 2003) como elemento esencial para aprender las conductas violentas, lo que generaría en los individuos otro tipo de normalización de la violencia, basada en relaciones de poder entre géneros y entre generaciones dentro del hogar. Cuando los jóvenes salen del ambiente familiar a otros entornos se enfrentan a formas de socialización en las cuales pueden ser víctimas o agresores de otros individuos. En ambas situaciones hay factores que favorecen su involucramiento en este tipo de situaciones; estos son considerados en el presente trabajo como desventajas y, en oposición, las ventajas son los elementos protectores que reducen la probabilidad de que los jóvenes tengan relaciones o conductas de violencia.

El involucramiento en situaciones de violencia se mide con tres indicadores generados con base en las respuestas de los jóvenes recuperadas por la Ecopred-2014: haber sido victimizado en el ámbito social, haber tenido conductas de riesgo y tener relaciones sociales de riesgo. Estos indicadores se manejan como variables dicotómicas para elaborar modelos de regresión logística que explican cómo intervienen las desventajas en la probabilidad de estar involucrado en alguna de las formas de violencia.

La estructura de la tesis es la siguiente: En el primer capítulo se hace una revisión crítica de las investigaciones previas sobre violencia y los factores asociados a ella, particularmente en la infancia y juventud de los individuos. En el segundo capítulo se presenta el marco teórico y el planteamiento del problema; en el marco teórico se aborda la teoría de acumulación de desventajas, la perspectiva de género y la desigualdad social como principales ejes analíticos para entender la participación juvenil en hechos violentos. En el tercer capítulo se desarrolla la estrategia metodológica. En el capítulo cuatro se hace un análisis descriptivo de las variables explicativas (posibles desventajas) y de los indicadores de violencia en el ámbito social, para conocer la relación bivariada entre ellas. En el capítulo cinco se analizan los resultados del modelo logístico elaborado para cada indicador de involucramiento en situaciones violentas.

## **Capítulo 1. Antecedentes de investigación**

En este capítulo se presentan los resultados de investigaciones previas sobre violencia intrafamiliar, violencia y desigualdad social, y violencia y género. El objetivo es conocer hallazgos básicos que permitan plantear preguntas de investigación e hipótesis pertinentes.

### **1.1 Violencia intrafamiliar**

La mayoría de los trabajos elaborados sobre este tema se centran en las mujeres como víctimas, principalmente con sus parejas como agresores. En relación con la violencia ejercida hacia las mujeres, la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH) es un referente básico en México. Ésta pretende recuperar los tipos de violencia sufrida por las mujeres en diversos ámbitos y momentos de su vida, hasta ahora ha sido levantada en tres ocasiones: 2003, 2006 y 2011. A partir de un análisis comparativo de las tres rondas, Serrano y Casique (2013) llegan a concluir que, pese a una posible reducción de las formas de violencia, las mujeres siguen siendo víctimas de ella en el hogar y su pareja sigue siendo el principal victimario. Los autores mencionan las características de escolaridad, edad, tipo de unión, hablar alguna lengua indígena y baja posición socioeconómica de las mujeres como factores que inciden en el riesgo de sufrir violencia, sin embargo no especifican si estas características incrementan o disminuyen dicho riesgo.

Enfocadas a analizar las causas de la violencia contra las mujeres, García y de Oliveira (1994) encontraron que las mujeres jefas económicas del hogar son más vulnerables a sufrir violencia por parte de sus parejas. Esto es causado por la idea de que el hombre debe ser proveedor y, por lo tanto, cuando ellas aportan la mayor parte del ingreso, ellos se sienten amenazados y en ocasiones recurren a distintas formas de agresión para reafirmar su autoridad. Esta situación se ve agudizada por las condiciones del hogar: el hacinamiento, la tensión en el trabajo o la pobreza incrementan las situaciones violentas en la familia.

La investigación de Rojas (2016) abona información sobre los conflictos entre hombres y mujeres en el hogar en años recientes. En ella se sostiene que las familias, particularmente de sectores populares, rurales e indígenas —es decir, en contextos empobrecidos y precarios—, enfrentan problemas cuando las mujeres trabajan fuera del hogar, porque simboliza una incapacidad masculina de cumplir el ya mencionado rol de proveedor y, por lo tanto, una potencial amenaza de

la mujer a su desempeño masculino. En consecuencia, los varones recurren a distintos tipos de violencia, sea física o emocional, para tener el control de su pareja.

En contraste, la autora indica que en algunas familias de clase media, y cada vez con mayor frecuencia, existe resistencia femenina a los distintos tipos de violencia. La mayor escolaridad y la inserción en el mercado laboral femeninas han provocado el empoderamiento de las mujeres, que, aunado al incremento de la escolaridad masculina, ha permitido que las parejas flexibilicen sus roles de género e intenten llegar a acuerdos por medio del diálogo<sup>1</sup> (Rojas, 2016).

Por medio de entrevistas a profundidad, Ramírez (2007) recupera testimonios de varios hombres habitantes de la ciudad de México provenientes de familias con bajos recursos, quienes describieron la violencia observada entre sus padres cuando ellos eran niños, así como los sentimientos y los pensamientos que ésta les causaba. En general, la mayor violencia era ejercida por el padre hacia la madre; esta situación es interpretada por la autora como el ejercicio de una relación de poder donde el varón tiene una posición jerárquica superior a la de la mujer. Una repercusión de esta situación en los entrevistados fue la frustración respecto a la pasividad de su madre al maltrato, aunque finalmente “Esta tolerancia femenina ante el ejercicio de la violencia fue pautando la idea de que las mujeres aceptan que el varón tenga la mayor jerarquía y, con ello, la facultad de ejercer violencia” (Ramírez, 2007, p 96).

En cuanto a la violencia ejercida por las mujeres hacia su pareja, en la misma investigación se presentó con más sutileza y basada en chantajes. Algunas humillaban o menospreciaban a su pareja porque no ejercía el papel de hombre proveedor y responsable de su familia, por ejemplo cuando su salario era muy bajo o gastaba mucho dinero en alcohol. En los pocos casos en que la mujer violentaba al marido, los entrevistados no declararon que él ejerciera violencia física contra ella (Ramírez, 2007).

La autora concluye que algunos varones pueden aprender, por medio de la socialización en la familia, que a las mujeres se les debe dominar para que sean obedientes y respeten a su pareja. En su estudio, los hombres entrevistados que observaron violencia entre sus padres tendieron a

---

<sup>1</sup> No podemos hablar de relaciones de igualdad generalizadas en las clases medias, pues las mujeres aún siguen siendo las principales responsables del trabajo doméstico, independientemente de que realicen actividades extradomésticas remuneradas o no (Pedrero, 2014).

asimilar la idea de que el respeto de la pareja, sea hombre o mujer, se gana mediante el maltrato, como demostración de superioridad. Esta situación se explica a partir de la inequidad de género, pues se espera de los hombres mayor fuerza y dominación sobre las mujeres (Ramírez, 2007).

Respecto a las investigaciones orientadas a analizar a los hijos como víctimas de violencia en el hogar, Hoffman, Ireland, y Widom (1994) recuperan los resultados de varias investigaciones estadounidenses donde se analiza la reproducción de patrones de comportamiento agresivo o violento entre niños y jóvenes. Algunos investigadores demostraron que ser víctima de violencia por parte de los padres provoca una conducta infantil violenta, la cual se genera porque los niños aprenden a resolver problemas o defenderse mediante agresiones; más tarde, haber sido víctimas los hace más propensos a ser violentos en su relación conyugal. En un análisis posterior logran ser mucho más específicos, pues concluyen que cuando son adultos, los hijos varones tienden a imitar el papel del padre, sea víctima o agresor, y las hijas el de la madre (Hoffman, Ireland, y Widom, 1994).

Para nuestra región, Alvarado (2014a) da cuenta de la importancia de la familia en el acercamiento de los jóvenes a la violencia. Como resultado de entrevistas grupales a jóvenes de diferentes zonas urbanas en Latinoamérica, destaca la idea de que el primer contacto con situaciones violentas que tuvo la mayoría fue en su hogar, en general percibiéndose como víctimas de sus padres y como agresores respecto a sus hermanos. Esta situación es diferenciada por estrato; los jóvenes habitantes de zonas marginadas veían a la violencia como algo normal desde el entorno familiar, y casi todos los jóvenes de zonas medias se enfrentaron a ella únicamente en la escuela y en la calle. Estos resultados indican la importancia de considerar el sector social en el estudio de las relaciones violentas contra los niños y jóvenes en la familia.

Algunos jóvenes consideraron la violencia ejercida por sus padres como legítima, mientras otros los que sufrieron la violencia de manera más intensa, afirmaron vivirla de forma pasiva, evadiendo en la medida de sus posibilidades la situación. Los mismos jóvenes declararon no percibir la violencia cotidiana de la comunidad como grave, lo cual es interpretado por el autor como una adaptación a ella; sin embargo señala la importancia de identificar, para cada situación, si el espacio es generador o conductor de la violencia para no caer en falsas conclusiones (Alvarado, 2014a).

En la misma investigación, se aborda el caso específico de Cali, Colombia, una ciudad donde la violencia ha estado fuertemente vinculada con el narcotráfico. Como no todos los individuos que se insertan en organizaciones criminales provienen de familias de escasos recursos, los autores del capítulo entrevistaron a jóvenes y expertos en el trato con jóvenes sobre otras causas de inserción a esas organizaciones, quienes coincidieron con que la familia es determinante en el involucramiento de los jóvenes en situaciones violentas (Concha-Eastman y Concha, 2014).

Por un lado, quienes no habían tenido problemas con la justicia declararon que sus familias habían sido un gran apoyo para evitar a los grupos criminales por medio de pautas de comportamiento positivas. En el caso opuesto, muchos de quienes han estado involucrados en delitos tuvieron carencias familiares afectivas, sea por falta de cuidados durante su crianza, o por agresiones directas cometidas hacia ellos. Por su parte, los expertos explicaron que los niños y jóvenes más conflictivos en las escuelas eran quienes formaban parte de familias que no actuaban en corresponsabilidad con la institución para la educación del estudiante. Cabe mencionar que, según los autores, este tipo de familias suelen ser de escasos recursos, por lo tanto los padres se ven obligados a trabajar jornadas extensas y afrontar frecuentes presiones económicas, lo que les dificulta atender y participar en la educación de sus hijos. Estos resultados son importantes para comprender la multicausalidad de la violencia, pues no puede afirmarse que la escasez de recursos es la causa de ella, sino que intervienen factores adicionales como las relaciones establecidas entre los miembros de la familia (Concha-Eastman y Concha, 2014).

En opinión de investigadores como Frías y Castro (2011), el maltrato infantil sigue siendo una constante en las familias mexicanas. En muchos casos se tolera porque es visto como una forma de castigar el mal comportamiento de los hijos. Pese a que estos métodos correctivos son considerados formas menores de violencia, algunos códigos culturales indican a los padres que es necesario emplear la violencia cuando sus hijos no siguen el comportamiento esperado.

Este hecho fue analizado por Rojas (2006), quien, para conocer el involucramiento de los padres varones de zonas urbanas en la crianza y disciplina de los hijos, analiza una serie de entrevistas a profundidad con base en el sexo de los hijos, edad y sector social del entrevistado. El análisis se realiza para cuatro grupos de individuos, dos grandes grupos de edad (jóvenes y mayores) y dos sectores (popular y medio). En el estudio se confirmó que el castigo violento hacia los hijos sigue

presente en las relaciones intrafamiliares, primordialmente en las familias de sectores populares. Los varones de este sector, tanto jóvenes como mayores, emplean medios correctivos más agresivos para educar a sus hijos, como gritos y agresiones físicas, pese a que sus padres los hayan empleado con ellos y sepan los efectos negativos que pueden provocar (Rojas, 2006).

En cambio, los padres jóvenes de sectores medios suelen agredir menos a sus hijos y procuran dialogar con ellos para corregir su comportamiento. Son conscientes de que la violencia puede debilitar los lazos familiares provocando temor de los hijos hacia sus padres y evitan recurrir a castigos físicos. Los padres mayores de los mismos sectores también están conscientes del efecto negativo de una crianza violenta, sin embargo en ocasiones emplean los golpes y otras formas violentas para corregir a sus hijos. Las diferencias mencionadas nos dan indicios de que las condiciones socioeconómicas de la familia están vinculadas con el tipo de relación del padre con sus hijos, incluso más que la edad del padre (Rojas, 2006).

Para analizar la relación entre madres e hijos, en otra investigación se analizan los resultados de la ENDIREH-2003, a partir de la cual se concluye que las mujeres son las más frecuentes generadoras de violencia física hacia los hijos (47.28% de quienes viven con su pareja en el hogar han ejercido este tipo de violencia), en comparación con los hombres (20.4%). Esta situación se explica afirmando que son ellas quienes conviven en mayor medida con los hijos y, por lo tanto, la exposición al riesgo de maltrato es mayor. Sin embargo, en la investigación no se considera la intensidad del maltrato diferenciada por el género del infante, lo cual podría implicar diferentes consecuencias de ser agredido (Castro y Frías, 2010).

En otra investigación, para conocer los factores de riesgo asociados al maltrato infantil por parte de las mujeres se realiza un análisis de la ENDIREH-2003 y de la Encuesta sobre Exclusión, Intolerancia y Violencia en las Escuelas de Educación Media Superior en México de 2007 (EEIV-2007). En sus conclusiones, los investigadores afirman que la probabilidad de maltrato a los hijos es alta si las madres sufren violencia ejercida por su pareja, y esta relación casi se duplica si ellas fueron golpeadas de niñas en el entorno familiar. Mientras tanto, para los jóvenes varones descubren que haber sido víctima de violencia física incrementa 90% el riesgo de sufrir violencia en la escuela, pero aumenta todavía más (106%) el riesgo de ser agresor (Frías y Castro, 2011).

En un esfuerzo a nivel nacional por conocer la opinión de los niños sobre su vida y la de otras personas, el entonces Instituto Federal Electoral (IFE) realizó en 2012 la Consulta Infantil y Juvenil a población de 6 a 15 años en casillas instaladas especialmente para este fin. Las preguntas abordan temáticas relacionadas con el acceso a una vida digna, sobre las condiciones actuales de los entrevistados, las perspectivas a futuro y las medidas que deben tomarse para que las personas puedan “vivir bien”, lo cual nos permite tener información directa de los hijos como víctimas de violencia (IFE, 2012a).

De los resultados de esta consulta destaca que los varones consultados declararon en mayor proporción ser maltratados en casa (14.5% de quienes tienen entre 6 y 9 años, 9.5% de quienes tienen entre 10 y 12, y 7.1% de los de 13 a 15 años) en comparación con las mujeres (11.3, 7.1 y 5.8 por ciento, respectivamente). Al observar con mayor detalle, los niños que no asistían a la escuela declararon en mayor proporción ser maltratados: 21.9% de quienes tienen entre 6 y 9 años, 21.4% de 10 a 12 años y 14.8% de 13 a 15 años (IFE, 2012b). Estos datos permiten considerar como principales factores de riesgo para que los niños y niñas sufran maltrato en sus hogares: ser hombre, de corta edad y no asistir a la escuela.

A nivel estatal, Nava (2014) aborda el caso de Cancún, donde la mayoría de los jóvenes entrevistados se sintieron más seguros en su casa que en cualquier otro lugar, a causa de los niveles de inseguridad que se viven en las calles de la ciudad y en la escuela. La excepción fueron las mujeres en conflicto con la ley, quienes afirmaron que desde muy jóvenes se han sentido agredidas por figuras masculinas en su hogar, y en general los jóvenes pertenecientes a sectores más marginados afirmaron sufrir violencia en el hogar, frente a los de sectores más favorecidos, quienes sufrieron más violencia en la escuela o en la vía pública que en su hogar (Nava, 2014).

Así mismo, en Ciudad Juárez, el otro extremo del país, Alanís y Durán (2014) encuentran que los jóvenes coinciden en que el principal espacio de agresión hacia las mujeres es el doméstico, aunque el mayor miedo es a la violencia que se enfrenta en el exterior. Tanto el trabajo de Nava como el de Alanís y Duran coinciden en la existencia de una posible relación entre ser mujer y ser víctima de violencia intrafamiliar con mayor frecuencia.

La transcendencia de relaciones conflictivas dentro de la familia aumenta cuando se consideran las conclusiones citadas por Ramírez (2005), quien corrobora que las personas son más propensas a ser violentas con sus parejas cuando han sido testigos de agresiones constantes entre sus padres que cuando ellos mismos han sido víctimas de maltrato, pues siguen un modelo de comportamiento caracterizado por relaciones violentas entre los sexos. Es decir, ser testigo de violencia no sólo implica, como ya lo decía Corsi (1999), un tipo de maltrato, sino que su impacto puede ser más fuerte, a lo largo de la vida del individuo, que ser víctima directa de la misma.

En el estudio de Ramírez (2007), se da cuenta del ejercicio de violencia, principalmente psicológica, de las madres hacia sus hijos. Aunque la violencia física (golpes, pellizcos o empujones) estuvo presente, lo que más marcó a los varones fue ser agredidos emocionalmente (agresiones verbales, amenazas, retirar el habla y llanto como forma de manipulación) por sus madres, de quienes esperaban protección y cariño. En contraste, los padres recurrían más a la violencia física, pero también al abandono material y afectivo. Varios de los entrevistados dijeron que sufrieron por igual el maltrato ejercido por ambos padres, aunque éste se expresara en formas distintas.

Después de contrastar las historias, la autora descubre que el haber sido víctimas de violencia provocó en ellos conductas de agresión física hacia sus pares cuando eran infantes, lo que puede estar relacionado con una continuación de las relaciones violentas que, al no poder ejercer en el círculo familiar, intentan “desquitar” en otros espacios. Explica que hay una socialización secundaria que refuerza el ejercicio de la violencia en la escuela o el barrio como continuación de la socialización primaria que se vive en el hogar<sup>2</sup> (Ramírez, 2007).

A partir de este estudio se puede afirmar que la violencia intrafamiliar tiene consecuencias negativas en los niños, en este caso ser violentos en otros ámbitos. El maltrato infantil implica patrones de comportamiento que podrían modificarse con ambientes que fomentaran el diálogo y la comprensión con los otros (Ramírez, 2007). Lograr lo anterior permitiría, por un lado, mejorar

---

<sup>2</sup> Berger y Luckman (2003) definen la socialización primaria como la que ocurre en la familia de origen y asociada a la niñez; mientras la socialización secundaria se da en ámbitos de convivencia donde el sujeto se inserta en etapas posteriores de su vida.

las relaciones entre padres e hijos y, por otro, combatir la reproducción de conductas violentas como mecanismo de resolución de conflictos.

Hasta aquí podemos constatar la importancia que tiene violentar a los hijos en el hogar para que ellos vivan relaciones violentas, como víctimas o agresores, en otros ámbitos como la escuela, la calle o en sus vidas adultas. Por ello, es necesario considerar la violencia intrafamiliar como una situación desventajosa que puede explicar conductas violentas en el ámbito social y que influirá en el futuro de los niños que la viven.

## **1.2 Violencia y desigualdad social**

La desigualdad es, en sí misma, una forma de violencia estructural al reducir las oportunidades de algunos jóvenes para mejorar sus condiciones de vida: la desigualdad excluye a los sectores sociales empobrecidos de los beneficios del desarrollo que otros sí pueden tener, dentro de los cuales se encuentran servicios básicos urbanos, educación, salud y bienes de consumo. Los jóvenes son víctimas de violencia estructural cuando viven en barrios segregados, de difícil acceso, que carecen de servicios públicos, con concentración de pobreza y desempleo (Alvarado, 2014a). En este marco teórico es posible profundizar en la relación entre pobreza y violencia, que no es directa; se trata de un proceso más complejo relacionado con el incremento de la desigualdad y la marginación social en la región latinoamericana de las últimas décadas (Saraví, 2004).

Para el caso estadounidense, Frías y Castro (2011) encuentran diversos elementos relacionados con violencia intrafamiliar en varias investigaciones, de las cuales destacan que un estrato socioeconómico bajo provocará mayor violencia; el número de hijos incide en este tipo de conductas, pero no hay un consenso sobre si lo hace a favor (porque a mayor número de hijos, mayor violencia) o en contra (muchos hijos integran un soporte social contra la violencia); si la familia es reconstituida, hay mayor riesgo de sufrir violencia. Finalmente, si la estructura familiar es monoparental, habrá más violencia, porque se relaciona con un estrato socioeconómico más bajo debido a la gran proporción de este tipo de familias encabezadas por mujeres, y por lo tanto con mayor tensión en el interior del hogar<sup>3</sup> (Frías y Castro, 2011).

---

<sup>3</sup> Esto contrasta con los resultados previamente citados de Ramírez (2007), quien encontró que en México los hombres ejercen más violencia física y las mujeres más violencia emocional.

En trabajos sobre América Latina, en específico en Medellín, Colombia y Sao Paulo, Brasil, se señala que la pobreza y la presión social de consumo se relacionan con conductas delictivas. En esos casos, los jóvenes de escasos recursos sociales, culturales y económicos carecen de oportunidades reales de desarrollo, por lo que algunos deciden cometer actos delictivos como robo y relacionarse con el crimen organizado –en especial como distribuidores de droga– para satisfacer exigencias sociales de consumo (Concha-Eastman y Concha, 2014; Tourinho, Trassi, Decot, y Tinoco, 2014).

En una investigación sobre México (realizada con base en la ENDIREH-2003 y EEIV-2007), se encuentra evidencia para confirmar la importancia de la desigualdad social, tanto para la presencia de violencia intrafamiliar como para que ésta sea replicada, aunque no siempre en la dirección esperada. La mayor proporción de adolescentes víctimas de violencia intrafamiliar se ubicaba en los estratos medio y alto (Frías y Castro, 2011). Estos resultados sugieren que no hay conclusiones contundentes de los efectos del estrato socioeconómico, porque se contraponen a los hallazgos de Rojas (2006) y Ramírez (2007) en el sentido de que quienes viven en entornos familiares con más violencia pertenecen a estratos sociales bajos o están en situación de pobreza.

En el mismo estudio, Frías y Castro (2011) enriquecen su investigación al considerar la escuela y el noviazgo como ámbitos de socialización donde se replican conductas familiares. Al estudiar el espacio escolar encontraron resultados contrarios a los de la mayoría de las investigaciones sobre el tema: quienes pertenecen a estratos más altos estaban más involucrados en circunstancias de violencia intrafamiliar, tanto las víctimas como los victimarios. En el noviazgo se repite el patrón observado en la familia: quienes sufrieron en mayor proporción violencia física por parte de su pareja vivían con menos personas en el hogar y pertenecían a estratos más altos. Finalmente, consideraron las características del entorno de la vivienda de los jóvenes entrevistados y pudieron concluir que el involucramiento de adolescentes en situaciones violentas está correlacionado con el contexto de violencia e inseguridad comunitarias. Es decir, quienes viven en colonias conflictivas o estudian en escuelas con esa característica sufren en mayor proporción violencia intrafamiliar, en el noviazgo y en la escuela, en comparación con quienes van a escuelas no conflictivas y viven en colonias no conflictivas (Frías y Castro, 2011, p 533).

En la consulta elaborada por el IFE (2012), se recupera información de maltrato sufrido en la escuela por los infantes, considerando si ésta es pública o privada, lo que se puede emplear como un indicador del nivel socioeconómico, pues para las familias de escasos recursos es prácticamente imposible llevar a sus hijos a escuelas particulares, las de posiciones medias y altas son quienes acceden a este tipo de escuelas. Los resultados muestran más maltrato reportado por alumnos de escuelas públicas (entre 6.2 y 18.8 por ciento, según la edad) en comparación con los de instituciones privadas (entre 4.8 y 15.4 por ciento). Estas cifras reforzarían la idea de que los estratos medios y altos enfrentan menos situaciones violentas.

En una investigación llevada a cabo en varias ciudades, Alvarado (2014a) identifica como principales características de los barrios donde se concentra más la violencia, un alto nivel de desempleo, precariedad laboral, bajos salarios, inseguridad en el acceso a vivienda y servicios básicos, altos niveles de pobreza, precariedad ambiental, problemas en las relaciones familiares y de pareja, así como pocos espacios de participación y opinión ciudadanas.

Nava (2014) afirma que la violencia está ligada a condiciones de riesgo y vulnerabilidad social, lo cual demostraría que la pobreza, la precariedad laboral y la discriminación pueden conjugarse como elementos que vulneran a los individuos y como tales reducen las posibilidades de evadir la violencia. Vega (2014) encuentra que las colonias más peligrosas en León, Guanajuato son aquellas que enfrentan mayor desigualdad, es decir colonias marginadas pero cercanas a zonas de nivel socioeconómico alto. La importancia de abordar este punto es que jóvenes provenientes de familias de clases medias y altas se han visto involucrados en hechos criminales, aunque en mucho menor proporción, lo cual incita a considerar características de los jóvenes que puedan actuar en conjunto con la desigualdad para que se involucren en este tipo de situaciones.

### **1.3 Violencia y género**

Las investigaciones con perspectiva de género consideran, comúnmente, las relaciones entre hombres y mujeres como una forma de desigualdad, jerárquicas y de ejercicio de poder, que en la familia se materializan como procesos de subordinación femenina. Por lo tanto, el objetivo de incluir la perspectiva de género en las investigaciones es evidenciar las relaciones de desventaja para las mujeres (Ramírez, 2007).

En un estudio elaborado a nivel internacional se pretendía analizar si las relaciones violentas en el interior del hogar están determinadas por roles y estereotipos de género, para lo cual se consideraron datos de noventa ciudades. Los resultados indican que las ciudades con mayores niveles de violencia intrafamiliar tenían normas familiares más rígidas que concedían una posición dominante a los hombres y el uso de violencia física era socialmente aceptado. Es decir, la violencia en la familia no sólo está enmarcada por los procesos dentro de ella, sino que también es determinada por la estructura social y cultural de género. Desafortunadamente, en el ámbito extradoméstico la realidad no es muy diferente, pues se sabe que las mujeres tienen mayor desventaja frente a los hombres en muchos aspectos, particularmente en cuanto al poder en las relaciones, pero también respecto a los niveles de ingreso y seguridad, los cuales suelen ser menores para ellas (Morrison y Shifter, 2005).

En América Latina se observan importantes desigualdades en las expresiones de la violencia por género; Kessler y Dimarco (2014) tras entrevistar grupalmente a jóvenes de zonas urbanas en Argentina sobre la violencia sufrida en el entorno escolar dan cuenta de una transformación en las relaciones entre mujeres, las cuales asemejan las masculinas en términos de agresiones y peleas, aunque entre ellas los chismes son el principal motivo. En contraste, Tourinho *et al.* (2014) con la misma metodología destacan que los jóvenes varones brasileños afirman que las mujeres son responsables de las situaciones de violencia e incluso que les gusta ser maltratadas, es decir que justifican la violencia hacia ellas como una forma normal de relacionarse.

En el contexto mexicano, cuando se analizó a mujeres que han confrontado los roles o estereotipos de género, se concluyó que diversas formas de resistencia en vez de contrarrestar el problema podrían mantenerlo o incrementar los conflictos. Entre ellas puede señalarse el robo de dinero a la pareja, devolución de los golpes, emplear las relaciones sexuales como formas de chantaje e incluso las separaciones temporales (García y de Oliveira, 1994). En cambio, en otros estudios se han detectado cuestionamientos a las relaciones violentas mediante el diálogo con la pareja para evitar peleas y agresiones, entre algunas mujeres de sectores medios, urbanos y con alta escolaridad; incluso en casos donde los conflictos persisten pueden llegar a una disolución del matrimonio (Rojas, 2016).

En un análisis elaborado a partir de la ENDIREH-2003 que pone énfasis en el género de los individuos relacionados con violencia, se concluye que, en el ámbito escolar, los hombres suelen involucrarse en conflictos agresivos en mayor medida que las mujeres. El resultado indica que durante la niñez y la adolescencia los hombres son más vulnerables a ser violentados en sus principales ámbitos de socialización: la escuela y la familia (Frías y Castro, 2011).

En el mismo sentido, los resultados de la consulta infantil y juvenil del IFE (2012b), tanto en escuelas públicas como privadas, el maltrato escolar afecta en mayor proporción a hombres que a mujeres; lo cual nuevamente nos orienta a considerar el género como elemento de diferenciación entre los jóvenes para entender su participación como víctimas en eventos violentos. Será determinante analizar si las diferencias persisten en todas las formas de involucrarse en situaciones violentas o en cuáles son más vulnerables a la violencia hombres y mujeres.

En México aún se considera mayoritariamente vulnerables de ser víctimas a las mujeres, incluso como personas que viven doble o triple riesgo de ser agredidas por ser mujeres, jóvenes y pobres (Alvarado, 2014a). Sin embargo, es importante considerar los matices propios de cada región:

En ciudades como León, caracterizadas por tener poblaciones más conservadoras, las mujeres están convencidas de su mayor vulnerabilidad frente a los hombres, pese a que ellos son víctimas de robos en sus colonias. Muchas jóvenes no se atreven a salir de su casa si no las acompaña un varón o sólo recorren caminos conocidos y muy seguros, lo cual es un factor reductor de su autonomía (Vega, 2014).

El caso de Ciudad Juárez demuestra, por otra parte, que existen niveles de violencia en los que todos los jóvenes se vuelven vulnerables. De acuerdo con Alanís y Durán (2014), los jóvenes entrevistados de ambos sexos dijeron que, a pesar de que los medios de comunicación dan mayor difusión a los homicidios y desapariciones femeninos, los hombres también viven el riesgo de ser secuestrados o asesinados por pandillas o grupos del crimen organizado, lo cual alerta sobre la importancia que tienen la percepción subjetiva en los fenómenos de la violencia, así como los riesgos diferenciados por género.

Por último, Alvarado (2014b) reporta que en la ciudad de México hay un miedo generalizado de viajar en transporte público y pasar por las zonas peligrosas de la ciudad, a ello las mujeres agregan

el miedo permanente a las agresiones sexuales por su incapacidad para defenderse, lo cual es un indicador de que aunque todas las personas sean vulnerables a sufrir violencia, ésta no se manifiesta en la misma forma para hombres y mujeres.

#### **1.4 Consideraciones finales**

A lo largo de este capítulo se abordaron características individuales, familiares y del entorno comunitario relacionadas con que los jóvenes estén involucrados en situaciones violentas. En general, las investigaciones descritas demuestran la importancia de considerar factores de riesgo diversos y su interacción para entender la presencia de violencia.

Respecto a las características de la familia, se concluye que la falta de afecto y de reconocimiento familiares hacen que algunos jóvenes busquen refugio en pandillas o grupos de amigos, donde las actividades no son necesariamente delictivas, pero suelen existir relaciones de dominación dentro del grupo o hacia grupos rivales que pueden llevar a los jóvenes a involucrarse en actividades violentas.

Se abordaron las relaciones de poder según la edad, donde lo más importante es que en el hogar los más jóvenes son, con mayor frecuencia, las víctimas de violencia. Como consecuencia se supone que cuando los individuos agredidos estén en otros espacios de socialización como la calle, la escuela o su propio hogar en el futuro, llevarán a esos espacios las formas de dominación aprendidas; los hombres generalmente serán agresores de sus parejas e hijos y, en algunos casos, las mujeres emplearán medidas violentas contra sus hijos.

Lo anterior se articula con la condición socioeconómica del hogar debido a que, en familias con mayores dificultades para satisfacer sus necesidades, las tensiones generan más conflictos y situaciones de violencia entre sus miembros; en contraste, en familias cuyos miembros tienen mayor escolaridad y estabilidad económica (sectores medios y altos), el diálogo es empleado más frecuentemente para resolver conflictos.

Junto con las condiciones socioeconómicas, debe considerarse el entorno de la vivienda para entender los mecanismos de socialización de comportamientos entre los jóvenes, particularmente en cuanto a la réplica de la violencia, porque la desigualdad social que impide a algunos acceder a bienes materiales y estabilidad económica puede convertirse en un aliciente para extender las

conductas violentas, vividas en sus hogares, a otros ámbitos como la escuela, el trabajo o la vía pública. Estas conductas pueden convertirse en comportamientos delictivos como robo o venta de drogas para obtener o incrementar sus ingresos.

También se observa una articulación entre desigualdad social, expresada en el acceso a la educación, y la violencia intrafamiliar. Las mujeres con menor escolaridad y de bajo nivel socioeconómico sufren más violencia en su familia y tienen menos herramientas para afrontarla, a diferencia de las mujeres con mejores condiciones de vida materiales y mayor escolaridad.

En síntesis, las características que con mayor frecuencia se vinculan con el riesgo de estar involucrado en relaciones violentas son la edad (mientras más joven, se es más vulnerable), el nivel socioeconómico (los hogares con mayores carencias tienden a enfrentar más hechos violentos), el género (son más vulnerables las mujeres en el hogar y los hombres en el espacio público), el nivel educativo (quienes cuentan con mayor escolaridad se enfrentan a menos situaciones de violencia física), la calidad del empleo (la carencia de recursos suficientes para la manutención del hogar puede relacionarse con actividades delictivas para obtener recursos económicos), las relaciones en el interior de las familias (la violencia intrafamiliar se asocia con la presencia de relaciones violentas entre los involucrados, especialmente niños y jóvenes, en otros espacios de socialización).

Sólo en una de las investigaciones presentadas (Frías y Castro, 2011) se emplea un modelo de regresión multivariada para conocer el impacto de algunas variables sociodemográficas sobre el riesgo de sufrir violencia, pero enfocado sólo a jóvenes estudiantes de nivel medio superior. Por lo tanto, el aporte del presente trabajo de investigación será abordar el fenómeno desde una perspectiva cuantitativa, que incluya tanto a jóvenes que accedieron a la educación media superior como a quienes no pudieron hacerlo, tomando en cuenta sus características sociodemográficas en distintos niveles para conocer cómo inciden en las relaciones violentas en el ámbito social.

## **Capítulo 2. Marco teórico y planteamiento del problema**

### **2.1 Marco teórico**

La violencia es un fenómeno con múltiples causas, por lo tanto un marco teórico para su análisis debe considerar que distintos factores aumentarán la probabilidad de que se presente. La perspectiva seleccionada para ello es la de acumulación de desventajas, que no sólo permite abordar dicha multicausalidad de manera teórica, sino que hace posible entender a las desventajas como factores de riesgo desde una perspectiva estadística. La presente investigación se basará en dicha perspectiva de análisis, considerando a la desigualdad social y al género como ejes analíticos principales para observar cómo se comportan las desventajas en distintos estratos así como para uno y otro género.

La violencia será entendida, de acuerdo con la definición de la Organización Mundial de la Salud, como el uso intencional de fuerza física o amenazas que tiene o puede tener como consecuencia traumatismos, daños psicológicos, problemas de desarrollo o la muerte (OMS, 2016).

#### **2.1.1 Acumulación de desventajas y violencia juvenil**

En la investigación social se ha acuñado el término “acumulación de desventajas” para referirse a factores de riesgo, materializados en situaciones o eventos negativos que llevan al individuo a transitar de forma errática por las etapas de su curso de vida, determinando trayectorias desafortunadas. La idea de “acumulación” deriva de que las desventajas se refuerzan mutuamente y pueden promover otras, generando un efecto conjunto de restricción de oportunidades y, en consecuencia, una aproximación a la exclusión social; en situaciones extremas, esta acumulación de desventajas podría implicar una ruptura de la relación individuo-sociedad. Desde esta perspectiva, los riesgos deben estudiarse en conjunto y no como situaciones aisladas, dando prioridad a las causas de los problemas para proponer medidas preventivas (Saraví, 2006a, 2006b, 2007, 2009).

Las transformaciones sociales, en especial las que ocurren de manera acelerada, provocan la exclusión de aquellos cuya integración a las nuevas pautas, normas, valores y prácticas queda rezagada. Quienes logran integrarse a la ola de la modernidad son los privilegiados, mientras para el resto el no adaptarse a la misma velocidad del cambio implica una desventaja más (Saraví, 2007).

Entre los distintos sectores sociales, los jóvenes son particularmente vulnerables a las desventajas, porque se encuentran en una etapa caracterizada por tener muchas transiciones, lo que multiplica incertidumbre e imprevisibilidad; entre esas transiciones está el cambio de una posición de subordinación por edad y dependencia económica a una de independencia. Aunado a lo anterior, las principales instituciones que permiten la movilidad e integración social, es decir la familia, la escuela y el mercado de trabajo están debilitadas<sup>4</sup>, provocando que algunos jóvenes se enfrenten a estructuras de oportunidades fracturadas, débiles y discontinuas (Saraví, 2004, 2007).

Debido a las condiciones heterogéneas de la sociedad, los jóvenes están expuestos a distintos riesgos y cuentan con herramientas diferentes para enfrentarlos, determinados por los contextos particulares. Dentro de las familias y en las relaciones sociales en general, uno de los principales factores de riesgo de sufrir violencia es ocupar una posición subordinada, por edad, sexo o capacidades (Casique, 2012).

Esa subordinación actúa, junto con características como el nivel educativo, la composición del hogar y la capacidad de integración al mercado laboral, como obstáculo para el desarrollo de los individuos. Para entender el surgimiento de violencia, debe tenerse en cuenta que, a pesar de haberse demostrado su fuerte asociación con los factores señalados, estos no son determinantes y existen muchas desventajas adicionales que también se asocian con la violencia (Saraví, 2004).

Las desventajas que afectan las trayectorias juveniles se pueden dividir en tres niveles de actuación: individual, hogar y comunidad. Las individuales son las que caracterizan directamente a los jóvenes y entre ellas podemos encontrar el género, la edad, la adquisición de roles adultos de manera precoz durante la adolescencia (como embarazo, matrimonio o empleo tempranos), el bajo nivel educativo y la precariedad laboral (González, 2007; Rodríguez, 2001; Saraví, 2007).

En el nivel del hogar la desventaja más importante es la pobreza, que se relaciona con la escolaridad de los padres, la ocupación y la posición en el trabajo del jefe del hogar, las condiciones precarias de la vivienda y una mayor proporción de personas dependientes respecto a los proveedores económicos. También aspectos como pertenecer a una familia monoparental, relaciones violentas

---

<sup>4</sup> El desempleo, la precarización e inestabilidad laborales, los nuevos arreglos e inestabilidad familiares y un incremento de la escolaridad que no logra reflejarse en bienestar social son algunas de las condiciones actuales (Castel, 2004; Saraví, 2004).

o autoritarias y uso de la violencia para resolver conflictos entre la familia son desventajas para los jóvenes (Rodríguez, 2001; Saraví, 2006a, 2007).

Por último, en el nivel comunitario, en esta tesis denominado “de la colonia”, las situaciones a las cuales el joven se enfrenta de manera cotidiana son: la inseguridad, la delincuencia, el tráfico de drogas, la presencia de jóvenes inactivos (que no estudian ni trabajan), los bajos niveles de escolaridad, el incremento del empleo informal, el desempleo generalizado, y en general el predominio de empleos precarios; así como una acentuada desigualdad social que implica una elevada concentración de desventajas en ciertas colonias o barrios (Castel, 2004; CEPAL, 2003; Giorguli y Angoa, 2013; González, 2007).

Para analizar el impacto de las desventajas en los eventos de la vida de los jóvenes es necesario tener en cuenta que el fenómeno observado es heterogéneo, debido a que los eventos tienen distinto impacto, dependiendo de las otras desventajas o las fortalezas que tenga el individuo para enfrentar los riesgos. Por ejemplo, el efecto de la deserción escolar en una persona 15 años será distinto si pertenece a una familia de bajos recursos, que si su familia es adinerada; en el primer caso es muy probable que la desventaja de deserción se acumule con la precariedad familiar y deriven en un ingreso prematuro al mercado laboral; en el segundo caso, los recursos económicos de la familia serán una fortaleza que permitirá que el hijo no deba emplearse a una edad tan temprana (Blanco, 2011).

A eso debe agregarse que las personas cuentan con un libre albedrío, es decir que pueden tomar decisiones dentro del marco social en el que se encuentran. Por lo tanto, las características de los jóvenes presentadas como desventajas no determinan por sí mismas la aparición de situaciones negativas o riesgosas (Blanco, 2011).

Entre las desventajas asociadas con situaciones de violencia destaca haber vivido violencia intrafamiliar, entendida como las agresiones físicas, psicológicas o sexuales ejercidas entre individuos con lazos de sangre o de afinidad, aunque ocurra en un espacio público (Frías y Castro, 2011; Morrison y Shifter, 2005). Según Corsi (1999), durante algunas décadas del siglo pasado dominó la idea de que lo acontecido en el interior de las familias debía quedar en la intimidad y correspondía al ámbito privado. Más adelante, estudios científicos sobre la violencia comenzaron

a desarrollarse, enfocados sobre todo al maltrato físico de los niños desde una perspectiva psicológica. Posteriormente, en la década de 1970, las feministas impulsaron la violencia de pareja como tema de discusión en instituciones internacionales, lo cual abrió la puerta a muchos estudios al respecto.

La violencia intrafamiliar puede presentarse como una desventaja para los hijos de tres formas generales. La primera es la violencia activa y se presenta como abuso físico, emocional y sexual hacia los menores. La segunda es la pasiva, que se refleja en abandono físico y emocional. Y la tercera ocurre cuando ellos son testigos de violencia, porque están siendo maltratados indirectamente (Corsi, 1999, p. 33).

La importancia de considerar si los niños o jóvenes son víctimas de violencia en sus familias se basa en la construcción de marcos simbólicos derivados de las situaciones violentas, capaces de generar dos efectos en otros espacios de convivencia: por un lado, propiciar conductas violentas con amigos, compañeros de escuela o trabajo o, por otro, hacerlos vulnerables a las agresiones, convirtiéndolos en víctimas de sus pares. En este contexto se espera que las experiencias de violencia en el hogar incrementen en los jóvenes la probabilidad de estar involucrados en hechos de violencia en el ámbito social, como víctimas o victimarios (Ramírez, 2005).

Berger y Luckman (2003) desarrollaron marcos teórico conceptuales para explicar cómo los individuos asimilan su realidad social. Los procesos de asimilación y de inducción en la sociedad ocurren esencialmente en dos momentos; el primero, denominado socialización primaria, ocurre durante la infancia en el entorno familiar; el segundo, la socialización secundaria, ocurre posteriormente y en otros espacios sociales.

Las formas de relacionarse, de entender el mundo, la autopercepción y el entendimiento de los otros, que son internalizados durante la socialización primaria, determinarán con más fuerza el actuar del individuo, debido a que durante muchos años será el único mundo conocido para él. Es un mundo dado y los niños no tienen suficientes elementos para cuestionarlo, de manera que suelen apropiarse de sus normas y significados casi automáticamente, porque la realidad aprendida en ese momento suele percibirse como inevitable (Berger y Luckman, 2003). Aplicado a los aprendizajes de conductas violentas, puede suponerse que si en una familia los conflictos se resuelven con

agresiones o hay relaciones de subordinación entre los miembros, los niños y jóvenes internalizarán estas conductas como normales y eventualmente muchos las replicarán.

La socialización secundaria ocurre en etapas posteriores del desarrollo de los individuos, como la escuela y el trabajo, donde se internalizan realidades parciales y se adquiere conocimiento específico de roles, vocabularios y significados que generalmente no son generalizables al “mundo de base” aprendido durante la socialización primaria. Incluso la socialización secundaria presupone la existencia de una primaria sobre la cual se van a sobreponer los nuevos conocimientos (Berger y Luckman, 2003).

Cuando el conocimiento adquirido en la socialización primaria se contrapone al que se inculca en la socialización secundaria existirán ciertos procedimientos para hacer que los individuos asimilen la nueva realidad; entre ellos los autores destacan tres: la necesidad de fuertes impactos en los individuos, como pueden ser las agresiones muy violentas o constantes por parte de los pares; generar lazos afectivos que recuerden a los individuos su niñez, como el sentido de pertenencia y protección en pandillas; y hacer familiar, relevante e interesante el nuevo conocimiento, lo que sucedería en casos donde violentar a otros tenga sentido, por ejemplo para defenderse o generar una identidad propia (Berger y Luckman, 2003).

Para analizar las características de las relaciones en el hogar, como espacio de socialización primaria, se considerarán dos escenarios en esta investigación. Cuando las relaciones entre los miembros de un hogar se caractericen por conflictos constantes, reducida cohesión familiar y poca convivencia del joven con los padres, se le considerará como un hogar con ambiente de convivencia hostil, es decir un lugar que potencialmente podría convertirse en una desventaja que fomenta el involucramiento en violencia en el ámbito social de los jóvenes. Al contrario, cuando los conflictos sean poco frecuentes, haya elevada cohesión familiar y la convivencia entre el joven y sus padres sea alta será considerado un hogar de ambiente armonioso, por lo que fungirá como elemento protector ante el riesgo de involucrarse en situaciones violentas.

### **2.1.2 Análisis de la violencia con perspectiva de género**

El género es una construcción social de lo que se entiende como femenino y masculino basado en las características biológicas de los individuos; se puede definir como “un sistema de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores que las sociedades construyen entorno a la diferencia biológica” (Szasz y Lerner, 2003, p. 177).

En ciencias sociales, la perspectiva de género es un acercamiento teórico para dar cuenta de las diferencias entre uno y otro géneros, lo cual incide en las formas de producir y generar información, en la metodología de análisis empleada y en la adecuación de conceptos, categorías, variables y preguntas que evidencien dichas diferencias. El género puede ser analizado desde distintas dimensiones, entre ellas la relacional, descrita como aquella que pone énfasis en las relaciones basadas en las construcciones sociales, más que en analizar la condición social de la mujer como principal punto de atención, no se enfoca exclusivamente al hombre o a la mujer, sino a las consecuencias de esa construcción social. (Szasz y Lerner, 2003).

El uso explícito del género sirve para aclarar que los roles y estereotipos relacionados con la condición biológica de ser hombre o mujer son construidos socialmente. De esta manera se rechazan las explicaciones biológicas de la diferencia (Scott, 1996).

Las consecuencias de las relaciones desiguales entre los géneros van más allá de una autonomía femenina reducida, también provocan que las mujeres accedan con desventaja a los recursos disponibles. En general, ellas poseen menos activos materiales, sociales y culturales que los hombres y se integran de manera desigual a los sistemas del mercado de trabajo, de protección social y en los hogares. Las consecuencias de esta subordinación pueden reflejarse en un mayor riesgo a sufrir desventajas como la pobreza o ser víctimas de violencia (Batthyány, 2008).

Para entender las relaciones de género en nuestro contexto, debe considerarse que socialmente se presiona a los hombres para tener comportamientos violentos como forma de demostrar su virilidad e imponer su superioridad sobre las mujeres de su entorno y sobre otros hombres. Considerando entonces que la violencia no sería el fin sino el medio, es necesario analizarla como un proceso, no un episodio o evento aislado (Ramírez, 2005)

Las relaciones desiguales de poder determinadas por el género también tienden a producir estructuras verticales de toma de decisiones, provocando que quienes se encuentran en las secciones inferiores no sean conscientes de sus derechos, ni de sus capacidades de autonomía. La orientación feminista, una de las que ha analizado este fenómeno con mayor profundidad, considera una causa de las agresiones masculinas el cuestionamiento de la superioridad del hombre o que éste perciba como amenazas a su superioridad ciertas actitudes de su pareja. Esta afirmación convierte a las formas de relacionarse entre géneros en un factor de riesgo de vivir violencia (Corsi, 1999; Scott, 1996).

Dichas relaciones de género pueden tener efectos más graves que las diferencias de raza, de contexto familiar o de oportunidades de vida; se articulan con el sistema económico, generan símbolos, conceptos, normas, formas de organización e identidades, de tal forma que las diferencias pueden persistir pese a las condiciones estructurales. En consecuencia, aunque la desigualdad económica puede incidir en la forma e intensidad de las réplicas de la violencia, se espera observar en nuestra población de estudio más hombres que mujeres con comportamientos violentos en todos los estratos sociales (Campbell y Muncer, 1994; Scott, 1996).

Como se ha explicado, la construcción de la identidad de hombres y mujeres es cambiante en el tiempo y entre sectores sociales, pero las diferencias que provocan persisten. Además, las relaciones de género pueden articularse con otras desventajas e incrementar el riesgo de exclusión de los individuos. Esto hace indispensable considerar otras características sociodemográficas de las personas para entender mejor la presencia de violencia de género (Lamas, 1996).

La relación entre violencia y género tiene matices en los distintos ámbitos de socialización. Dentro de las familias, el comportamiento violento de los padres varones hacia sus hijos es considerado como una forma tradicional de educarlos que aún domina en estratos socioeconómicos bajos y entre los padres de generaciones mayores. Las hijas suelen ser menos agredidas que los hijos con este tipo de violencia, pues a los niños además de disciplinar sus conductas en general, se les enseña a ser más fuertes, tanto física como emocionalmente. Si puede observarse una ventaja en esta situación para ellos es que cuando sean adultos tendrán una facultad socialmente otorgada de ser quienes ejerzan el poder (Ramírez, 2007; Rojas, 2006).

A su vez, el rol construido para los hombres implica demostrar su virilidad en el espacio público, lo cual se lleva a cabo principalmente con dos tipos de violencia ejercida: la primera en las peleas con otros hombres y la segunda en agresiones, especialmente de tipo sexual, hacia las mujeres. De esta manera, los varones pretenden dominar su entorno demostrando su poder frente a sus pares (Archer, 1994).

En conjunto, la relación de pareja, la de padres e hijos y las relaciones acontecidas en el ámbito público generan desigualdades entre quienes participan en ellas, basadas en dominación y ejercicio del poder. Se denomina a esta situación “procesos de dominación/subordinación con base en las diferencias por sexo, edad, parentesco y situación económica” (Ramírez, 2007).

Pese a que los hombres suelen ser los dominadores, existen características particulares o desventajas que incrementan su riesgo de ser agresores. Entre ellas encontramos tener un nivel socioeconómico bajo, ser desempleado, con poca escolaridad, abusar de alguna droga y tener mayor tendencia a involucrarse en hechos de violencia en general (Morrison y Shifter, 2005).

Las desventajas generadoras de violencia en el ámbito social afectan de manera diferenciada a hombres y mujeres. Aunque ambos pueden involucrarse en situaciones violentas, lo hacen de diferente manera según el espacio de observación. En general se acepta que los hombres son presionados, principalmente en el ámbito público, para defender su identidad mediante peleas, golpes o amenazas y, por lo tanto, ellos se ven involucrados con mayor frecuencia en relaciones violentas en este espacio.

Para el ámbito privado hay dos perspectivas: la primera indica que las mujeres son más vulnerables a ser víctimas, porque las relaciones de poder las colocan en las posiciones inferiores de jerarquía, en especial las niñas y jóvenes, quienes acumulan más desventajas por ser de corta edad. La segunda perspectiva indica que en el interior del hogar, los hombres son víctimas de mayor violencia que las mujeres, pues deben aprender a ser fuertes, a diferencia de las mujeres, quienes son tratadas con mayor delicadeza por ser consideradas débiles. En esta investigación se pondrán a prueba dichas afirmaciones, para conocer quiénes sufren y ejercen más violencia en el espacio público.

### **2.1.3 Desigualdad social y violencia**

Además de las diferencias a nivel individual, provocadas por las desventajas o fortalezas que caracterizan a cada joven, la desigualdad social en el contexto comunitario o la colonia puede incidir de manera significativa en la articulación de dichas desventajas e incluso convertirse en una de ellas, en detrimento de quienes pertenecen a sectores populares.

La desigualdad, no sólo existe dentro de los hogares como resultado de relaciones jerárquicas, también se observa entre ellos; es el resultado de mecanismos de exclusión social producidos por la precarización del empleo y el acceso con desventajas al sistema educativo. Es una fuente de desventajas muy importante para quienes tienen más carencias. Con el objetivo de desagregar conjuntos poblacionales y poder acercarse al contexto donde se desarrolla la socialización familiar, es esencial considerar a la desigualdad como elemento determinante en la construcción de dimensiones simbólicas, en este caso sobre la violencia, pues influirá en la forma de interpretar y reproducir la violencia (Canales, 2003).

La exclusión social, por otra parte, implica una completa marginación del sistema, provocada por la acumulación de muchas desventajas, en especial las relacionadas con la pobreza y la carencia de oportunidades. Lo que se observa con mayor frecuencia es un acceso parcial al sistema de algunos sectores sociales; estos sectores son excluidos sólo de ciertos beneficios (como acceso a la salud, la educación, el empleo digno, entre otros) o su acceso es precario en comparación con otros grupos de la misma época y la misma sociedad, por lo que modifica la forma en la que experimentan la realidad (Paugam, 2001; Saraví, 2007).

Algunos investigadores señalan que un sistema social impulsor de mecanismos sociales de exclusión, es el causante de violencia. El principal vínculo entre exclusión e inseguridad es la frustración de los individuos, por no cumplir las expectativas sociales de consumo, y por vivir en condiciones de hacinamiento e incertidumbre económica. Esta circunstancia genera situaciones de tensión que llevan a los sujetos a actuar agresivamente o, en algunos casos, a tener conductas delictivas para poder cumplir con sus expectativas (Kessler y Dimarco, 2014; Morrison y Shifter, 2005; Saraví, 2004; Vul, 1997).

Debido a la heterogeneidad social, en una misma ciudad pueden convivir dos tipos de jóvenes: por un lado, quienes gozan de ciertas ventajas como mayor nivel educativo, acceso a empleos de calidad y viven en colonias con suficientes ofertas recreativas; por otro, los jóvenes excluidos de los beneficios del desarrollo, que tienen baja escolaridad y se enfrentan a un mercado de trabajo precarizado, quienes a la vez tendrán más retos para enfrentar situaciones de violencia y menos oportunidades de integración social, es decir, algunos jóvenes pertenecientes a estratos bajos cuentan con menos herramientas para resolver conflictos pacíficamente y evitar la violencia (Alvarado, 2014a).

Es así como los contextos donde se conjunta la desigualdad social con otras desventajas incrementan el riesgo de que los jóvenes se vean involucrados en hechos violentos en varios ámbitos, generando un círculo vicioso de rezago y violencia. Ello se traduce en que, en el nivel del hogar, las relaciones intrafamiliares violentas se repliquen a través de las generaciones, convirtiéndose en desventajas para los integrantes; mientras en grupos con menos carencias ese tipo de relaciones no tenderán a perpetuarse con la misma intensidad (Tuirán, 2002).

En la actualidad es el trabajo el principal factor de desigualdad, por lo que ser desempleado o tener un empleo precario puede aumentar las desventajas relacionadas con carencias económicas, de redes de apoyo, aceptación social, bienestar psicológico, seguridad social, entre otros; mientras que tener un empleo de buena calidad permite a los individuos tener certeza económica, satisfacer sus necesidades básicas y, en general, vivir en condiciones que no le provoquen, en el sentido material, frustración o estrés (Canales, 2003; González, 2007).

En México, las condiciones de profunda desigualdad, junto con los procesos de exclusión, provocan que haya familias en zonas urbanas con características culturales similares a las indígenas o rurales; es decir que, a pesar de vivir en un contexto “modernizado”, no gozan de todos los beneficios del mismo, como estabilidad económica y elevada escolaridad. Estas características son determinantes en las formas de organización familiar, y una de sus principales consecuencias es que las relaciones de pareja y con los hijos son menos democráticas entre individuos de sectores populares, quienes tienden a emplear la violencia como mecanismo de resolución de conflictos, lo cual incrementa los niveles de violencia intrafamiliar (Rojas, 2016).

Por diversos motivos, las mujeres de todos los sectores se insertan en el mercado laboral. Sin embargo, en sectores populares esto no garantiza la flexibilización de su rol doméstico ni incrementa su libertad para tomar decisiones. Principalmente en contextos conservadores y precarios, la incursión femenina en el empleo puede tener consecuencias como la generación de conflictos y de violencia en la pareja, pues los varones consideran amenazada su masculinidad por no poder cumplir su rol como proveedores económicos del hogar o por estar en una posición inferior (educativa, laboral y/o económica), sea en relación con otros hombres o con su pareja. En consecuencia, la violencia masculina aparece, como una forma de restaurar el orden de género, en el que el hombre tiene una superioridad jerárquica respecto a su esposa y a sus hijos (Rojas, 2016).

En contraste, entre familias de sectores medios, el empleo favorece la autonomía femenina, no incrementa el riesgo de sufrir violencia e incluso puede considerarse como ventaja. Los varones con alta escolaridad de estos sectores suelen flexibilizar sus roles en la familia, participando más en las labores del hogar y cuidado de los hijos, aceptan que sus parejas son libres para tomar decisiones y realizar trabajos extradomésticos y en muchos de los casos las relaciones son cada vez más democráticas (Rojas, 2016).

De esta manera, la desigualdad social y el género se articulan y convierten en desventajas acumuladas, en especial para las mujeres de familias que tienen muchas carencias materiales. Por un lado, el empleo femenino es un factor de riesgo de conflictos entre las parejas pertenecientes a sectores populares debido a que representa una amenaza para el orden de género establecido; en contraste, entre las familias de sectores medios, donde el empleo conlleva el empoderamiento de las mujeres e incluso la democratización de las relaciones entre los miembros del hogar (Rojas, 2016).

En síntesis, los jóvenes que viven relaciones violentas lo hacen en un contexto de acumulación de desventajas. Estos elementos confluyen para que las familias en condiciones precarias sufran más violencia por una mayor precariedad, por tradiciones violentas de castigo y disciplina de los hijos, por una excesiva inequidad de género, potenciadora de la violencia masculina contra las mujeres, así como otras formas de resolución de conflictos con violencia.

## **2.2 Planteamiento del problema**

Los jóvenes que se involucran en situaciones violentas lo hacen en un contexto de acumulación de desventajas, las cuales pueden encontrarse en los niveles individual, del hogar y de la colonia. Considerando que el impacto de las desventajas es determinante, en esta investigación dicho impacto se medirá en términos de probabilidad de ocurrencia de violencia en el ámbito social (escuela, trabajo y vía pública). El principal eje de analítico es la desigualdad social, que articulada con las desventajas incrementa o reduce el impacto de las mismas en las situaciones violentas vividas por los jóvenes, para observar diferencias entre los que viven en condiciones más precarias (tradicionalmente relacionados con mayor violencia dentro y fuera del hogar) y los que tienen mayor bienestar.

### **Objetivo de investigación**

El objetivo general de esta investigación es demostrar que la acumulación de desventajas en los niveles individual, del hogar y de la colonia se relaciona con la probabilidad de que los jóvenes mexicanos de 12 a 29 años y habitantes de zonas urbanas se involucren en situaciones violentas en el entorno social (escuela, trabajo y espacio público), como ejecutores o como víctimas.

Los objetivos específicos son:

- a) Conocer si en los tres niveles de análisis existen desventajas que incrementan la probabilidad de que haya algún tipo de involucramiento en situaciones de violencia.
- b) Averiguar si la acumulación de desventajas afecta de manera distinta a los jóvenes por estrato socioeconómico.
- c) Conocer el comportamiento de la participación de los jóvenes en situaciones de violencia por género.

### **Preguntas de investigación**

La pregunta principal que guiará la presente investigación será:

¿Existe acumulación de desventajas en los jóvenes involucrados en situaciones de violencia en el ámbito social (escuela, trabajo y espacio público)?

De manera particular se pretende responder:

1. ¿Qué desventajas acumulan los jóvenes que reportaron haberse involucrado en situaciones de violencia (como víctimas de agresiones, haber tenido conductas de riesgo o tener relaciones sociales de riesgo<sup>5</sup>) en el ámbito social? ¿Hay desventajas que se acumulen pertenecientes a los niveles de análisis individual, del hogar y de la colonia?
2. ¿Pertener a un hogar de estrato socioeconómico muy bajo es una desventaja para que los jóvenes se involucren en situaciones de violencia en el ámbito social?
3. ¿Pertener al género masculino puede considerarse una desventaja que incrementa la probabilidad de que los jóvenes se involucren en situaciones de violencia en el ámbito social como víctimas, con conductas de riesgo y con relaciones sociales de riesgo?

### **Hipótesis**

Las desventajas tendrán una relación significativa con el involucramiento de los jóvenes en situaciones de violencia: cada desventaja que se presente incrementará más la probabilidad de que los jóvenes se hayan visto involucrados en alguna de las formas de violencia. Considerando la diversidad de factores asociados en investigaciones previas con el comportamiento delictivo o violento de los jóvenes, se espera encontrar desventajas en los tres niveles de análisis.

En el nivel individual, las desventajas que afecten a la mayoría de los jóvenes serán tres: 1) ser hombre, en respuesta a los roles de género que dictan tanto comportamientos más violentos para los varones como mayor exposición a riesgos; 2) pertenecer al grupo de mayor edad, porque son los jóvenes más expuestos a vivir experiencias en diversos espacios del ámbito social en comparación con los más jóvenes; y 3) ni estudiar ni trabajar, porque son los jóvenes más excluidos del sistema social, por lo tanto acumulan más desventajas y cuentan con menos herramientas para afrontar las situaciones de violencia.

En el nivel del hogar se espera detectar la presencia de tres desventajas: 1) pertenecer a un hogar monoparental, debido a que en las investigaciones previas se observó mayor vulnerabilidad de los jóvenes que vivían con uno solo de sus padres; 2) pertenecer a un hogar de estrato socioeconómico muy bajo, porque se enfrentan a situaciones de mayor frustración e incertidumbre económica; y 3) vivir en hogares con ambientes de convivencia hostiles (caracterizados por frecuentes conflictos

---

<sup>5</sup> Entendidas como relaciones sociales con personas con las que podrían incitarlos a realizar acciones violentas.

entre los miembros del hogar en los que los jóvenes participen o sólo sean testigos, poca cohesión familiar y poca convivencia de los jóvenes con sus padres) porque la familia es el espacio de socialización primario, y en consecuencia un ambiente hostil aumentará la probabilidad de que los jóvenes tengan comportamientos de este tipo en otros espacios de socialización.

En el nivel de la colonia se espera que cuando los jóvenes declaren percibir su colonia como de alto riesgo la probabilidad de que se involucren en situaciones violentas será mayor. Incluir la colonia como un tercer nivel de análisis ayudará a conocer la influencia de una desventaja que actúa desde un espacio de socialización secundario, donde los jóvenes refuerzan o aprenden formas de relacionarse.

Con base en los hallazgos de investigaciones previas, se espera que tanto pertenecer a un hogar de estrato socioeconómico muy bajo como ser varón serán las desventajas con mayor impacto entre los jóvenes que se hayan involucrado en situaciones de violencia. Pertenecer a un hogar de estrato socioeconómico muy bajo incrementaría la participación de los jóvenes en situaciones violentas porque, además de favorecer ambientes hostiles de convivencia (debido a la frustración e incertidumbre económica), priva de ciertas ventajas a los jóvenes (como mayor escolaridad y mejores empleos), que los alejarían de situaciones violentas.

En cuanto al género, los hombres tienden a ser más violentos como forma de demostrar virilidad y ganarse el respeto de sus pares, así como de exponerse más a riesgos porque se consideran menos vulnerables que las mujeres. Por lo tanto, ser varón estará fuertemente relacionado con que los jóvenes se hayan involucrado en las tres situaciones de violencia analizadas.

### **Capítulo 3. Estrategia metodológica**

En esta investigación se emplea el concepto de “desventajas acumuladas” en los niveles individual, del hogar y de la colonia, para explicar tres formas de involucramiento en situaciones de violencia de los jóvenes en el ámbito social (que comprende la escuela, el trabajo y/o el espacio público como calles o plazas).

En este capítulo se incluye una breve descripción de la fuente de información (Ecopred-2014) y se explica la operacionalización de las desventajas en variables e índices, así como la construcción de los modelos que serán aplicados en el capítulo cinco.

#### **3.1 Fuente de información y población estudiada**

La fuente de información será la Encuesta de cohesión social para la prevención de la violencia y la delincuencia de 2014 (Ecopred-2014). Esta encuesta tiene como antecedente la Encuesta Nacional sobre Inseguridad (ENSI) levantada por el INEGI en 2005, cuyo objetivo principal fue la obtención de información a nivel individual sobre ocurrencia de delitos, entornos propicios para ello y la relación de los encuestados con los aparatos de justicia (ENSI, 2010). Años más tarde, la ENSI fue sustituida por la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) con rondas anuales de 2011 a 2015, con ella, además de lo captado por la ENSI, se pretende conocer las causas y costos de los delitos, datos sobre los niveles de denuncia y la percepción de inseguridad de los individuos (ENVIPE, 2015).

En 2014 la Ecopred se elaboró con el objetivo de medir los factores de riesgo y la exposición a situaciones de violencia y delincuencia en jóvenes de 12 a 29 años, como posibles causas para que los jóvenes repliquen la violencia vivida en sus hogares (INEGI, 2015a). Es la primera encuesta en México y Latinoamérica que pretende captar diversos factores de riesgo asociados a la posibilidad de que los jóvenes inicien o continúen con carreras delictivas; el fenómeno es considerado multicausal (INEGI, 2015b).

La Ecopred es una encuesta transversal que estuvo a cargo del INEGI, con un esquema de muestreo probabilístico, estratificado, polietápico y por conglomerados. Fue levantada del 6 de octubre al 9 de diciembre de 2014 y es representativa de 47 áreas urbanas mexicanas (Tabla 1 del Apéndice). La unidad de análisis es la población de 12 a 29 años, sus familias y comunidades, y la información

fue obtenida mediante dos cuestionarios: el principal y el de jóvenes. El primero fue respondido por el jefe del hogar principal de la vivienda seleccionada y se enfoca a percepciones de la vivienda, de las condiciones sociales y de la delincuencia. El segundo fue respondido por jóvenes seleccionados al azar entre los posibles candidatos, con edades entre 12 y 19 años, que no hubieran declarado ser jefes del hogar ni cónyuges del jefe<sup>6</sup>; las preguntas abordan temas de entornos de violencia a nivel familiar, social, escolar y laboral, hábitos personales y características del hogar (INEGI, 2015b).

La tasa de no respuesta total es de 13.12%. Para lograr la representatividad deseada, la muestra aumentó de 82,250 viviendas, que correspondían a la estimación inicial, a 97,754 (INEGI, 2015c). En total en la presente investigación se analizan 32,879 casos, considerando únicamente las entrevistas que fueron contestadas tanto por el jefe del hogar como por el joven seleccionado y en las que el joven encuestado es el hijo del jefe o jefa del hogar; se excluyeron 831 casos que no respondieron las preguntas necesarias para realizar el análisis estadístico y se especifican en el siguiente apartado.

Debe considerarse que la encuesta fue selectiva en dos sentidos: por un lado, se entrevistó únicamente a jóvenes habitantes de zonas urbanas y, por otro, las 47 ciudades donde se aplicó la encuesta se encuentran entre las de mayor incidencia delictiva del país<sup>7</sup>, por lo que no es posible generalizar los resultados a nivel nacional.

### **3.2 Fases del análisis estadístico**

La parte empírica de este trabajo consta de tres fases: elaboración de índices e indicadores, análisis descriptivo y análisis multivariado.

#### **3.2.1. Elaboración de índices e indicadores**

Con la finalidad de sintetizar la información obtenida de la encuesta y poder incluirla en el modelo estadístico se elaboró: un índice para la estratificación de los hogares, cuatro índices asociados al

---

<sup>6</sup> No es posible identificar la información sobre uniones e hijos de los entrevistados, por lo que se incluye a jóvenes de cualquier situación conyugal, y sin distinguir si tienen hijos o no.

<sup>7</sup> De acuerdo con una consulta realizada vía electrónica al INEGI, las ciudades fueron definidas por la Secretaría de gobernación por ser consideradas prioritarias en el Programa Nacional para la Prevención Social de la Violencia y la Delincuencia 2014-2018.

ambiente de convivencia en el hogar (hostil o armonioso), un índice de percepción de riesgo en la colonia y tres indicadores de involucramiento de los jóvenes en situaciones de violencia en el ámbito social.

### **Estrato socioeconómico**

Se hizo una estratificación socioeconómica de los hogares a los que pertenecen los jóvenes entrevistados. Se empleó el método de componentes principales para obtener una variable resumen que incluya la escolaridad del jefe del hogar o su cónyuge (el de escolaridad más elevada), la posición en el trabajo del jefe del hogar o su cónyuge (el de mayor escolaridad) y el índice de hacinamiento. Este análisis se basa en la combinación lineal de los valores que adquieren las variables en cada observación.

Teniendo en cuenta la gran proporción de mujeres jefas de hogar dedicadas a labores domésticas y cuyos cónyuges tenían un empleo remunerado, se optó por usar la información de años de escolaridad<sup>8</sup> más elevada entre el jefe del hogar y su cónyuge, y la posición en el trabajo<sup>9</sup> de esta misma persona.

El índice de hacinamiento resulta de la división del número de personas en la vivienda entre el número de cuartos empleados para dormir y se incluye como variable continua, a mayor valor, mayor será el nivel de hacinamiento.

Considerando las tres variables mencionadas, se emplea el valor de la primer componente para hacer la estratificación; éste explica 46% de la varianza (Cuadro 1). El hecho de que los valores que adquiere cada variable en la primer componente superen 0.5 es un indicador de la colinealidad entre las variables, la cual es provocada por el origen similar de las mismas. Sin embargo, el nivel de colinealidad no es alarmante pues los valores de las variables no superan el 0.9 y el número determinante (*condition number*), que se basa en el primer y último valor de los eigenvalores, es menor que 30<sup>10</sup> (Kleinbaum, et al., 2008).

---

<sup>8</sup> Se considera 1 año a partir de primero de primaria.

<sup>9</sup> Se considera una escala de 5 posiciones, que de menor a mayor rango son: 1. Trabajador sin pago, 2. Jornalero o peón, 3. Trabajador por su cuenta, 4. Empleado u obrero, 5. Patrón o empleador.

<sup>10</sup>  $Número\ determinante = \sqrt{\lambda_1/\lambda_k} = \sqrt{1.3924/0.6816} = 1.429$

**Cuadro 1. Resultados del análisis de componentes principales para la estratificación de hogares**

Variable	Componente 1	Componente 2	Componente 3
Hacinamiento	-0.513	0.733	0.4466
Posición en el trabajo	0.5375	0.68	-0.4986
Escolaridad	0.6692	0.0157	0.7429
Eigenvalores	1.3924	0.92598	0.6816
Varianza explicada	0.464	0.309	0.227

**Fuente: Elaboración propia con base en Ecopred 2014**

En el Cuadro 1, se observa que la escolaridad es la que influye más en la primer componente porque tiene el mayor valor absoluto de las tres variables consideradas (0.6692). Su efecto es positivo, de manera que a mayor escolaridad aumentará el valor de la primer componente principal. En segundo lugar está la posición en el trabajo, que también incide positivamente en la componente (0.5375), lo que se traduce en que una mejor posición en el trabajo aumenta el valor de la componente. La variable que menos influye es el índice de hacinamiento, cuya influencia es negativa (-0.513), lo cual implica que a mayor hacinamiento, menor será el valor de la primer componente.

Por lo anterior, se concluye que valores altos de la primer componente implican mejores condiciones de vida en el hogar, es decir mayor nivel educativo, mejor posición en el trabajo y menor nivel de hacinamiento. En contraste, los valores más bajos de la componente los tendrán los hogares donde la escolaridad sea poca, la posición en el trabajo baja y el hacinamiento elevado.

Con base en los resultados mencionados, se hizo un análisis de conglomerados (*cluster analysis*) con la técnica de k-medias para obtener un índice de tres valores. A partir del conjunto de valores de la primer componente, el programa estadístico empleado<sup>11</sup> seleccionó tres medias, y a cada hogar se le agrupó con la media más cercana a su valor (alto, medio o bajo), lo que permitió tener tres estratos socioeconómicos: muy bajo, bajo y medio-alto. El número de hogares ubicado en cada estrato se muestra en el Cuadro 2.

---

<sup>11</sup> Data Analysis and Statistical Software (Stata)® versión 13.

**Cuadro 2. Estratificación socioeconómica de hogares con base en análisis por conglomerados**

Estrato	Hogares	Porcentaje
Muy bajo	5,923	17.66
Bajo	14,824	44.19
Medio-alto	12,796	38.15
Total	33,543	100

**Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred-2014**

### **Índices asociados al ambiente de convivencia en el hogar**

#### Índices de conflictividad en el hogar

Se generó un índice para los conflictos entre el joven entrevistado con otros miembros del hogar (madre, padre, pareja del padre o madre, hermanos y otros) y otro para los conflictos entre otros miembros, donde el joven es testigo (entre el padre o tutor y la madre o tutora, con sus respectivas parejas, entre hermanos, entre hermanos y padres, así como entre los ya mencionados con otros miembros del hogar como tíos, primos o sobrinos). El objetivo de elaborarlos fue conocer el ambiente de convivencia en el hogar, a mayor valor de estos índices se considera un ambiente hostil y con valores bajos se considera un ambiente armonioso.

Se basaron en la presencia de conflictos entre los miembros del hogar recuperados de la pregunta 3.2 del cuestionario de jóvenes: “De las personas mencionadas en el siguiente recuadro que viven en tu hogar, marca entre quiénes surgen conflictos o peleas”, que también incluye la frecuencia de ocurrencia en el último año antes de la encuesta. El índice que considera los conflictos donde el joven está involucrado incluyó 6 combinaciones posibles de conflicto. El segundo, donde el joven es testigo, se consideró la posibilidad de 17 combinaciones.

Una vez identificada la presencia de conflictos, se asignaron valores a las frecuencias reportadas por el joven, en una escala de 0 a 10 de la siguiente manera:

Muy frecuente=10, frecuente=7.5, poco frecuente=5, casi nunca=2.5, no declara=0

Una vez obtenidos los valores se sumaron los conflictos reportados multiplicados por su frecuencia para obtener los índices. El índice de conflictos con el joven obtuvo valores desde 0, que implicaría que no reportó haber tenido conflictos con ninguno de los miembros del hogar, hasta 60, cuando reportó haber tenido conflictos muy frecuentes con cada uno de los miembros del hogar. El índice de conflictos entre otros miembros del hogar (donde el joven sólo es testigo) adquirió valores entre

0 y 170, donde 0 significa que el joven no declaró ningún tipo de conflicto entre otros miembros del hogar, y 170 que todos los miembros del hogar tuvieron conflictos con el resto de ellos con mucha frecuencia. Ambos índices se dividieron entre el número de miembros del hogar, de tal manera que su valor no resultara más alto en los hogares donde habitaban más personas.

Para hacer interpretaciones más claras a partir de los datos se optó por estandarizarlos en una escala de resultados del 0 al 10. Se transformaron empleando la siguiente ecuación de estandarización:

$$\text{Índice estandarizado} = \frac{\text{Valor observado} - \text{valor mínimo}}{\text{valor máximo} - \text{valor mínimo}} * 10$$

Esa ecuación adquirió las siguientes formas para los índices de conflictividad:

$$\text{Índice de conflictividad con joven} = \frac{x - 0}{16.67 - 0} * 10$$

Donde x es el valor observado de conflictividad en cada observación, 0 es el valor mínimo que se estimado y 16.67 es el valor máximo.

$$\text{Índice de conflictividad como testigo} = \frac{x - 0}{20.63 - 0} * 10$$

Donde x es el valor observado de conflictividad en cada observación, 0 es el valor mínimo que se estimado y 20.63 es el valor máximo.

### Índice de cohesión familiar

El tercer índice es el de cohesión familiar, cuando adquiere valores altos indica un ambiente armonioso de convivencia en el hogar, mientras valores bajos representan ambientes hostiles. Se basa en la pregunta 3.1 del cuestionario para jóvenes: “¿Cómo es la relación entre las personas de tu hogar que viven en esta casa? Dime por favor con cuáles te identificas.”

En el Cuadro 3 se presentan las formas de relacionarse entre los miembros del hogar consideradas en el cuestionario; en la segunda columna se incluyen las respuestas que indican mayor cohesión familiar.

**Cuadro 3. Indicadores empleados para elaborar el índice de cohesión familiar**

Forma de convivencia	Respuesta que incrementa el valor del índice
Tratan de estar juntos en algún momento del día	Sí
Se reparten o dividen las tareas de la casa	Sí
Acostumbran pedirse perdón después de una pelea o discusión	Sí
Se demuestran afecto mutuamente	Sí
Se felicitan cuando hacen bien las cosas	Sí
Platican sus diferencias sin alterarse o perder la calma	Sí
Se critican constantemente sobre su apariencia física	No
Después de una pelea, evitan dirigirse la palabra	No
Se gritan e insultan cuando discuten	No
Se evaden o evitan para no pelear	No
Se empujan, pellizcan o jalonean bruscamente	No
Se han peleado tan fuerte que han llegado a los golpes	No

**Fuente: Elaboración propia con base en el cuestionario para jóvenes de la Ecopred-2014**

A cada respuesta dada por el joven en el sentido esperado para incrementar la cohesión se le asignó el valor uno<sup>12</sup> y después se sumaron todos los valores, obteniendo un rango entre 0 y 12, donde 12 implica la mayor cohesión familiar.

El índice se estandarizó para que sus valores fluctuaran en un rango de 0 a 10. La ecuación para ello tiene la siguiente forma:

$$\text{Índice de cohesión familiar} = \frac{x - 0}{12 - 0} * 10$$

Donde x es el resultado de la suma de las respuestas que incrementaban la cohesión familiar.

#### Índice de convivencia con los padres

Este índice se elaboró pensando que una relación más estrecha con los padres serviría como elemento protector de los jóvenes frente a situaciones de violencia, por lo tanto cuando adquiere valores altos indica ambientes armoniosos de convivencia, mientras valores bajos indican ambientes hostiles.

En la pregunta 2.5 del cuestionario para jóvenes: “Piensa en la manera en que conviven dentro de tu hogar. De las actividades y situaciones que te voy a mencionar, dime por favor con quién

---

<sup>12</sup> Se omitieron 10 casos en los que la respuesta registrada para todas las opciones posibles fue “No sabe/no responde”.

ocurren” se cuestiona a los jóvenes si alguno de sus padres, la pareja de alguno de ellos o algún otro adulto dentro del hogar realiza con ellos las actividades mencionadas en el Cuadro 4.

**Cuadro 4. Formas de relacionarse entre el joven y los adultos en el hogar empleadas para elaborar el índice de convivencia con los padres**

Está pendiente de tu desempeño y actividades escolares y/o laborales
Practican algún deporte o hacen ejercicio juntos
Se entretienen jugando juegos de mesa, dominó, cartas o videojuegos
Habla contigo acerca de tus amigos y amigas
Te ha orientado en alguna ocasión sobre los efectos del alcohol
Te ha advertido en alguna ocasión sobre los efectos de las drogas
Le cuentas cuando tienes un problema en la escuela o trabajo, con tus amigos o vecinos
Te incluye cuando planean actividades familiares
Ven televisión y comentan sobre lo que ven
Te diviertes cuando están juntos
Leen y comentan sobre algún libro
Salen de compras al mercado, supermercado o centro comercial
Conoce a tus amigos
Sabe a dónde vas cuando sales con tus amigos
Te asigna o define alguna tarea dentro del hogar
Te tiene una hora de llegada límite
Te regaña, castiga o sanciona cuando no le haces caso
Te llamaría la atención si tus calificaciones en la escuela fueran bajas
Te llamaría la atención si te viera fumar
Te llamaría la atención si te viera borracho(a) o tomado(a)
Te llamaría la atención si te viera drogado(a)

**Fuente: Cuestionario para jóvenes de la Ecopred-2014**

Se asignó el valor de uno a cada forma de relacionarse del joven cuando al menos uno de los adultos del hogar realizó alguna de las actividades<sup>13</sup>. Después de ello se generó una variable continua que fue el resultado de la suma de todas las situaciones declaradas por el joven, la cual tuvo valores entre 0 (ningún nivel de convivencia) y 21 (máximo nivel de convivencia).

Finalmente, se estandarizaron los valores para que todos se encontraran en el rango de 0 a 10 con la siguiente ecuación:

$$\text{Índice de convivencia con los padres} = \frac{x - 0}{21 - 0} * 10$$

---

<sup>13</sup> Se omitieron 7 casos en los que la respuesta registrada para todas las opciones posibles fue “No sabe/no responde”.

Donde x corresponde al valor obtenido de la suma de todas las formas de relación reportadas por el joven.

### Índice de percepción de riesgo en la colonia.

La construcción de este índice se basó en la ocurrencia de hechos violentos o delictivos en la colonia registrados en la pregunta 5.19 del cuestionario para jóvenes: “En lo que va del año, ¿qué tan frecuente has visto gente en tu colonia o barrio...”. Se seleccionaron circunstancias clave para caracterizar una colonia o barrio como riesgoso, que adquirieron valores dicotómicos: 0 (no se reportó la situación) y 1 (sucedió al menos una vez en el último año)<sup>14</sup>. Cada una recibió un peso según el impacto que pueda tener en el incremento del riesgo de violencia: 1, las que representan violencia pasiva o un mal ejemplo; 2, las que no afectan directamente al entrevistado o a personas no involucradas en la situación; 3, las que implican violencia activa en contra de terceras personas. Las situaciones seleccionadas y sus pesos se presentan en el Cuadro 5.

**Cuadro 5. Situaciones de riesgo consideradas para la elaboración del índice de percepción de riesgo en la colonia**

Situación	Peso
Tomando alcohol en la calle	1
Consumiendo drogas	1
Discutiendo o peleando entre vecinos	1
Vendiendo drogas	2
Peleando entre pandillas	2
Asaltando casas, negocios o vehículos	3
Asaltando o robando a personas en la calle	3
Amenazando o extorsionando	3
Disparando armas de fuego	3
Rompiendo ventanas de casas, negocios o autos, u otros objetos	3

**Fuente: Elaboración propia con base en el cuestionario para jóvenes de la Ecopred-2014**

Cada situación reportada por el joven se multiplicó por el peso asignado y se sumaron los valores de todas. La suma se realizó como se muestra en la siguiente ecuación:

$$\text{Suma ponderada de riesgos} = (\text{Situación}X_1 * \text{peso}X_1) + (\text{Situación}X_2 * \text{peso}X_2) + \dots + (\text{Situación}X_{10} * \text{peso}X_{10})$$

<sup>14</sup> Se omitieron las observaciones en tres situaciones: 1) no dio información sobre ninguna de las situaciones (clasificado como “No sabe/no responde” en la encuesta); 2) en más de dos situaciones no dio información (“No sabe/no responde”) y en el resto la respuesta fue “Nunca” y; 3) al menos en una de las situaciones afirmó que alguna vez había visto la situación pero en más de tres no dio información (“No sabe/no responde”). En total se omitieron 322 casos.

Donde Situación $X_n$  vale 1 si se reportó la situación y 0 si no se reportó la situación.

Los resultados obtenidos varían de 0, es decir que el joven no reportó haber visto ninguna de las situaciones en su colonia a 22, el máximo número de situaciones reportadas por los jóvenes. Este índice se estandarizó para obtener resultados en una escala del 1 al 10 empleando la siguiente ecuación:

$$\text{Índice de percepción riesgo en la colonia} = \frac{x - 0}{22 - 0} * 10$$

Donde x es el valor que tuvo la estimación del riesgo de cada joven.

### **Indicadores de involucramiento en situaciones de violencia**

#### Victimización del joven en el ámbito social

Para elaborar el índice se emplean las preguntas 6.7 y 6.8 del cuestionario de jóvenes: “Durante 2014 (de enero a la fecha), ¿te pasó la situación de la tarjeta?”. Entre las situaciones consideradas se incluyen desde burlas y exclusión, hasta agresiones sexuales, pasando por intimidación, robo y agresiones físicas; todas se presentan en el Cuadro 6.

#### **Cuadro 6. Situaciones consideradas para elaborar el indicador de victimización del joven en el ámbito social**

##### Situación

Alguien se burló de ti, te ha puesto apodos hirientes, ha esparcido rumores o mentiras de ti, o te ha excluido por tus gustos, tu físico o tu ropa

Alguien ha dañado o escondido intencionalmente tus objetos personales como mochila, bicicleta, ropa, artículos electrónicos, herramientas de trabajo, etc. para molestarte

Alguien con malas intenciones ha lastimado tu cuerpo, ya sea mediante jalones de cabello, empujones, pellizcos, golpes, entre otros, provocándote dolor físico, moretones, cortadas, quemaduras o fracturas, etc.

Alguien, sin que te des cuenta, te ha robado alguna pertenencia (robo sin violencia)

Alguien te ha arrebatado tus cosas con violencia o te ha obligado a entregarle alguna de tus pertenencias con algún otro tipo de agresión física o verbal (robo con violencia)

Alguien te ha intimidado (amenazado) con lastimarte físicamente a ti o a algún familiar o amigo

Alguien te ha exigido dinero, objetos o favores para que deje de molestarte o te deje hacer tus actividades

Alguien ha distribuido un mensaje de texto, imagen o video de tu persona sin tu consentimiento para chantajearte, acosarte o humillarte

Alguien te ha tocado o intentado tocar alguna parte de tu cuerpo y te hizo sentir mal

Alguna vez has tenido algún encuentro sexual indeseado (alguien te ha obligado o intentado obligar a ver o realizar alguna práctica sexual)

**Fuente: Cuestionario para jóvenes de la Ecopred-2014**

Una vez excluidos los casos ocurridos en el hogar, se generó una variable dicotómica, que adquirió valor de 0 cuando los jóvenes no declararon haber sufrido ningún tipo de agresión, y valor de 1 cuando sufrieron alguna de ellas<sup>15</sup>.

#### Conductas de riesgo del joven en el ámbito social

Este indicador se empleará como aproximación a las conductas violentas, a partir de la pregunta 4.6 del cuestionario de jóvenes: “De las situaciones descritas a continuación, dime por favor si...” que incluye opciones consideradas en sí mismas delictivas o violentas o que podrían acercar a los jóvenes a cometer ese tipo de conductas.

Se elaboró como variable dicotómica, con valor de 1 para los jóvenes que declararon haber tenido alguna de las conductas consideradas y con valor de 0 para quienes no reportaron haber realizado ninguna de ellas (Cuadro 7).

#### Cuadro 7. Actos considerados para el indicador de conductas de riesgo en el ámbito social

##### Situación

Haber tomado alguna bebida alcohólica hasta emborracharse para divertirse o porque le gusta.

Haber fumado cigarros (tabaco) para experimentar, para tranquilizarse o por gusto.

Haber consumido mota/hierba (marihuana) para experimentar, para tranquilizarse o por gusto.

Haber inhalado thinner, PVC, cemento, resistol, pegamento, gasolina, solventes, chemos, etc. para experimentar, para divertirse o por gusto.

Haber consumido algún tipo de alucinógeno como hongos, peyote, mezcalina, LSD, ácidos, etc. para experimentar, para divertirse o por gusto.

Haber consumido éxtasis, tachas, cristal (anfetaminas), polvo, perico, nieve, grapa, cocaína, crack, piedra o heroína para experimentar, para divertirse o por gusto.

Haber tenido alguna vez un arma para defenderse o para que lo respeten los demás.

Haber pertenecido o haber sido obligado a pertenecer a algún grupo para proteger un territorio, para protegerse de otras personas o para que lo respeten.

Haberse juntado con sus amigos para *grafitear* sin permiso una pared, romper vidrios, quemar algo, etcétera, por la emoción de hacerlo.

**Fuente: Cuestionario para jóvenes de la Ecopred-2014**

<sup>15</sup> Se omitieron 34 casos en los que la respuesta reportada a las primeras 8 situaciones fue “No sabe/no responde” (para las últimas dos no se presenta dicha opción).

## Relaciones sociales de riesgo en el ámbito social

A partir de la pregunta 4.3 “Piensa en tus mejores amigos o los compañeros con los que más convives. De las situaciones descritas a continuación, dime por favor ¿si en lo que va del año alguno de ellos...” del cuestionario para jóvenes. Se otorgó una ponderación a cada situación según el nivel de riesgo que implica para el joven: 1, conductas que sólo afectan al amigo; 2, conductas del amigo que potencialmente podrían afectar a terceros; 3, violencia directa contra terceros; 4, acciones que afectan o incitan al joven entrevistado a tener conductas de riesgo. Las ponderaciones se presentan en el Cuadro 8.

**Cuadro 8. Situaciones consideradas para la elaboración del indicador de relaciones sociales de riesgo**

Situación	Peso
Ha fumado cigarrillos (tabaco) para experimentar, para tranquilizarse o por gusto?	1
Ha tomado hasta emborracharse para divertirse?	1
Ha fumado mota (marihuana) o consumido otro tipo de droga, para experimentar o divertirse?	1
Ha vendido droga porque dice que se gana bien y/o para conseguir más droga para él/ella?	2
Ha cargado o portado un arma para que lo respeten o para protegerse?	2
Se ha unido a un grupo o banda para protegerse o ganar el respeto de los demás?	2
Ha sido arrestado (llevado al Tutelar o a un Centro Penitenciario)?	3
Ha dañado de manera intencional la propiedad de alguien más para divertirse, armar desmadre o por la emoción de hacerlo?	3
Ha robado porque le gustó el objeto, para cambiarlo por dinero o para ser aceptado en alguna banda?	3
Ha maltratado o lesionado algún animal de forma intencional para divertirse?	3
Ha golpeado o lastimado a alguien para hacerse respetar, para darle su merecido, porque no lo soportaba o por chingarle?	3
Ha humillado o maltratado a una persona y después lo presumió?	3
Te ha ofrecido mota (marihuana) o alguna sustancia similar para que la pruebes?	4
Te ha presumido que gana mucho dinero [...] trabajando con un grupo que hace negocios chuecos?	4

**Fuente: Elaboración propia con base en el cuestionario para jóvenes de la Ecopred-2014**

Cuando el joven reportó que su amigo o conocido no había tenido alguna conducta se consideró un valor de cero para ese elemento. Cuando el joven afirmó sí haber tenido un amigo o conocido que realizó alguna de las acciones se consideró ésta con su respectiva ponderación y se sumaron todas las respuestas afirmativas de forma análoga al índice de percepción de riesgos en el entorno<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> Se omitieron un total de 496 casos porque los jóvenes no respondieron la pregunta.

Finalmente, se elaboró una variable dicotómica que valía 1 si la suma de todas las respuestas afirmativas resultaba igual o mayor a cuatro, y 0 si el resultado de la suma era menor que cuatro.

### 3.2.2. Análisis descriptivo

Se realizó un análisis bivariado de las variables que representan las desventajas de los jóvenes en los tres niveles mencionados: individual, del hogar y de la colonia, y los indicadores de violencia en el ámbito social. Los elementos que se considerarán se presentan en el Cuadro 9, en él se presentan las frecuencias de las variables categóricas a las que se aplicó la prueba  $\chi^2$  y las medias de las variables continuas, que se evalúan con la prueba t de student.

**Cuadro 9. Variables incluidas en el análisis descriptivo y en los modelos estadísticos**

	Nivel de análisis	Variable	Tipo de variable
Variables independientes (desventajas)	Individual	Género del joven	Dicotómica
		Grupo de edad del joven	Categórica
		Ocupación del joven	Categórica
	Hogar	Tipo de hogar	Categórica
		Estrato socioeconómico del hogar	Categórica
		Índice de conflictos en el hogar con el joven	Continua
		Índice de conflictos en el hogar sin el joven	Continua
		Índice de cohesión familiar	Continua
		Índice de convivencia con los padres	Continua
	Colonia	Índice de percepción de riesgo en la colonia	Continua
Variables dependientes	Ámbito social	Victimización en el ámbito social	Dicotómica
		Conductas de riesgo	Dicotómica
		Relaciones sociales de riesgo con amigos o compañeros	Dicotómica

Fuente: Elaboración propia

A continuación se describen las 13 variables que se emplearán en el análisis descriptivo y en los modelos estadísticos de regresión logística, así como el impacto que se espera tengan las desventajas en el involucramiento en situaciones violentas en el ámbito social.

## **Variables incluidas en el estudio**

### ***Variables a nivel individual***

#### **Género del joven**

Es una variable dicotómica con valor 1 si el joven es hombre y 0 si es mujer.

Esta variable permitirá observar las diferencias de comportamiento violento entre hombres y mujeres causadas por la construcción social del género, así como quiénes son víctimas y agresores con mayor frecuencia, tanto en el ámbito familiar como en el social. Se espera que los varones estén más involucrados en situaciones de violencia.

#### **Grupo de edad del joven**

La edad se incluye como variable categórica, aproximada a las edades escolares. Se considerarán cuatro grupos: 12-14 años (secundaria), 15-18 años (bachillerato), 19-22 años (universidad), 23-29 años (estudios terminados)<sup>17</sup>.

Se espera más involucramiento en situaciones de violencia entre los jóvenes de mayor edad, porque en general a mayor edad existe mayor concurrencia a espacios públicos.

#### **Ocupación del joven**

Se incluye como categórica y tendrá 5 valores: trabaja, estudia, estudia y trabaja, no estudia ni trabaja, y se dedica a los quehaceres del hogar.

Se espera que los jóvenes que no estudian ni trabajan tengan mayor probabilidad de estar relacionados con situaciones de violencia, por ser quienes viven mayor exclusión (tanto del sistema educativo como del laboral).

---

<sup>17</sup> Se probó incluir los grupos quinquenales de edad clásicos, sin embargo la significancia de la variable y el ajuste de los modelos estadísticos fueron más elevados cuando se empleó esta clasificación.

### ***Variables a nivel hogar***

#### Tipo de hogar

Es una variable categórica, que valdrá 1 si son hogares nucleares (vive el jefe del hogar, su cónyuge<sup>18</sup> y al menos un hijo), 2 si los hogares son monoparentales (sólo vive uno de los padres y al menos un hijo) y 3 para los hogares ampliados (vive al menos uno de los padres, al menos un hijo y otra(s) persona(s) con o sin parentesco).

Con esta variable se pretende comprobar si los jóvenes declaran más violencia sufrida son los de hogares monoparentales, como concluyen Frías y Castro (2011).

#### Estrato socioeconómico del hogar

Es una variable categórica de tres estratos: muy bajo, bajo y medio-alto.

La finalidad de elaborar el indicador es conocer si hay experiencias o comportamientos violentos diferenciados, a causa de la desigualdad socioeconómica; se espera encontrar que en los hogares de estratos medios y altos habrá menor incidencia de violencia en comparación con los de estrato muy bajo.

#### Índice de conflictividad con el joven en el hogar

Es una variable numérica, que valdría 0 cuando no haya ningún conflicto del joven con otros miembros y 10 cuando tenga conflictos con todos los miembros con mucha frecuencia.

Este indicador permitirá incorporar los conflictos ocurridos en el entorno familiar como *proxy* de violencia intrafamiliar y se espera que, a mayor valor del índice, mayor sea la probabilidad de que se involucre en situaciones de violencia.

#### Índice de conflictividad entre otros miembros del hogar

Es una variable numérica, que valdrá 0 cuando no haya ningún conflicto y 10 cuando haya conflictos entre todos los miembros, excepto el joven, con mucha frecuencia.

---

<sup>18</sup> Con la información de la encuesta sólo se puede conocer la relación del jefe de familia con el joven, pero no se sabe si el cónyuge del jefe es el padre o la madre del joven.

Con este indicador se incorporan los conflictos en el entorno familiar de los que el joven sólo es testigo. Se espera que a mayor valor, mayor será la probabilidad de que el joven se involucre en situaciones de violencia.

#### Índice de cohesión familiar

Adquiere valores entre 0 y 10. Mientras más elevado es su valor significa que hay mayor cohesión entre los integrantes del hogar.

Se espera que los valores elevados del índice reduzcan la probabilidad de que los jóvenes se involucren en situaciones de violencia en el ámbito social, porque implican ambientes de convivencia armoniosos entre los miembros del hogar.

#### Índice de convivencia con los padres

Sus valores oscilan entre 0 y 10. A mayor valor del índice, mayor es la convivencia del joven con sus padres y por lo tanto se espera que haya menor probabilidad de que el joven se involucre en situaciones de violencia en el ámbito social.

### ***Variable a nivel de la colonia***

#### Índice de percepción de riesgo en la colonia

Es una variable continua que varía desde 0 (el joven no ha presenciado ninguna situación de riesgo en su colonia) y 10 (ha visto todas las situaciones consideradas).

Se espera que un valor elevado del índice incremente el riesgo de vivir violencia en otros entornos.

### **Variables dependientes**

#### Indicador de victimización en el ámbito social

Es una variable dicotómica que adquiere valores de 0 cuando el joven no fue víctima violencia en el último año, y de 1 cuando fue víctima al menos una vez.

Se espera que si el joven acumula más desventajas en los tres niveles de análisis, aumentará la probabilidad de que la variable adquiera el valor 1.

### Indicador de conductas de riesgo en el ámbito social

Tiene valores de 0 y 1, donde 0 significa que no ha tenido conductas consideradas de riesgo y 1 que sí las ha tenido.

Se espera un incremento de la probabilidad de que adquiriera el valor de 1 cuando aumente la presencia de desventajas.

### Indicador de relaciones sociales de riesgo

Es una variable dicotómica que vale 1 cuando el joven tiene relaciones sociales de riesgo severas y 0 cuando no ha tenido este tipo de relaciones o han sido moderadas.

Se espera que la probabilidad de que adquiriera el valor de 1 sea mayor cuando haya más desventajas acumuladas.

### 3.2.3. Regresiones multivariadas

En esta fase se construyeron tres modelos de regresión logística, para modelar curvas de probabilidad de que se presente un evento (Escobar, Fernández, y Bernardi, 2012). La ecuación general del modelo es:

$$\Pr(y = 1|x) = \frac{\exp(\beta_0 + \beta_n X_n + \beta_x X_1 X_n)}{1 + \exp(\beta_0 + \beta_n X_n + \beta_x X_1 X_n)} \quad (1)$$

Donde:

$X_n$  = valor de la variable independiente  $X_n$ .

$\beta_0$  = constante (el valor que adquiriría la probabilidad si todas las variables del modelo tuvieran valor cero).

$\beta_n$  = valor del coeficiente de probabilidad de la variable independiente  $X_n$ .

$\beta_x$  = valor del coeficiente de una interacción entre las variables independientes  $X_n$  y  $X_1$ .

El resultado de cada regresión indica la razón de momios (*odds ratio*) de que ocurra el evento para cada variable incluida en el modelo. La razón de momios se representa de la siguiente manera:

$$\Omega = \frac{\text{pr}(D)}{1 - \text{pr}(D)} \quad (2)$$

La razón de momios de que ocurra el evento de la variable dicotómica D es el resultado del cociente de la probabilidad de que ocurra el evento entre la probabilidad de que no ocurra.

Las variables dependientes dicotómicas fueron los indicadores de involucramiento en situaciones de violencia: el haber sido víctima de violencia en el ámbito social, el haber tenido conductas de riesgo y el tener relaciones sociales de riesgo. Se generó un modelo logístico para cada indicador, donde las variables independientes, consideradas como posibles desventajas, fueron las presentadas en el Cuadro 9. Las variables categóricas como edad, ocupación, tipo de hogar y estrato socioeconómico se incluirán como variables ficticias o *dummy*, es decir que se generarán variables individuales con valores de 0 y 1 para cada categoría.

Además, en respuesta a los dos ejes principales de análisis, se generaron interacciones del estrato y el género con el resto de las variables<sup>19</sup> para saber si existían efectos conjuntos. Se incluyen en el capítulo cinco únicamente los modelos con las interacciones que tuvieron significancia estadística.

Los resultados se presentan en términos de razones de momios. Para hacer un análisis en términos más intuitivos en ocasiones, en vez de dichas razones, se acude indicar en qué porcentaje aumenta o reduce una variable independiente X la probabilidad de que ocurra el evento. Esto se obtiene de la siguiente manera:

$$\text{Probabilidad (D|X)} = (\Omega - 1) * 100 \quad (3)$$

Así mismo, para estimar las probabilidades de que la variable independiente adquiera el valor 1, es decir que el joven se haya involucrado en alguna de las situaciones de violencia, considerando el impacto de todas las variables, se resolvió la ecuación (1) con base en los resultados de los modelos. Aquí se presentan razones de momios, por lo tanto es necesario obtener el logaritmo natural de cada variable para poder conocer la probabilidad.

---

<sup>19</sup> Se interactuó el estrato socioeconómico con el género, el grupo de edad, la ocupación, el tipo de familia y los cinco índices (cuatro del hogar y uno de la colonia). El género con el grupo de edad, la ocupación, el tipo de familia, el estrato socioeconómico y los cinco índices.

#### Capítulo 4. Análisis descriptivo. Comportamiento de las variables analizadas

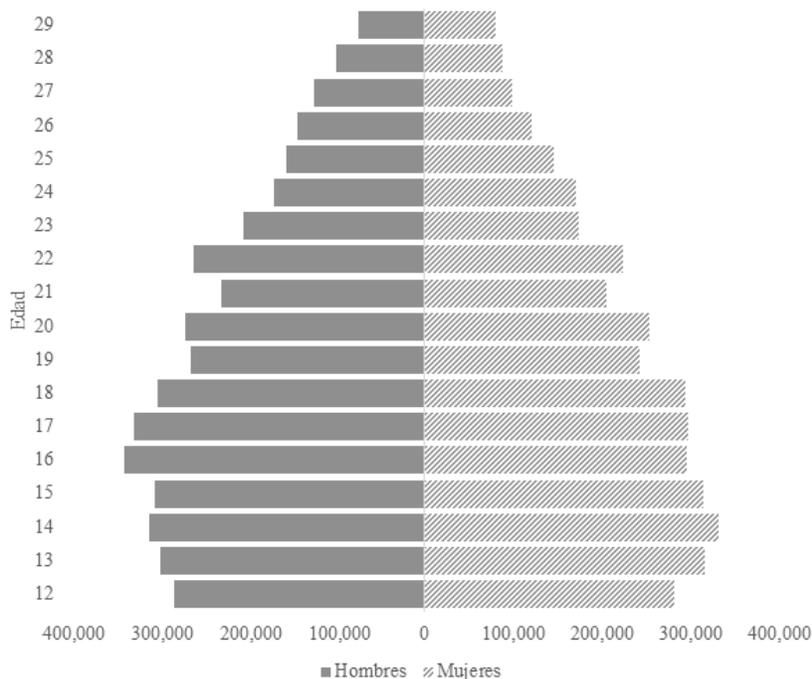
En este capítulo se hacen análisis descriptivos de las principales características sociodemográficas de los jóvenes y de las situaciones de violencia declaradas en el hogar y en el ámbito social.

##### 4.1 Características de los jóvenes entrevistados

En México los jóvenes son un sector etario muy amplio. En 2015 con la Encuesta Intercensal se estimó un total de 37,422,398 habitantes entre 12 y 29 años, que representan 31.3% de la población total. De ellos, 52% residen en localidades de 50,000 habitantes o más (9,618,925 hombres y 9,770,565 mujeres) (INEGI, 2015d), que es el rango dentro del cual se encuentran las ciudades de la Ecopred-2014.

Con la Ecopred se logró obtener información de 40,366 jóvenes, que son representativos de 8,083,968 de jóvenes habitantes en 47 ciudades seleccionadas por tener las mayores tasas delictivas en México (Tabla 1 del apéndice); de ellos 51% son hombres y 49% mujeres. La distribución de los jóvenes incluidos en el estudio, según grupos de edades escolares, es la siguiente: los de 12-14 agrupan a 24.7%, los de 15-18 a 29.9%, los de 19-22 a 22.4% y los de 23-29 a 23%. La distribución de las edades individuales empleando el factor de expansión se presenta en la Gráfica 1.

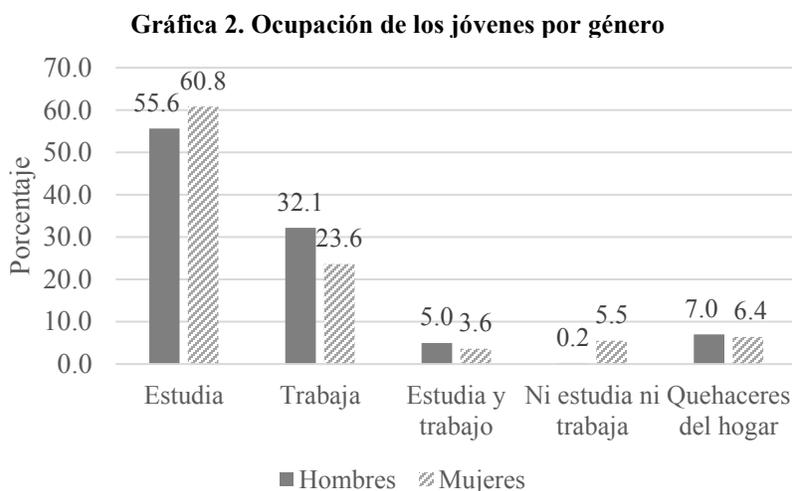
Gráfica 1. Pirámide poblacional, jóvenes 12-29 años urbanos representados con la Ecopred 2014



Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred 2014

La escolaridad es relativamente alta debido a que sólo se consideran jóvenes de zonas urbanas, donde el acceso a centros educativos es mayor que en zonas rurales. Entre los jóvenes incluidos en el estudio (encuestados hijos del jefe del hogar), los varones mayores de 18 años tienen en promedio 12.4 años de escolaridad y las mujeres 13.1, es decir el equivalente a haber terminado la preparatoria o tener estudios técnicos. Sin embargo debe considerarse la heterogeneidad en el nivel educativo, 24.1% de los mayores de 15 años no han terminado la secundaria y 50% de los mayores de 18 años no ha concluido el nivel bachillerato.

Respecto a la ocupación, la más frecuente es ser estudiante (55.6% de los hombres y 60.8% de las mujeres), la siguiente es trabajar (32.1% y 23.6%), seguida de los quehaceres del hogar (7% y 6.4%), estudiar y trabajar (5% y 3.6%) y finalmente están quienes no realizan ninguna de las anteriores (ni estudian ni trabajan), que corresponde a 0.2% de los varones y 5.5% de las mujeres (Gráfica 2). Si reducimos la población a quienes tienen entre 12 y 17 años, equivalente a las edades escolares, la proporción que se dedica exclusivamente a estudiar aumenta a 84% entre los hombres y a 88.6% entre las mujeres.



**Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred 2014**

El nivel socioeconómico de los hogares donde se desenvuelven los jóvenes se distribuye de manera heterogénea; 12,796 pertenecen a hogares de estrato muy bajo (38.2%), 5,923 a hogares de estrato bajo (17.7%) y 14,824 a hogares de estrato medio a alto (44.2%). Lo anterior se traduce en que cerca de 55.9% de la población analizada pertenece a hogares con carencias económicas.

El tipo de hogar al que pertenecen los jóvenes tiene la siguiente distribución: 61% son nucleares, 18% monoparentales y 21% ampliados. Es decir, la mayoría se desenvuelve en un entorno clásico, integrado sólo por ambos padres y al menos un hijo. Las proporciones que habitan en monoparentales y ampliados son muy similares, pero cabe destacar que entre los hogares monoparentales, 89% tienen jefatura femenina.

## **4.2 Indicadores de violencia**

En este apartado se describe el comportamiento de los indicadores de violencia, tanto en el ámbito familiar como en el ámbito social (escuela, trabajo y colonia) y su relación con algunas desventajas de los jóvenes.

### **4.2.1 Violencia intrafamiliar**

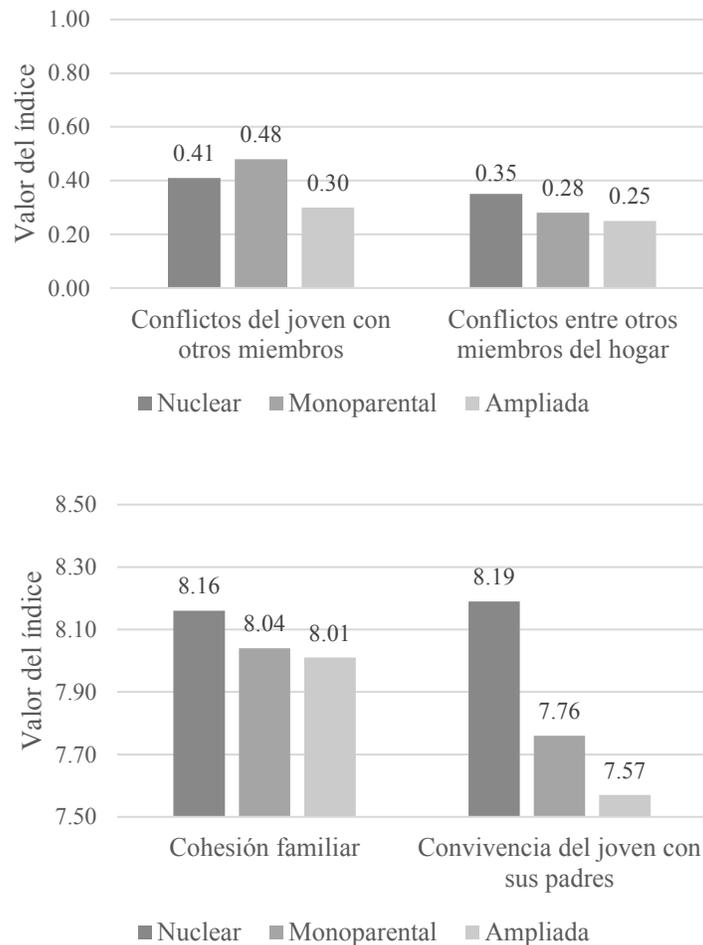
Para entender las relaciones entre los integrantes del hogar se emplean los índices asociados al tipo de convivencia en el mismo. El ambiente de convivencia se considera armonioso cuando el valor del índice de conflictividad donde participa el joven y el de conflictividad entre los otros miembros del hogar son bajos, y cuando el índice de cohesión familiar y el de convivencia del joven con los padres tienen valores altos. En oposición, se considera que son hogares con ambientes hostiles los que tienen altos índices de conflictividad tanto donde el joven participa y donde no, un bajo índice de cohesión familia y bajo índice de convivencia con los padres.

La mayoría de los hogares a los que pertenecen los jóvenes analizados pueden considerarse de ambiente de convivencia armonioso. Aun así, las medias de los cuatro índices varían por tipo de hogar, estrato socioeconómico del hogar y género del joven entrevistado, como se muestra a continuación.

En primer lugar, de acuerdo con la parte superior de la Gráfica 3, los hogares ampliados tienen la menor media del índice de conflictos entre el joven y otros miembros del hogar (0.30), seguidos de los nucleares (0.41) y finalmente los monoparentales (0.48). En cuanto al índice de conflictividad entre otros miembros del hogar, donde el joven es sólo testigo, los ampliados también tienen la menor media (0.25), casi la misma que los hogares monoparentales (0.28), y los nucleares tienen el promedio más elevado (0.35). A partir de estos dos indicadores podemos afirmar que los hogares ampliados se caracterizan por tener ambientes menos hostiles; entre los

hogares nucleares y monoparentales no podemos afirmar que alguno tenga ambientes más hostiles, por lo que en este punto no se comprueba que pertenecer a un hogar monoparental sea en sí mismo un factor de riesgo para que exista violencia intrafamiliar, como afirman Rodríguez (2001) y Frías y Castro (2011).

**Gráfica 3. Media de los índices asociados a ambientes de convivencia hostil en el hogar por tipo de hogar de los jóvenes entrevistados**



Nota: La asociación entre los tipos de hogar y los índices es de  $p < 0.05$

**Fuente: Elaboración propia con base en Ecopred 2014**

En la parte inferior de la Gráfica 3 se muestran los valores medios para los índices de cohesión familiar y convivencia con los padres según el tipo de hogar. Se observa que los hogares ampliados tienen el menor nivel de cohesión familiar (media de 8.01), seguidos de los monoparentales (8.04), y los nucleares tienen, en promedio, la cohesión familiar más alta (8.16). La convivencia del joven con los padres sigue la misma tendencia: los hogares ampliados tienen el menor valor del índice

(7.57), después están los hogares monoparentales (7.76) y, finalmente, los nucleares, donde los hijos tienen el mayor nivel de convivencia con sus padres (8.19). De acuerdo con estos dos últimos indicadores, los hogares nucleares tienen ambientes de convivencia más armoniosos y ampliados tienen los niveles más bajos de armonía. Estos elementos aportan evidencia de que en los hogares nucleares existen formas de convivencia más armoniosas y, por lo tanto, menos violencia intrafamiliar.

En este punto del análisis no podría afirmarse que algún tipo de hogar tiene los ambientes más hostiles de convivencia porque los cuatro índices analizados (dos de conflictividad, el de cohesión familiar y el de convivencia con los padres) no tienen una tendencia bien definida.

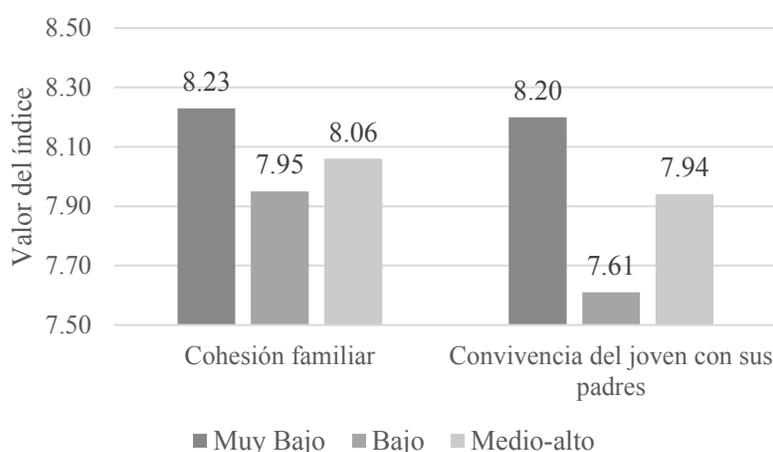
Para analizar el comportamiento por estratos se presentan en la Gráfica 4 los valores medios de los índices de cohesión familiar y de convivencia con los padres<sup>20</sup>. Los hogares de estrato muy bajo tiene el mayor valor promedio de cohesión familiar (8.23), seguidos de los de estrato medio-alto (8.06); en contraste, la menor cohesión se presenta entre los de estrato bajo. Lo anterior indica que en los hogares de recursos económico más bajos hay mejores relaciones entre sus miembros

En promedio, el mayor valor del índice de convivencia con los padres lo tienen los hogares de estrato muy bajo (8.20), en el centro se encuentran los hogares de estrato medio-alto (7.94) y finalmente los hogares de estrato bajo tienen el menor valor del índice (7.61). Estos resultados, acordes con la tendencia del índice de cohesión familiar, indican que en los hogares de estrato muy bajo es donde existe una socialización primaria más armoniosa, en contraste con los del estrato bajo, donde la socialización se da en ambientes de mayor hostilidad.

---

<sup>20</sup> La asociación de los estratos con los índices de conflictividad, tanto en el que el joven participa como en el que no, no resultó estadísticamente significativa, lo cual indicaría que el nivel de conflictos entre los miembros del hogar no está asociado al estrato al que pertenecen.

**Gráfica 4. Valor medio de los índices de cohesión familiar y convivencia con los padres por estrato socioeconómico del entrevistado**



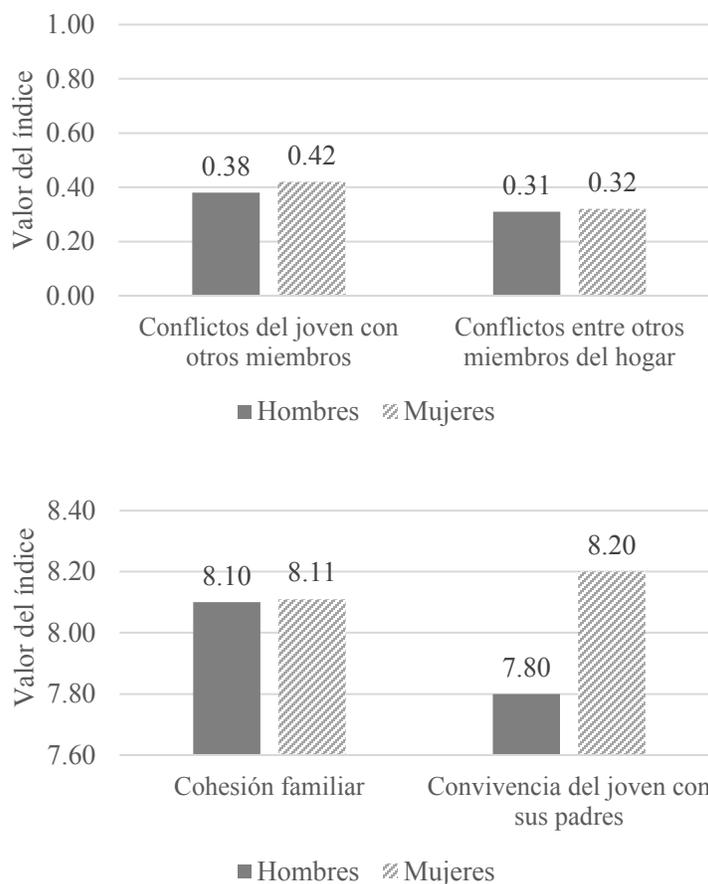
Nota: Todos los estratos tienen una asociación con los índices de  $p < 0.05$ .

**Fuente: Elaboración propia con base en Ecopred 2014**

Por género no se observan diferencias contundentes respecto a las medias que adquieren los cuatro índices, presentados en la Gráfica 5. La diferencia más consistente es la del índice de convivencia con los padres: los varones reportan, en promedio, un menos convivencia con sus padres (en promedio, el valor del índice es 7.80) que las mujeres (8.20). En el resto de los índices las diferencias de las medias entre hombres y mujeres son menores a 0.10.

Esta situación indica que existe cierta homogeneidad entre las declaraciones de los jóvenes sobre las formas de convivencia dentro de los hogares. Es posible que la diferencia observada en el índice de convivencia del joven con sus padres sea causada por una mayor protección a las mujeres, quienes son consideradas más vulnerables en el entorno social, aunque no necesariamente su riesgo de ser víctimas sea más alto (Alanís y Durán, 2014; Vega, 2014); recordemos que este índice incrementa su valor cuando los jóvenes reportaron que alguien está al pendiente de su desempeño y actividades escolares, les han advertido sobre los efectos del alcohol o drogas, saben a dónde y con quién salen, ponen una hora de llegada límite, entre otras.

**Gráfica 5. Valores medios de los índices asociados a ambientes de hostilidad en el hogar por género**



Nota: las medias del índice de conflictividad del joven con otros miembros, del índice de conflictividad entre otros miembros y del índice de convivencia con los padres tienen diferencias significativas de  $p < 0.05$ .

**Fuente: Elaboración propia con base en Ecopred 2014**

Para conocer el comportamiento de las causas de conflictos para los hogares con mayor nivel de hostilidad y mayor armonía en el hogar se presenta el Cuadro 10. Estas cifras corresponden a lo reportado por jóvenes integrantes de los hogares con ambientes de convivencia más hostiles o más armoniosos. Un hogar con ambiente de convivencia hostil se caracteriza por que los dos índices de conflictos tienen valores por encima del percentil 75 y los índices de cohesión familiar y convivencia con los padres valores por debajo del percentil 25. Para determinar los hogares con ambientes armoniosos se consideraron los que tienen valores en los índices de cohesión familiar y convivencia con los padres por encima del percentil 75, y los índices de conflictividad con y sin el joven debajo del percentil 25. En la tabla 2 del Apéndice se presenta el desglose de frecuencia de causas por cada índice, mismas que siguen la tendencia que los datos del Cuadro 10.

**Cuadro 10. Frecuencia de mención de causas por las que surgen conflictos en el hogar reportadas por los jóvenes según tipo de ambiente de convivencia**

Causas	Menciones totales en ambiente hostil	Menciones totales en ambiente armonioso
Económicos	69	9
Organización	62	5
Adicciones	51	2
Indisciplina	101	4
Incumplimiento de tareas	193	19
Entre hermanos	48	11
Otra	15	2
<b>TOTAL</b>	<b>539</b>	<b>52</b>

**Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred 2014**

En ambos casos, la primera causa de conflictos es el incumplimiento de tareas de los jóvenes. Entre los hogares con ambientes más armoniosos las peleas entre hermanos ocupan el segundo lugar de importancia, esto significa que los conflictos ocurren con mayor proporción en relaciones horizontales dentro de la familia. Por otro lado, entre los hogares con ambientes hostiles el segundo lugar lo ocupan los problemas de indisciplina, lo que hace suponer que son los padres quienes intervienen en el conflicto desde una posición de superioridad; de acuerdo con Castro y Frías (2010), las madres podrían estar especialmente vinculadas con este tipo de conflictos porque conviven más con sus hijos que los padres.

En la tercera posición con mayor frecuencia en los hogares con ambientes hostiles están los problemas económicos. Esto arroja indicios sobre una asociación indirecta entre precariedad y relaciones violentas en el interior de las familias. Como afirma Vul (1997), la incapacidad de satisfacer necesidades de consumo (reales o artificiales) genera frustración entre los individuos, provocando en muchos casos conductas agresivas.

Por último, queda destacar que el número de menciones que tienen las adicciones como causa de conflictos en los hogares con ambientes hostiles de convivencia es mucho más elevado que en los de ambiente armonioso (Cuadro 10). Esto es un indicio de que ambientes hostiles de convivencia podrían estar relacionados con conductas de riesgo, en este caso que alguno de los miembros de la familia abuse del consumo de drogas.

Por otra parte las reacciones de los jóvenes frente a situaciones de conflicto, presentadas en la Gráfica 6, se clasifican en hogares de ambiente hostil o armonioso<sup>21</sup>; las principales reacciones en ambos ambientes son obedecer, ignorar y discutir. La más frecuente en los hogares con ambiente armonioso es obedecer, mientras en los de ambiente hostil los jóvenes declararon en mayor medida ignorar los conflictos, lo que se considera una forma pasiva de violencia (Corsi, 1999). Esto puede explicarse con lo que Berger y Luckman (2003) llaman internalización de lo aprendido mediante la socialización primaria, en este caso se han internalizado las formas hostiles de relacionarse mediante la convivencia con los miembros de su hogar y se replican mediante dicha forma pasiva de violencia.

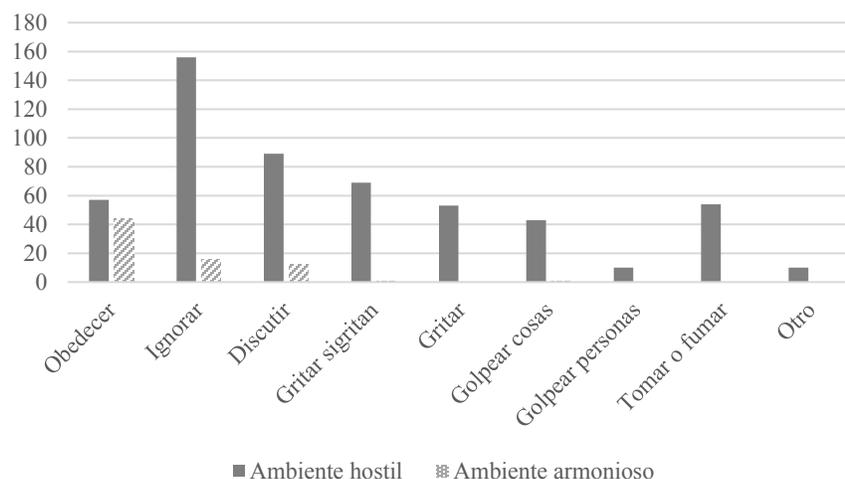
En tercer lugar se ubica, para ambos tipos de ambientes, discutir, lo cual puede estar relacionado con las peleas entre hermanos, porque de acuerdo con Ramírez (2007) en la mayoría de los casos existe una subordinación relacionada con la edad, por lo que se puede esperar más discusiones entre iguales que entre adultos y niños o jóvenes. A ello se abonan las consideraciones de Berger y Luckman (2003), quienes afirman que los hijos de menor edad no tienen suficientes elementos para cuestionar las normas dentro del hogar; sin embargo, los mismos autores afirman que si obtienen nuevas pautas de comportamiento convincentes mediante la socialización secundaria, podrían enfrentar conflictos entre lo aprendido en el hogar y lo aprendido en otros ámbitos, lo cual provocaría que se tuvieran las discusiones con los padres.

Con menos frecuencia se declararon reacciones como tomar o fumar, golpear cosas y golpear personas, todas con más frecuencias en ambientes hostiles que en armoniosos. Esto permite suponer la existencia de réplicas de la violencia, sea dentro de la misma familia, cuando golpean cosas o personas, o en el ámbito social, cuando toman o fuman. Finalmente, lo que indican reacciones asociadas con adicciones es que los conflictos en hogares con ambientes hostiles de convivencia incrementan los riesgos de adicciones y/o réplicas de violencia.

---

<sup>21</sup> Se obtuvieron de la misma forma que las causas de conflicto. En la tabla 3 del Apéndice se incluyen las frecuencias por índice.

**Gráfica 6. Número de menciones de reacciones de los jóvenes frente a conflictos según ambiente en el hogar**



**Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred 2014**

En síntesis, pese a que los ambientes de convivencia hostiles se presentan en todo tipo de circunstancias, fueron reportados más frecuentemente por jóvenes pertenecientes a hogares nucleares y ampliados, de estrato bajo y entre jóvenes varones. Las causas de conflicto no variaron entre categorías, pero destaca que los problemas causados por incumplimiento de tareas en el hogar y peleas entre hermanos son los más frecuentes. Las diferencias ocurridas por la convivencia cotidiana no pueden evitarse, pero podrían generarse mecanismos de diálogo que disminuyan los conflictos entre los integrantes del hogar y reduzcan la hostilidad, de manera similar a la investigación de Rojas (2016), donde se afirma que las mujeres de sectores medios tienen relaciones más democráticas con sus parejas, a través de las cuales fomentan el diálogo y evitan agresiones.

#### **4.2.2 Violencia en el ámbito social**

Este apartado consta de tres secciones, cada una responde a una de las formas de involucramiento de los jóvenes en situaciones de violencia en el ámbito social y aborda la relación entre cada una de ellas y las potenciales desventajas de los jóvenes en los tres niveles de análisis.

##### **Víctima de violencia en el entorno social**

Este indicador sirve para determinar qué jóvenes fueron víctimas de violencia en el ámbito social (escuela, trabajo o espacios públicos) en el último año. Del total de jóvenes entrevistados, la

mayoría (57%) reportó no haber sido víctima, sin embargo la proporción que sí ha sido violentada es alta (43%). Los resultados del análisis bivariado se presentan en el Cuadro 11.

La diferencia por género, a pesar de ser sólo de tres puntos porcentuales, muestra el resultado esperado: los hombres han sido víctimas en una proporción mayor a la femenina (44.2% frente a 41.6%), debido a que frecuentemente ellos son violentados por otros hombres que intentan demostrar su superioridad y porque la exposición a riesgos de experimentar eventos violentos suele ser mayor en comparación con la femenina.

Entre los cuatro grupos de edad se reportaron proporciones de haber sufrido violencia de entre 38.5 y 46 por ciento. El grupo de 15 a 18 años, es decir quienes están en plena adolescencia, tiene la mayor proporción de jóvenes que ha sufrido violencia (46%) y el grupo de mayor edad tiene la menor proporción (38.5%), seguido del de 19 a 22 años (42.4%); se observa que a mayor edad, va disminuyendo la frecuencia de haber sido agredido. Esto puede estar relacionado con una mayor exposición a riesgos entre los adolescentes, quienes se encuentran en una etapa de creación de su identidad.

Las diferencias respecto a la ocupación de los jóvenes son más claras. Entre los jóvenes que estudian y trabajan está el porcentaje más elevado de quienes fueron víctimas en el último año (51.5%); en contraste, de entre los jóvenes que no estudian ni trabajan 35.4% fueron víctimas; los jóvenes con el resto de las ocupaciones consideradas tienen proporciones de victimización que oscilan entre 40.8% y 43.8%. Las transiciones tempranas como trabajar, implican una desventaja para los jóvenes (Saraví, 2006b), por lo que quienes estudian y trabajan aún son muy jóvenes y adelantaron su transición al primer empleo, lo que pudo incrementar el riesgo de ser víctimas. Esto no sucede con quienes sólo trabajan porque podemos suponer que en menor proporción han experimentado la transición en un momento temprano, porque la proporción de víctimas de esta ocupación es relativamente reducida (40.8%).

En cuanto al tipo de hogar, y de acuerdo con investigaciones previas (Frías y Castro, 2011), el monoparental tiene la mayor proporción de jóvenes víctimas de violencia en el entorno (44.7%). Los nucleares y ampliados no muestran diferencia en sus proporciones (ambos tienen 42.6%). Por

ello, en esta forma de involucramiento en situaciones de violencia, se confirmaría lo que se halló en los estudios previos.

Las diferencias entre estratos son muy reducidas; sin embargo el estrato medio-alto es el que tiene la mayor cantidad de jóvenes víctimas de violencia en el ámbito social (44.1%), mientras el muy bajo tiene la menor proporción (41.7%). Esto aporta evidencia en contra de que los jóvenes de estratos muy bajos están directamente relacionados con la violencia en el ámbito social, al menos cuando se manifiesta en forma de victimización y que el estrato no significa una ventaja para proteger a los jóvenes de ser víctimas.

Los valores de los índices de conflictividad, tanto el de los jóvenes con otros miembros del hogar como los ocurridos sólo entre otros miembros son bajos; ninguno supera, en promedio, el valor de 1. Sin embargo, adquieren un valor medio más alto entre los jóvenes que fueron víctimas (0.51 con el joven y 0.42 sin el joven) que entre quienes no lo fueron (0.32 y 0.24). Por lo tanto, sí podría haber una relación entre las agresiones en el hogar y la vulnerabilidad a la violencia en el entorno social: quienes han sido víctimas viven, en promedio, más conflictos en el hogar, sea como partícipes o como testigos.

La cohesión familiar también parece estar relacionada con la victimización, quienes fueron víctimas tienen, en promedio, un valor menor en el índice (7.8) que quienes no lo fueron (8.4). En consecuencia, una elevada cohesión dentro del hogar podría fungir como elemento protector frente al riesgo de ser víctimas en la escuela, el trabajo o la vía pública, porque está cumpliendo con sus funciones básicas de brindar protección y afecto (Rodríguez, 2001). El índice de convivencia de los jóvenes con sus padres tiene prácticamente el mismo valor para los jóvenes que fueron víctimas que para quienes no lo fueron (8), por lo que no es posible concluir al respecto.

Finalmente, el índice de percepción de riesgos en la colonia también mostró la relación esperada con la victimización. Quienes fueron víctimas tienen, en promedio, mayor percepción de riesgo en su colonia o barrio (2.3) respecto a quienes no reportaron haber sido víctimas (1.4). Conceptualmente, esta variable es la más relacionada con la victimización en el ámbito social, pues si los jóvenes perciben riesgos en su entorno, es muy probable que esos riesgos los afecten eventualmente o que los reporten porque ya han sido víctimas.

**Cuadro 11. Estadísticas descriptivas de haber sido víctima de violencia en el entorno social en el último año**

Variables	No fue víctima		Fue víctima		Total	
	n	%	n	%	n	%
Total	18,752	57.0	14,127	43.0	32,879	100.0
Género*						
Hombres	9,407	55.8	7,468	44.2	16,875	100.0
Mujeres	9,345	58.4	6,659	41.6	16,004	100.0
Grupo de edad*						
12-14	4,582	56.4	3,548	43.6	8,130	100.0
15-18	5,271	54.0	4,546	46.0	9,817	100.0
19-22	4,248	57.6	3,125	42.4	7,373	100.0
23-29	4,651	61.5	2,908	38.5	7,559	100.0
Ocupación del joven*						
Estudia	10,740	56.2	8,381	43.8	19,121	100.0
Trabaja	5,454	59.2	3,754	40.8	9,208	100.0
Estudia y trabaja	689	48.5	732	51.5	1,421	100.0
Ni estudia ni trabaja	593	64.6	325	35.4	918	100.0
Sólo quehaceres del hogar	1,276	57.7	935	42.3	2,211	100.0
Tipo de hogar*						
Nuclear	11,529	57.4	8,541	42.6	20,070	100.0
Monoparental	3,330	55.3	2,692	44.7	6,022	100.0
Ampliado	3,893	57.4	2,894	42.6	6,787	100.0
Estrato*						
Muy bajo	7,313	58.3	5,239	41.7	12,552	100.0
Bajo	3,329	57.3	2,480	42.7	5,809	100.0
Medio-alto	8,110	55.9	6,408	44.1	14,518	100.0
Índice de conflictos con el joven en el hogar**						
Media	0.32		0.51		0.40	
Índice de conflictos entre otros miembros del hogar**						
Media	0.24		0.42		0.31	
Índice de cohesión familiar**						
Media	8.4		7.8		8.1	
Índice de convivencia de los padres con el joven						
Media	8.0		8.0		8.0	
Índice de percepción de riesgos en la colonia**						
Media	1.4		2.3		1.8	

\* Prueba chi-cuadrada con  $p < 0.05$

\*\* Prueba t de student con  $p < 0.05$

Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred 2014

## **Conductas de riesgo en el entorno social**

Las conductas de riesgo se miden de forma dicotómica, se considera una conducta de riesgo cuando los jóvenes reportaron haber consumido drogas, pertenecido a pandillas, destruido propiedad de terceros, etc. De acuerdo con la información del Cuadro 12, el porcentaje de jóvenes entrevistados que ha tenido conductas de riesgo es 35.7%. De ellos, la mayor proporción son hombres, lo cual reafirma la idea de que los varones tienden a actuar violentamente con más frecuencia que las mujeres en el entorno social, probablemente en relación con demostraciones de virilidad.

Entre los jóvenes varones, 43.1% ha tenido alguna conducta de riesgo, mientras la proporción de jóvenes mujeres fue de 27.9%. En este indicador, hay un claro comportamiento diferenciado por género, lo cual podría reflejar que las mujeres tienden a evitar este tipo de conductas porque algunas se consideran más vulnerables frente a los riesgos que implican las conductas incluidas en el indicador (Alanís y Durán, 2014; Vega, 2014).

Es posible observar una relación clara entre la edad y la presencia de conductas riesgosas; a mayor edad, mayor proporción de jóvenes que las han tenido. Así, mientras 12.1% de quienes están en el grupo de 12 a 14 años han tenido conductas de riesgo, esta proporción es de 54.4% entre los de 23 a 29 años. Para interpretar dichos datos es necesario considerar que los jóvenes podían responder a la pregunta sobre conductas de riesgo aunque la situación no hubiera sucedido en el último año, de tal manera que es natural que conforme aumenta la edad, también aumente el riesgo de haber tenido este tipo de conductas.

Entre los que trabajan se presentó la mayor proporción que había tenido conductas de riesgo (53.4% de quienes trabajan las han tenido). Como se esperaba, el grupo menos afectado fue el de los estudiantes (25.7%), lo cual podría estar relacionado con la edad y no directamente con la ocupación de los jóvenes. Cabe destacar, por otra parte, la proporción de quienes no estudian ni trabajan que son el segundo grupo con menor proporción de jóvenes que han tenido conductas de riesgo (36.5%) y por lo tanto no se encuentra una relación directa entre estar en dicha condición y haber tenido conductas riesgosas. Hasta ahora podría decirse que estudiar sin trabajar representa una ventaja para reducir la probabilidad de tener este tipo de conductas, y trabajar es una desventaja.

En cuanto al tipo de hogar, el ampliado y el monoparental son los de mayor porcentaje de jóvenes que han tenido conductas de riesgo (41.5 y 41.3 por ciento, respectivamente); los nucleares tienen casi 10 puntos porcentuales menos de jóvenes que las han tenido (32 por ciento), lo cual coincide con investigaciones donde se concluye que pertenecer a hogares nucleares reduce la probabilidad de tener conductas riesgosas (Frías y Castro, 2011; Rodríguez, 2001).

De manera similar, el estrato socioeconómico se comporta como se esperaba, es decir los jóvenes que viven en condiciones de mayor precariedad se involucran más en situaciones de violencia (Concha-Eastman y Concha, 2014; Tourinho, Trassi, Decot, y Tinoco, 2014). El porcentaje más elevado de jóvenes que ha tenido conductas de riesgo pertenece a hogares de estrato muy bajo (37.4%), seguidos de los de estrato medio-alto (35.1%). Quienes tienen la menor proporción son los de estrato bajo (33.4%). En pocas palabras, los jóvenes ubicados en los extremos de la estratificación social (en hogares de estrato muy bajo y medio-alto) son los más propensos a haber tenido conductas de riesgo.

En cuanto a las maneras de relacionarse de los integrantes del hogar, el valor del índice de conflictos cuando el joven está involucrado es, en promedio, de 0.48 entre quienes sí han tenido conductas de riesgo, mientras sólo es de 0.35 entre quienes no las han tenido; el índice en el que el joven sólo es testigo de conflictos es de 0.38 entre quienes sí tuvieron este tipo de conductas y se reduce a 0.28 entre quienes no.

La cohesión familiar, como indicador de relaciones armoniosas en el hogar, parece ser un factor protector para que los jóvenes no incurran en este tipo de conductas, porque hay mayor cohesión en las familias de los que no reportaron haber tenido conductas de riesgo (8.4) que entre los que sí (7.6). En el índice de convivencia con los padres podemos ver una tendencia similar: quienes no tuvieron conductas de riesgo presentan, en promedio, mayor convivencia (8.3) que quienes sí tuvieron (7.5). Por lo tanto, un ambiente armonioso parece funcionar como protector entre los jóvenes y evita que lleven a cabo acciones de riesgo.

**Cuadro 12. Estadísticas descriptivas de haber tenido conductas de riesgo**

Variables	Nunca		Alguna vez		Total	
	n	%	n	%	n	%
Total	21,146	64.3	11,733	35.7	32,879	100.0
Género*						
Hombres	9,600	56.9	7,275	43.1	16,875	100.0
Mujeres	11,546	72.1	4,458	27.9	16,004	100.0
Grupo de edad*						
12-14	7,145	87.9	985	12.1	8,130	100.0
15-18	6,820	69.5	2,997	30.5	9,817	100.0
19-22	3,736	50.7	3,637	49.3	7,373	100.0
23-29	3,445	45.6	4,114	54.4	7,559	100.0
Ocupación del joven*						
Estudia	14,215	74.3	4,906	25.7	19,121	100.0
Trabaja	4,292	46.6	4,916	53.4	9,208	100.0
Estudia y trabaja	828	58.3	593	41.7	1,421	100.0
Ni estudia ni trabaja	583	63.5	335	36.5	918	100.0
Sólo quehaceres del hogar	1,228	55.5	983	44.5	2,211	100.0
Tipo hogar*						
Nuclear	13,644	68.0	6,426	32.0	20,070	100.0
Monoparental	3,533	58.7	2,489	41.3	6,022	100.0
Ampliado	3,969	58.5	2,818	41.5	6,787	100.0
Estrato socioeconómico*						
Muy bajo	7,860	62.6	4,692	37.4	12,552	100.0
Bajo	3,868	66.6	1,941	33.4	5,809	100.0
Medio-alto	9,418	64.9	5,100	35.1	14,518	100.0
Índice de conflictos con el joven en el hogar**						
Media	0.36		0.48		0.40	
Índice de conflictos entre otros miembros del hogar**						
Media	0.28		0.38		0.31	
Índice de cohesión familiar**						
Media	8.4		7.6		8.1	
Índice de convivencia de los padres con el joven**						
Media	8.3		7.5		8.0	
Índice de percepción de riesgos en la colonia**						
Media	1.5		2.6		1.8	

\* Prueba chi-cuadrada con  $p < 0.05$

\*\* Prueba t de student con  $p < 0.05$

Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred 2014

Finalmente, el índice de percepción de riesgos en la colonia también tiene el comportamiento esperado, porque quienes tuvieron conductas de riesgo alguna vez en promedio tienen valores más altos en dicho índice (2.6) en comparación con quienes no han tenido comportamientos riesgosos (1.5). Lo anterior indica que vivir en una colonia o barrio inseguro incrementa la frecuencia con la que los jóvenes tienen conductas de riesgo.

### **Relaciones sociales de riesgo en el entorno social**

Esta forma de involucramiento en situaciones de violencia se basa en comportamientos peligrosos que hayan tenido amigos o compañeros del joven con las que se relaciona en entornos fuera del hogar, tales como vender o consumir drogas, robar, pertenecer a pandillas, etcétera. Se considera que los jóvenes tienen frecuentes relaciones sociales de riesgo cuando sus conocidos realizan varias de las actividades consideradas, el resto no se relaciona con este tipo de personas o lo hace de manera moderada.

De todos los jóvenes entrevistados, 28.7% tienen relaciones sociales de riesgo frecuentes. Cuando se observa la participación en esta categoría por género, se refuerza la idea de que los hombres se involucran más en situaciones de violencia (Frias y Castro, 2011; IFE, 2012b), pues 33.1% de ellos se ha implicado, mientras que sólo lo ha hecho 24.1% de las mujeres (Cuadro 13).

Con excepción del grupo de 12 a 14 años, parece haber una tendencia a la disminución en la proporción de jóvenes con relaciones sociales de riesgo conforme aumenta la edad. La proporción más alta, y por lo tanto la mayor vulnerabilidad para tener este tipo de relaciones, se encuentra entre 15 y 18 años con 31.8%, disminuye a 28.9% entre quienes tienen de 19 a 22 años y a 23.8% entre los de 23 a 29 años. Como los jóvenes de 15 a 18 años también fueron los más victimizados, podríamos suponer que algunas de las agresiones recibidas provienen de las relaciones sociales de riesgo con sus compañeros y amigos de la misma edad.

Contrario a lo que se esperaba, los jóvenes que ni estudian ni trabajan tienen la menor proporción de personas con relaciones sociales de riesgo (20.3%), quienes estudian y trabajan, tienen el porcentaje más elevado (34%). Esto nos indica que el incremento de este tipo de relaciones se vincula con la presencia en más ámbitos de socialización (la escuela y el trabajo, para quienes tienen la proporción más elevada). Por último, quienes se dedican a los quehaceres del hogar tienen

la misma proporción de jóvenes con relaciones de riesgo que quienes estudian (29.2%); en investigaciones previas no se proponen explicaciones al respecto.

El tipo de hogar con más proporción de jóvenes con esta forma de involucramiento en situaciones de violencia es el monoparental (30.9%), seguido del nuclear (28.9%) y el que menos proporción tiene es el ampliado (26.4%). Nuevamente, se observa que el pertenecer a un hogar monoparental aumenta la frecuencia de tener relaciones sociales de riesgo, es decir puede ser una desventaja para los individuos que pertenecen a estas familias; hasta ahora se comprueba lo encontrado por Frías y Castro, (2011).

En relación con las formas de convivencia en el hogar, el índice de conflictos del joven con otros miembros es, en promedio, más elevado para quienes tienen relaciones sociales de riesgo (0.56) que para quienes no (0.35). En el mismo sentido, el valor promedio del índice de conflictos entre otros miembros (sin el joven) es poco menos de la mitad para quienes no tienen relaciones de riesgo en comparación con quienes sí tienen (0.27 y 0.47, respectivamente). Es decir, establecer relaciones de riesgo en el ámbito social sí se relaciona con vivir frecuentes conflictos en el hogar.

Las relaciones positivas dentro del hogar también tienen la tendencia esperada. En promedio, los jóvenes con relaciones sociales de riesgo frecuentes tienen menor cohesión familiar que aquellos que no las tienen (7.5 frente a 8.3) y también conviven menos con sus padres (7.8 frente a 8). Esto nos indica que un ambiente de convivencia armonioso en el hogar puede estar asociado con una mayor frecuencia de relaciones sociales de riesgo en el ámbito social.

Considerando que estos últimos cuatro índices (asociados al nivel de hostilidad en la convivencia en el hogar) son significativos y el estrato socioeconómico no, podríamos afirmar que se confirman los hallazgos de Concha-Eastman y Concha (2014), sobre la mayor importancia que tienen las relaciones entre los integrantes de la familia en comparación con el nivel económico de la misma. De manera que las carencias afectivas provocan que los individuos busquen afecto y aceptación en entornos fuera del hogar, mientras las carencias económicas tienen menor incidencia en la búsqueda de amistades de riesgo.

**Cuadro 13. Estadísticas descriptivas de tener relaciones sociales de riesgo en el entorno social**

Variables	Nulas o moderadas		Frecuentes		Total	
	n	%	n	%	n	%
Total	23,431	71.3	9,448	28.7	32,879	100.0
<b>Género*</b>						
Hombres	11,289	66.9	5,586	33.1	16,875	100.0
Mujeres	12,142	76.9	3,862	24.1	16,317	100.0
<b>Grupo de edad*</b>						
12-14	5,740	70.6	2,390	29.4	8,130	100.0
15-18	6,690	68.2	3,127	31.8	9,817	100.0
19-22	5,239	71.1	2,134	28.9	7,373	100.0
23-29	5,762	76.2	1,797	23.8	7,559	100.0
<b>Ocupación del joven*</b>						
Estudia	13,536	70.8	5,585	29.2	19,121	100.0
Trabaja	6,668	72.4	2,540	27.6	9,208	100.0
Estudia y trabaja	938	66.0	483	34.0	1,421	100.0
Ni estudia ni trabaja	732	79.7	186	20.3	918	100.0
Sólo quehaceres del hogar	1,557	70.4	654	29.6	2,211	100.0
<b>Tipo hogar*</b>						
Nuclear	14,270	71.1	5,800	28.9	20,070	100.0
Monoparental	4,163	69.1	1,859	30.9	6,022	100.0
Ampliado	4,998	73.6	1,789	26.4	6,787	100.0
<b>Estrato socioeconómico</b>						
Muy bajo	9,027	71.9	3,525	25.1	12,552	100.0
Bajo	4,159	71.6	1,650	28.4	5,809	100.0
Medio-alto	10,245	70.6	4,273	29.4	14,518	100.0
<b>Índice de conflictos con el joven en el hogar**</b>						
Media	0.35		0.56		0.40	
<b>Índice de conflictos entre otros miembros del hogar**</b>						
Media	0.27		0.47		0.31	
<b>Índice de cohesión familiar**</b>						
Media	8.3		7.5		8.1	
<b>Índice de convivencia de los padres con el joven**</b>						
Media	8.0		7.8		8.0	
<b>Índice de percepción de riesgos en la colonia**</b>						
Media	1.6		2.4		1.8	

\* Prueba chi-cuadrada con  $p < 0.05$

\*\* Prueba t de student con  $p < 0.05$

Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred 2014

Finalmente, el índice de percepción de riesgo en la colonia fue más alto para quienes sí tienen relaciones sociales de riesgo frecuentes (2.4) que para quienes no (1.6). En otras palabras, cuando se vive o se percibe que la colonia donde habitan los jóvenes es más insegura, la frecuencia de relaciones sociales de riesgo aumenta.

### **4.3 Consideraciones finales**

Teniendo en cuenta las tres formas de involucramiento en situaciones de violencia, a nivel individual el ser hombres, adolescentes y dedicarse a estudiar y trabajar son los factores que están asociados con mayor frecuencia a situaciones violentas en el contexto social entre los jóvenes. A nivel del hogar, parece existir asociación entre pertenecer a un hogar monoparental, con ambiente familiar hostil (más conflictos, menos cohesión familiar y menos convivencia con los padres) y la posibilidad de ser víctima o agresor en el ámbito social sin importar el estrato. En el nivel comunitario, el involucramiento en situaciones de violencia da indicios de estar relacionado con valores de mayor riesgo en la colonia.

Estudiar y trabajar es la ocupación más relacionada con la violencia en el ámbito social, pues tuvo la mayor proporción de jóvenes que habían sido víctimas y de los que tuvieron relaciones sociales de riesgo. En segundo lugar está sólo trabajar, que tuvo la mayor proporción de jóvenes que han tenido conductas de riesgo, lo cual puede estar relacionado con la edad, pues la mayoría de quienes tienen esa ocupación están en el grupo de 23 a 29 años; y, como se mencionó antes, podría explicarse por haber estado más tiempo expuestos al riesgo.

Los jóvenes integrantes de hogares monoparentales parecen ser los más involucrados en situaciones de violencia en el ámbito social en las tres formas de involucramiento (como víctimas, con conductas de riesgo y con relaciones sociales de riesgo). Por este motivo, pertenecer a un hogar monoparental sí podría considerarse como una desventaja para los jóvenes, lo que confirma los hallazgos de Rodríguez (2001).

Sobre el estrato no se pueden realizar afirmaciones concluyentes, aunque los datos dan un indicio de que los estratos extremos (muy bajo y medio-alto) podrían ser los más relacionados con el involucramiento juvenil en situaciones de violencia. El medio-alto tuvo la mayor proporción de jóvenes victimizados, el muy bajo la de conductas de riesgo, y en las relaciones sociales todos

tuvieron la misma proporción. Se confirma por lo tanto que la relación entre las condiciones económicas de la familia y la violencia no es directa (Saraví, 2004).

Por último, el índice de percepción de riesgos en la colonia afectó principalmente al indicador de victimización. Esto haría suponer que, entre los jóvenes, vivir en una colonia de alta peligrosidad los hace más vulnerables a ser agredidos que agresores. Alvarado (2014b) afirma que los jóvenes se adaptan a la violencia observada en su colonia, lo cual podría explicar parte del comportamiento del índice, en particular cuando parece incrementar su valor entre los jóvenes que han tenido conductas de riesgo y tienen relaciones sociales de riesgo.

## **Capítulo 5. Desventajas asociadas al involucramiento de los jóvenes en situaciones de violencia en ámbitos sociales**

En este capítulo se prueban estadísticamente las relaciones entre las variables explicativas (posibles ventajas o desventajas) y las variables dependientes (formas de involucramiento de los jóvenes en situaciones de violencia). La construcción de los modelos puede consultarse en el capítulo 3.

### **5.1 Desventajas correlacionadas con haber sido víctima de violencia en el ámbito social**

Este indicador ayuda a identificar si los jóvenes se han visto involucrados en situaciones de violencia como víctimas. Considera a los jóvenes que fueron víctimas de alguna agresión emocional, física o sexual en el trabajo, la escuela o la vía pública durante el año previo al levantamiento de la encuesta.

Como se observa en el Cuadro 14, incluir interacciones entre las variables incrementa el valor del Criterio del Valor Bayesiano (BIC) del modelo, lo cual nos indica que el modelo sin interacciones explica mejor las relaciones entre las desventajas y el ser víctima de violencia. Es decir, no hay evidencia de que ni el estrato socioeconómico ni el género actúen en conjunto con otras variables para incrementar la probabilidad de que un joven haya sido víctima. Por lo anterior, y porque la presencia de las interacciones no representa cambios significativos en los valores del resto de las variables, se opta por analizar el modelo sin interacciones.

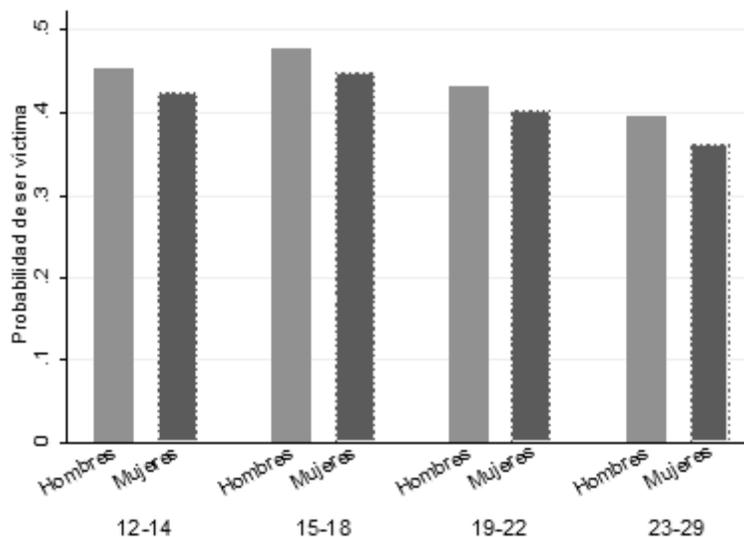
En el nivel individual, la primer desventaja observada entre los jóvenes es ser hombre; si un joven varón no tuviera otra desventaja, su razón de momios de ser víctima sería 1.11 veces la de una joven, es decir que, manteniendo el resto de las variables constantes un joven en promedio tiene una probabilidad de ser víctima 11% mayor que una joven. La diferencia entre la probabilidad por género se relaciona con una mayor exposición masculina a riesgos, por ejemplo mediante peleas con otros hombres o al ser victimizados por sus pares como medio empleado por estos para imponer superioridad (Archer, 1994). Así mismo, las agresiones pueden ser por parte de grupos delictivos como encontraron Alanís y Durán (2014) en Ciudad Juárez, donde los hombres jóvenes declararon tener miedo de ser asaltados, asesinados o secuestrados por miembros del crimen organizado.

En el mismo nivel, otra desventaja que se acumula es pertenecer al grupo de edad de 15 a 18 años, debido a que entre estos jóvenes la probabilidad de haber sido víctima es la más alta. En

comparación con los jóvenes que tienen entre 23 y 29 años, la razón de momios de los jóvenes del grupo entre 15 y 18 años es de 1.26, lo que se traduce en una probabilidad 26% mayor de ser víctimas que el grupo de referencia. De esta manera se comprueba lo observado en el análisis bivariado: los jóvenes en el grupo de edad correspondiente al nivel educativo de bachillerato son los más vulnerables a ser víctimas y los de mayor edad tienen la menor probabilidad.

La Gráfica 7 muestra la probabilidad promedio de haber sido víctimas de jóvenes de uno y otro género por grupo de edad. En ella se observa que la probabilidad más alta se encuentra en la edad adolescente, considerando hombres y mujeres. Como se afirmó en las hipótesis, los adolescentes tienden a involucrarse más en situaciones violentas o peligrosas porque frecuentemente no dimensionan el riesgo de sus decisiones y porque buscan confrontar a la autoridad, sean sus padres o las normas sociales (Andrade y Betancourt, 2008; Juárez, 2002).

**Gráfica 7. Probabilidad de haber sido víctima de violencia en el ámbito social por grupo de edad y género**



**Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred-2014**

Respecto a la ocupación de los jóvenes, se tomó como referencia a quienes estudian y trabajan que, de acuerdo con el análisis descriptivo, tenía la mayor proporción de víctimas. En el Cuadro 14 se observa que los jóvenes del resto de las ocupaciones tienen menor probabilidad (razones de momios menores a uno) de haber sido victimizados. Dicha probabilidad, para quienes no estudian ni trabajan es la más reducida, 41% menor que la del grupo de referencia, seguida de dedicarse a los quehaceres del hogar (25% menor que el grupo de referencia), trabajar (24% menor) y estudiar

(20% menor). Esto nos indica que dedicarse a estudiar y trabajar es una desventaja para los jóvenes, mientras no estudiar ni trabajar reduce a cerca de la mitad la probabilidad de ser víctima de violencia en el ámbito social. Esta situación puede estar asociada a una mayor exposición a espacios de los jóvenes que estudian y trabajan (la escuela, el trabajo y la vía pública) y una menor exposición de los que no estudian ni trabajan (únicamente la vía pública).

En el nivel del hogar, todas las posibles desventajas resultaron estadísticamente significativas. Para analizar la influencia del tipo de hogar al que pertenecen los jóvenes se empleó el nuclear como referencia. El resultado fue que la mayor probabilidad de ser víctimas la tienen los jóvenes integrantes de hogares de tipo ampliado (razón de momios de 1.12) y los de hogares monoparentales (razón de momios de 1.10). Por lo tanto, pertenecer a un hogar monoparental o a uno ampliado se traduce en una desventaja para los jóvenes, en contraste con pertenecer a un hogar nuclear, que es una ventaja o factor protector frente a la probabilidad de ser víctimas en el ámbito social. Este resultado coincide con lo encontrado por Frías y Castro (2011), quienes concluyen que pertenecer a un hogar monoparental incrementa la vulnerabilidad de los jóvenes a sufrir violencia.

En contraste con lo observado en el análisis descriptivo, una vez que se ha controlado por el resto de las variables, los jóvenes pertenecientes al estrato medio-alto tienen la menor probabilidad de ser víctimas de violencia. En comparación con ellos, la probabilidad de los jóvenes de estrato muy bajo y bajo es 10% y 12% mayor, respectivamente; es decir que pertenecer a un hogar de estrato bajo se considera una desventaja para los jóvenes, mientras pertenecer a uno medio-alto es una ventaja. Aunque la diferencia entre las razones de momios del estrato muy bajo y el bajo es reducida, da indicios de que no existe una asociación entre pertenecer al nivel socioeconómico más bajo y tener la mayor probabilidad de involucramiento en situaciones de violencia.

Entre los índices asociados a ambientes de convivencia hostiles dentro del hogar, los dos constituidos por conflictos tienen una relación positiva con la probabilidad de ser víctima: por cada incremento de una unidad en el índice de conflictos donde el joven es partícipe, su probabilidad de haber sido víctima aumenta 24% y por cada incremento en el valor del índice de conflictos donde el joven es testigo, la misma probabilidad aumenta en 16%. Esto significa que una alta conflictividad entre los miembros del hogar, con o sin el joven involucrado, se traduce en una desventaja. Como dichos índices se consideran una aproximación a la violencia intrafamiliar, se

refuerza la hipótesis de que el involucramiento de los jóvenes en situaciones de violencia como víctimas sí está asociado a que exista violencia en su hogar.

El tercer índice asociado a los ambientes de hostilidad es el de cohesión familiar que, de acuerdo con el Cuadro 14, mientras más alto es su valor menor es la probabilidad de que los jóvenes sean víctimas (cada incremento de una unidad en el valor del índice implica una reducción de 15%). Es decir, una desventaja para los jóvenes es que la cohesión familiar sea baja y la ventaja es que la cohesión sea alta.

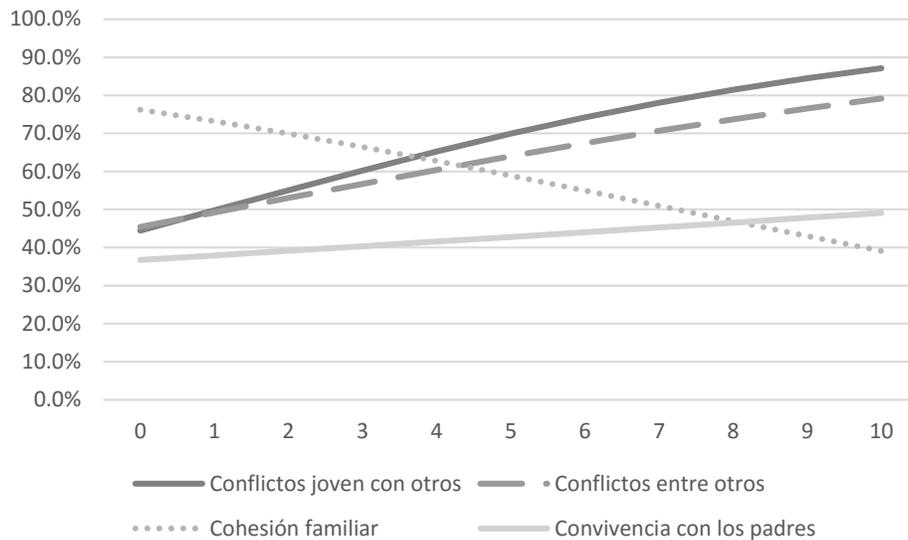
El comportamiento del índice de convivencia con los padres actúa en sentido contrario a lo esperado: valores altos del índice incrementan la probabilidad de ser víctima (5% por cada unidad más que vale el índice). Es importante recordar que una buena convivencia con los padres se asocia a ambientes familiares armoniosos, los cuales deberían ser ventajas para que los jóvenes se alejen de esta y cualquier otra forma de violencia; pero en esta tesis los resultados indicarían que altos niveles de convivencia con los padres son una desventaja para los jóvenes. La explicación posible es que algunos de los jóvenes que fueron víctimas también tengan una baja autoestima y/o la convivencia con los padres se ha convertido en control psicológico o autoritarismo, ambas situaciones disminuirían su autonomía, que a su vez funciona como elemento protector frente a las agresiones en el ámbito social y en consecuencia aumentan su vulnerabilidad ante agresiones (Betancourt, Andrade, y Orozco, 2008; Saraví, 2006b). En este tipo de casos correspondería dotar a los jóvenes de herramientas que les permitan afrontar situaciones de violencia y que fortalezcan su autoestima para reducir la probabilidad de que sean víctimas.

Aunque este último índice no tenga el impacto esperado sobre la probabilidad de ser víctima, los otros tres índices asociados a ambientes hostiles dentro del hogar permiten afirmar que a mayor hostilidad en el hogar (que se observa con valores altos de conflictividad y bajo de cohesión familiar), habrá mayor involucramiento de los jóvenes en situaciones de violencia, en este caso como víctimas.

En la Gráfica 8 se presenta el comportamiento de los cuatro índices asociados a ambientes de hostilidad en el hogar. En ella puede observarse cómo la pendiente de las líneas de los dos índices de conflictividad y la del de convivencia con los padres son positivas, es decir que mientras más

alto es su valor, más alta es la probabilidad de que los jóvenes hayan sido víctimas. En contraste, la pendiente del índice de cohesión familiar es negativa, lo que indica una reducción en la probabilidad cuando aumenta su valor y muestra la función protectora de los valores elevados de este índice.

**Gráfica 8. Efecto de los índices asociados a ambientes de hostilidad en el hogar sobre la probabilidad de haber sido víctima de violencia en el ámbito social para jóvenes varones**



**Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred-2014**

Por último, a nivel de la colonia, el índice de percepción de riesgo tiene una relación positiva con la victimización (Cuadro 14): por cada punto que aumenta el índice, la probabilidad de ser víctima aumenta 20%. Esto significa que el hecho de vivir en colonias de alto riesgo es una desventaja para los jóvenes. Aunque el índice de percepción de riesgos en la colonia se construyó con base en lo observado por los entrevistados, se evidencia que lo acontecido en este nivel de análisis incide en lo que sucede a nivel individual en los jóvenes.

**Cuadro 14. Resultados de modelos logísticos para haber sido víctima de violencia en el ámbito social**

Variable	Modelo sin interacciones			Modelo con interacciones		
	Razón de momios	Intervalo de confianza		Razón de momios	Intervalo de confianza	
Constante	0.97	0.80	1.16	0.88	0.73	1.07
INDIVIDUAL						
Género						
Mujer	Referencia			Referencia		
Hombre	1.11***	1.06	1.17	1.27***	1.15	1.40
Grupo de edad						
12-14 años	0.94*	0.88	0.99	1.01***	0.83	1.01
15-18 años	Referencia			Referencia		
19-22 años	0.85***	0.79	0.90	0.83***	0.76	0.91
23-29 años	0.79***	0.73	0.86	0.75***	0.67	0.83
Ocupación						
Estudia	0.80***	0.71	0.90	0.80***	0.71	0.89
Trabaja	0.76***	0.67	0.86	0.76***	0.67	0.86
Estudia y trabaja	Referencia			Referencia		
Ni estudia ni trabaja	0.59***	0.49	0.71	0.61***	0.51	0.73
Sólo quehaceres del hogar	0.75***	0.65	0.87	0.75***	0.65	0.87
HOGAR						
Tipo de hogar						
Nuclear	Referencia			Referencia		
Monoparental	1.10**	1.04	1.17	1.10**	1.04	1.17
Ampliado	1.12***	1.05	1.19	1.13***	1.06	1.20
Estrato socioeconómico						
Muy bajo	1.10**	1.04	1.17	1.10**	1.04	1.17
Bajo	1.12***	1.05	1.19	1.13***	1.06	1.20
Medio-alto	Referencia			Referencia		
Índices						
Conflictividad con otros miembros del hogar	1.24***	1.19	1.29	1.24***	1.19	1.29
Conflictividad entre otros miembros	1.16***	1.12	1.21	1.17***	1.12	1.21
Cohesión familiar	0.85***	0.84	0.86	0.85***	0.84	0.86
Convivencia del joven con sus padres	1.05***	1.03	1.07	1.06***	1.04	1.07
COLONIA						
Índice de percepción de riesgo en la colonia	1.20***	1.18	1.21	1.20***	1.18	1.21
INTERACCIONES						
Género x 12-14 años				0.86**	0.76	0.97
Género x 15-18 años				Referencia		
Género x 19-22 años				1.03	0.91	1.18
Género x 23-29 años				1.13	0.99	1.29
Observaciones	32,879			32,879		
BIC	42,409			42,423		
Casos clasificados correctamente	63.4%			63.4%		

Nota: \* p<0.05; \*\* p<0.01; \*\*\* p<0.001

Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred-2014

## **5.2 Desventajas correlacionadas con haber tenido conductas de riesgo**

Esta variable mide la participación de jóvenes en conductas de riesgo (como consumo de alcohol y drogas, formar parte de pandillas o poseer armas) y se emplea como un acercamiento a que los jóvenes sean ejecutores de hechos violentos o delictivos. En el Cuadro 15 se presentan las razones de momios de haber tenido, al menos una vez, conductas de riesgo para las desventajas presentadas en el capítulo metodológico de esta tesis.

Al observar los valores de la prueba BIC para los modelos se comprueba que el que tiene interacciones explica mejor el fenómeno analizado (valor de BIC más bajo), evidencia de que algunas desventajas interactúan con otras para incrementar la probabilidad de haber tenido conductas de riesgo. En consecuencia, los resultados analizados son los del modelo con interacciones (Cuadro 15).

A nivel individual, podemos identificar que los jóvenes varones tienen una participación claramente más elevada que la femenina en conductas riesgosas, su razón de momios de 2.29 en comparación con las mujeres. Es decir, manteniendo el resto de las variables constantes, la probabilidad de que un joven varón haya tenido este tipo de comportamientos es más del doble que la de una joven. Ser hombre representa una desventaja para los jóvenes porque muchos de ellos, como resultado de los estereotipos de género, consideran tener conductas peligrosas o violentas como una forma de demostrar su virilidad, imponer su superioridad frente a los pares o ganar el respeto de las mujeres (Ramírez, 2005; Ramírez, 2007).

Entre los grupos de edad se observa la misma tendencia que en el análisis descriptivo: a mayor edad, mayor probabilidad de haber tenido conductas riesgosas. Considerando a los que tienen entre 15 y 18 años como grupo de referencia, la probabilidad de quienes tienen entre 12 y 14 años es menos de la mitad (razón de momios de 0.42), pero entre quienes de 19 a 22 años es más del doble (razón de momios de 2.05). Como se había adelantado, este resultado se explica por un mayor tiempo de exposición al riesgo, es decir que con la edad se multiplican las probabilidades de haber tenido este tipo de conductas entre los jóvenes.

Aunque acuerdo con Palacios (2008), es normal que la frecuencia, severidad y variedad conductas de riesgo aumenten con la edad, se puede esperar que cuando los jóvenes han salido de la

adolescencia empiecen a reducir su participación en este tipo de comportamientos. Quienes por lo contrario, persisten teniendo conductas problemáticas, se acercan más a tener conductas delictivas, por lo que estudiar longitudinalmente la participación de los jóvenes delincuentes en situaciones riesgosas es la forma de saber si tuvieron conductas de riesgo durante su juventud y si dichas conductas derivaron en la comisión de delitos.

La edad, como se aprecia en la sección de interacciones del Cuadro 15, tiene un efecto conjunto con el género, principalmente entre los más jóvenes y los de mayor edad. La razón de momios de la interacción entre ser hombre y tener de 12 a 14 años es menor a uno (0.65), lo que significa que entre los jóvenes de este grupo es menor el efecto del género en la probabilidad de haber tenido conductas riesgosas que para los de 15 a 18 años. Mientras tanto, la razón de momios de la interacción entre ser hombre y tener de 23 a 29 años es mayor a uno (1.17), lo que apunta a que el incremento de la probabilidad que implica ser varón es más alto entre los jóvenes de mayor edad en comparación con los de 15 a 18. Analizar ambos grupos de edad permite asumir que las jóvenes, además de presentar una menor probabilidad de haber tenido conductas de riesgo en general, tienen una probabilidad que es menos sensible al efecto de la edad.

Los jóvenes dedicados a estudiar son los que tienen menor probabilidad de haber tenido conductas riesgosas (categoría de referencia en el Cuadro 15), en contraste los jóvenes que trabajan son los que tienen, en promedio, mayor probabilidad de haber tenido este tipo de conductas (razón de momios de 1.27), seguidos de los que se dedican a los quehaceres del hogar (1.18) y los que estudian y trabajan (1.16). Es decir, mientras trabajar es una desventaja para los jóvenes, estudiar es una ventaja que les permite enfrentar lo que Alvarado (2014a) llama “situaciones adversas”, entre las que se encuentran las propiciadoras de que los jóvenes tengan conductas de riesgo.

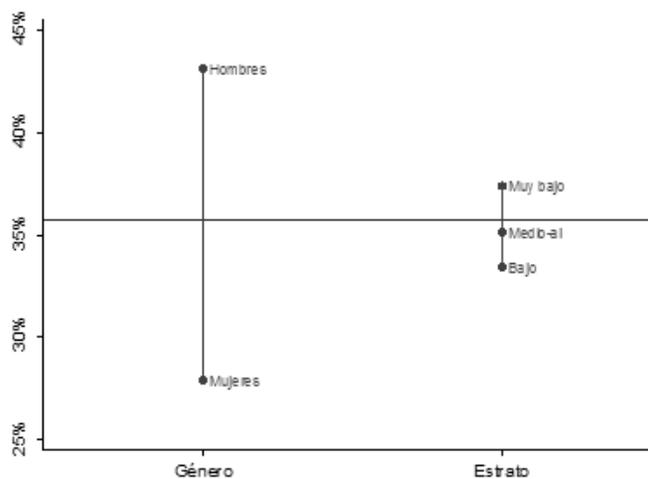
Por una parte, quienes trabajan o estudian y trabajan y pertenecen al grupo de mayor edad presentan de manera acumulada ambas desventajas: la edad y la ocupación. Por otra, para quienes son jóvenes y se dedican a estudiar y trabajar o a los quehaceres del hogar (dos categorías con mayor probabilidad de haber tenido este tipo de conductas) y pertenecen a los grupos de edad más jóvenes esta probabilidad se relaciona con la mayor exposición a riesgos que tienen los jóvenes con transiciones tempranas a la adultez, en este caso trabajar cuando aún se encuentran en edades

escolares o dedicarse a los quehaceres del hogar como consecuencia de un embarazo o matrimonio tempranos (Saraví, 2007).

En el nivel de análisis del hogar se demuestra que los jóvenes pertenecientes a hogares de tipos monoparental y ampliado tienen una desventaja por ser los que tienen la mayor probabilidad de haber tenido conductas riesgosas (razón de momios de 1.22 para ambos) en comparación con los que pertenecen al tipo nuclear. Así mismo, se demuestra lo recuperado de investigaciones previas que hacen referencia a que familias monoparentales son un factor de riesgo para los jóvenes (Frías y Castro, 2011; Rodríguez, 2001).

En cuanto al estrato, los resultados indican que los jóvenes de hogares pertenecientes al bajo poseen la menor probabilidad de haber tenido este tipo de conductas (51% menos que los de estrato medio-alto) y los del muy bajo se encuentran en el extremo opuesto (111% más probabilidad que los de estrato medio-alto). Es decir, pertenecer a un estrato socioeconómico muy bajo es una desventaja para los jóvenes, en contraste pertenecer al medio-alto es una ventaja.

**Gráfica 9. Probabilidad media de haber sido víctimas de violencia en el ámbito social por género y por estrato socioeconómico**



**Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred-2014**

En la Gráfica 9 se muestra la probabilidad de haber tenido conductas de riesgo por género y por estrato socioeconómico. Se observa que el género está asociado a más diferencias que el estrato, porque las mujeres tienen una probabilidad promedio de 28% de haber tenido conductas riesgosas y los hombres de 43%. En cambio, los jóvenes del estrato bajo, que son los menos propensos a

haber tenido dicho tipo de conductas, tienen una probabilidad promedio de 33% y los de estrato muy bajo (los más propensos) de 37%. Se observa que el rango de variación por género es de 25 puntos porcentuales, mientras el de estrato es de sólo cuatro puntos.

Los cuatro índices asociados a ambientes de hostilidad en el hogar resultaron estadísticamente significativos y con el comportamiento esperado. Los dos índices de conflictividad aumentan la probabilidad de que los jóvenes hayan tenido alguna conducta de riesgo cuando adquieren valores altos (razones de momios de 1.23 y 1.20), lo cual indica que mientras más elevada sea la conflictividad en el hogar de un joven éste tendrá mayor propensión a involucrarse en situaciones de violencia. Estos resultados son congruentes con las afirmaciones de Frías y Castro (2011), quienes concluyen que los jóvenes tienen más riesgo de ser agresores si son violentados en casa.

El índice de cohesión social y el índice de convivencia con los padres, por otra parte, tienen una relación negativa con las conductas de riesgo. Por cada incremento en el valor del índice de cohesión familiar, la probabilidad de que el joven haya tenido conductas de riesgo disminuye 22%, mientras el índice de convivencia con los padres la reducirá en 5%. Ambos indican que cuando los jóvenes viven en ambientes más armoniosos hay una menor propensión a que tengan conductas riesgosas, por lo que ambos índices pueden considerarse ventajas o factores protectores cuando adquieren valores altos.

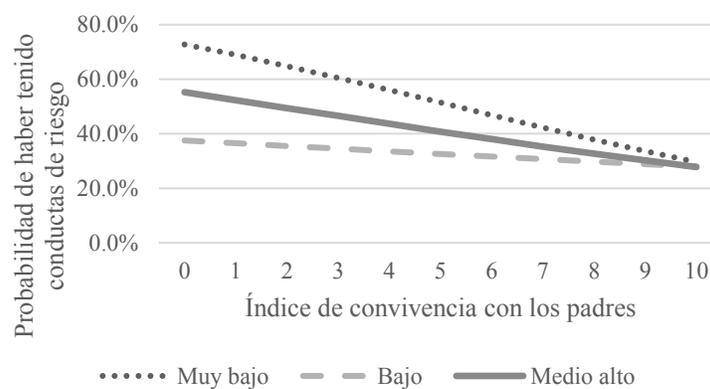
El índice de cohesión familiar tiene un efecto que interactúa con el género (Cuadro 15), con una razón de momios de 1.07. Como el efecto del índice sin interacción sobre la probabilidad de haber tenido conductas violentas es negativo, entre los hombres se reducirá en menor medida la probabilidad de tener conductas riesgosas en comparación con las mujeres cuando aumente el valor del índice de cohesión familiar (lo hace menos negativo).

El índice de convivencia con los padres resultó ser significativo tanto con el género como con el estrato socioeconómico de los jóvenes. La interacción con el género tiene una razón de momios menor que uno (0.93) como la del índice sin interacción, lo que significa que un valor alto del índice entre los varones reducirá más la probabilidad de haber tenido este tipo de conductas en comparación con las mujeres. La interacción con el estrato socioeconómico del hogar se presenta empleando como referencia a los jóvenes que pertenecen al estrato medio-alto. En comparación

con ellos, el efecto del índice de convivencia con los padres incrementa su impacto negativo entre los jóvenes del estrato muy bajo (razón de momios de 0.93) y la aumenta entre los de estrato bajo (1.08). Esto significa que la convivencia con los padres, como ventaja o factor protector para los jóvenes beneficia más a quienes se encuentran en situaciones socioeconómicas más precarias, y tiene un efecto reducido entre los jóvenes integrantes de hogares con mejores condiciones de vida.

En la Gráfica 10 se presentan las probabilidades de los jóvenes varones de haber tenido conductas violentas según su estrato socioeconómico a cada incremento del valor del índice de convivencia con los padres, manteniendo el resto de las variables constantes. Se nota como un joven de estrato muy bajo que tuviera nula convivencia con sus padres tendría una probabilidad de más de 70% de haber tenido conductas de riesgo, en contraste con un joven del mismo estrato pero con el máximo índice de convivencia observado, que tendría una probabilidad de 30%; en oposición, un joven de estrato bajo con nula convivencia tendría una probabilidad de casi 40% y uno con la máxima convivencia tendría alrededor de 30% de probabilidad. Para el primer joven el efecto de la convivencia con sus padres podría reducir en 30 puntos porcentuales de la probabilidad, mientras un joven de estrato bajo sólo la reduciría 10 puntos.

**Gráfica 10. Probabilidad de haber tenido conductas de riesgo según índice de convivencia con los padres por estrato socioeconómico entre jóvenes varones**



**Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred-2014**

Lo anterior se explica como una acumulación de desventajas entre el estrato socioeconómico y poca convivencia con los padres. Esto permite suponer que programas sociales enfocados a mejorar la convivencia entre padres e hijos tendrían resultados más notorios entre la población de escasos recursos.

**Cuadro 15. Resultados de modelo logístico para haber tenido conductas de riesgo**

Variable	Modelo sin interacciones			Modelo con interacciones		
	Razón de momios	Intervalo de confianza		Razón de momios	Intervalo de confianza	
Constante	5.2***	4.25	6.35	4.33***	3.18	5.90
INDIVIDUAL						
Género						
Mujer	Referencia			Referencia		
Hombre	2.09***	1.98	2.20	2.29***	1.63	3.21
Grupo de edad						
12-14 años	0.33***	0.30	0.35	0.42***	0.37	0.48
15-18 años	Referencia			Referencia		
19-22 años	2.11***	1.97	2.27	2.05***	1.85	2.27
23-29 años	2.38***	2.20	2.58	2.19	1.96	2.45
Ocupación						
Estudia	Referencia			Referencia		
Trabaja	1.27***	1.18	1.37	1.27***	1.18	1.36
Estudia y trabaja	1.17*	1.03	1.32	1.16*	1.03	1.32
Ni estudia ni trabaja	1.02	0.87	1.20	1.12	0.95	1.31
Sólo quehaceres del hogar	1.17**	1.05	1.30	1.18**	1.06	1.31
HOGAR						
Tipo de hogar						
Nuclear	Referencia			Referencia		
Monoparental	1.22***	1.14	1.31	1.22***	1.14	1.31
Ampliado	1.19***	1.11	1.27	1.22***	1.14	1.30
Estrato socioeconómico						
Muy bajo	1.21***	1.14	1.28	2.11***	1.54	2.90
Bajo	0.83***	0.77	0.90	0.49***	0.35	0.68
Medio-alto	Referencia			Referencia		
Índices						
Conflictividad con otros miembros del hogar	1.23***	1.18	1.29	1.23***	1.18	1.28
Conflictividad entre otros miembros	1.2***	1.15	1.25	1.20***	1.15	1.25
Cohesión familiar	0.81***	0.79	0.82	0.78***	0.76	0.80
Convivencia del joven con sus padres	0.91***	0.89	0.92	0.95**	0.92	0.99
COLONIA						
Índice de percepción de riesgo en la colonia	1.11***	1.10	1.12	1.08***	1.06	1.10
INTERACCIONES						
Género x 12-14 años				0.65***	0.55	0.77
Género x 15-18 años				Referencia		
Género x 19-22 años				1.06	0.92	1.21
Género x 23-29 años				1.17*	1.02	1.35
Género x cohesión familiar				1.07***	1.03	1.10
Género x convivencia con los padres				0.93***	0.90	0.97
Género x riesgo en la colonia				1.05***	1.02	1.07
Muy bajo x convivencia con los padres				0.93***	0.90	0.97
Bajo x convivencia con los padres				1.08***	1.03	1.12
Medio-alto x convivencia con los padres				Referencia		
Observaciones	32,879			32,879		
BIC	35,610			35,554		
Casos clasificados correctamente	72.3%			72.6%		

Nota: \* p<0.05; \*\* p<0.01; \*\*\* p<0.001

Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred-2014

Por último, en el nivel de análisis de la colonia, el índice de percepción de riesgos provoca, por cada unidad que aumenta su valor, un incremento de 8% en la probabilidad de haber tenido conductas riesgosas. Se comprueba que entre los jóvenes la percepción de altos riesgos en la colonia es una desventaja asociada a mayor involucramiento en situaciones de violencia.

Además, este índice interactúa con el género de tal manera que su impacto es mayor entre los jóvenes hombres que entre las mujeres (razón de momios de 1.05 con las mujeres como grupo de referencia). Es decir, un mismo valor del índice de percepción de riesgos en la colonia aumentará más la probabilidad de que un joven varón haya tenido conductas de riesgo que la de una joven.

### **5.3 Desventajas correlacionadas con tener relaciones sociales de riesgo**

Al incluir un indicador de relaciones sociales de riesgo se considera que los amigos y compañeros con comportamientos violentos o delictivos podrían incitar a los jóvenes entrevistados a participar en situaciones del mismo tipo porque mientras más perciban como normales estos comportamientos entre personas de su edad, habrá menos barreras para que los repliquen (Andrade y Betancourt, 2008). El indicador considera amistades que en el último año hayan vendido drogas, robado, formado parte de pandillas, agredido objetos, personas o animales, etcétera.

Una vez evaluada la significancia de las interacciones con el estrato y con el género, se obtuvo un modelo logístico donde la única interacción que resultó significativa fue la de género y grupo de edad. Incluir esta interacción redujo el valor del BIC en comparación con el modelo sin interacciones, por lo que se opta por interpretar dicho modelo (Cuadro 16). Cabe mencionar que la ocupación no resultó ser estadísticamente significativa y por lo tanto no se incluyó en ningún modelo<sup>22</sup>; el tipo de hogar tampoco es significativo, sin embargo se mantuvo en los modelos finales por la importancia que se le otorgó en investigaciones previas consultadas (Frías y Castro, 2011; Rodríguez, 2001).

En el nivel individual se observa una razón de momios para que los jóvenes varones tengan relaciones sociales de riesgo en el ámbito social de 2.19 en comparación con las jóvenes, es decir una probabilidad de más del doble para hombres en comparación con las mujeres. Las causas de

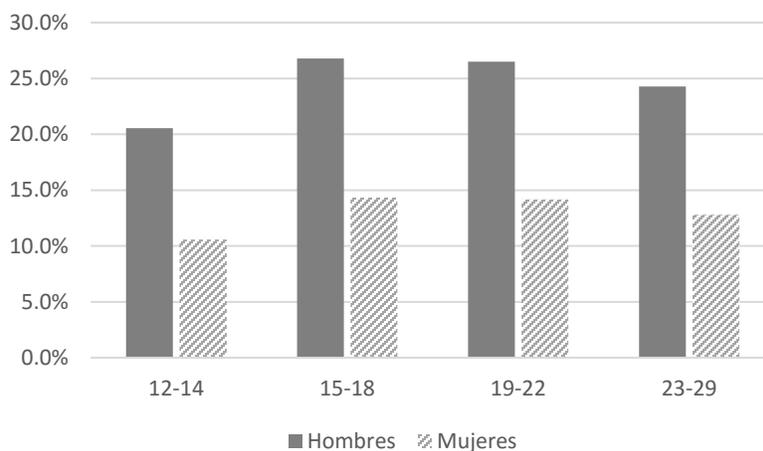
---

<sup>22</sup> El modelo sin interacciones con la variable “ocupación del joven” tuvo un BIC de 33,830, frente al BIC del modelo con interacciones de 33,752, además las razones de momios eran prácticamente iguales para el resto de las variables incluidas en el modelo.

esta diferencia podrían radicar en que en algunas ciudades las mujeres son más protegidas por sus padres o por ellas mismas, porque las consideran más vulnerables que los hombres, y conviven menos con personas fuera del entorno familiar (Vega, 2014).

Para analizar la correlación entre la edad de los jóvenes y la probabilidad de que tengan relaciones de riesgo se consideró al grupo de entre 23 y 29 años como referencia. Dicho grupo es el que presenta la menor propensión a haber tenido relaciones sociales de riesgo, el segundo grupo con menor probabilidad es el de jóvenes entre 19 y 22 con una probabilidad 25% mayor respecto al grupo de referencia, le sigue el grupo de 12 a 14 años, con una probabilidad 70% mayor, la mayoría de estos jóvenes acude a la secundaria, aún no se relacionan con muchas personas fuera de su hogar y los factores protectores del mismo tienen más impacto en ellos. En contraste, los jóvenes de 15 a 18 años tienen la mayor razón de momios (1.88), equivalente a 88% más probabilidad de tener amigos o conocidos que podrían involucrarlos en situaciones violentas que el grupo de mayor edad. El hecho de que la probabilidad siga una tendencia normal, como se muestra en la Gráfica 11, se explica porque los jóvenes adolescentes (quienes están en el grupo de mayor probabilidad) buscan nuevas sensaciones que, aunadas a la baja percepción del riesgo y a la necesidad de retar a las figuras de autoridad, son la causa de que elijan amistades riesgosas (Andrade y Betancourt, 2008).

**Gráfica 11. Probabilidad de haber tenido conductas de riesgo según género y grupo de edad de los jóvenes**



**Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred-2014**

El efecto de la edad interactúa con el género: entre los dos primeros grupos de edad la diferencia por género es menor en comparación con el grupo de jóvenes de 23 a 29 años (razones de momios de 0.47 y 0.61). Sin embargo, el comportamiento de los momios indica que en el grupo de mayor edad, el impacto del género aumenta, debido a un menor involucramiento en relaciones riesgosas de las jóvenes que pertenecen a ese grupo en comparación con las más jóvenes. Suponiendo que el comportamiento de hombres y mujeres de 23 a 29 años fue el mismo durante toda su juventud que el observado en los otros grupos, se concluye que las mujeres dejaron de involucrarse en relaciones sociales de riesgo a edades más tempranas que los varones.

En el nivel del hogar, el estrato socioeconómico del hogar empleado como referencia fue el muy bajo, que es al que pertenecen los jóvenes con mayor probabilidad de tener relaciones sociales de riesgo. En comparación con ellos, los de estrato bajo tienen 8% menor probabilidad de haber tenido este tipo de conductas, lo que se traduce en que pertenecer a un estrato muy bajo es una desventaja para los jóvenes y, en otras palabras, vivir en condiciones de pobreza incrementa las probabilidades de involucrarse en situaciones violentas (Rodríguez, 2001; Vul, 1997).

Los cuatro índices asociados a los ambientes de hostilidad son significativos y su efecto es en el sentido esperado. Tanto el incremento del índice de conflictos en los que participa el joven, como el índice de conflictos donde no participa, incrementan la probabilidad de tener relaciones riesgosas en 19% por cada unidad que aumenta su valor. Es decir, presenciar o ser partícipe de conflictos dentro del hogar con mucha frecuencia es una desventaja que incrementa la probabilidad de que los jóvenes se involucren en relaciones riesgosas, lo que aporta evidencia a que el uso de violencia para la resolución de conflictos en la familia hace que los jóvenes vean como normal el involucramiento en este tipo de situaciones y es más probable que las repliquen (Andrade y Betancourt, 2008; Saraví, 2006b).

El índice de cohesión familiar, por lo contrario, es un factor protector para los jóvenes. Por cada unidad que aumenta su valor, reduce en 17% la probabilidad de tener relaciones sociales de riesgo. En menor medida, el índice de convivencia con los padres la reduce en 2%. Por lo tanto, tener elevados niveles de cohesión familiar y buena convivencia con sus padres es una ventaja para que los jóvenes reduzcan su propensión a tener relaciones sociales de riesgo.

**Cuadro 16. Resultados de modelos logísticos para tener relaciones sociales de riesgo en el ámbito social**

Variable	Modelo sin interacciones			Modelo con interacciones		
	Razón de momios	Intervalo de confianza		Razón de momios	Intervalo de confianza	
Constante	0.79*	0.66	0.95	0.63***	0.52	0.77
INDIVIDUAL						
Género						
Mujer	Referencia			Referencia		
Hombre	1.50***	1.43	1.59	2.19***	1.94	2.47
Grupo de edad						
12-14 años	1.12**	1.03	1.23	1.70***	1.50	1.94
15-18 años	1.41***	1.30	1.53	1.88***	1.67	2.13
19-22 años	1.17***	1.08	1.27	1.25**	1.09	1.42
23-29 años	Referencia			Referencia		
HOGAR						
Tipo de hogar						
Nuclear	Referencia			Referencia		
Monoparental	1.07	1.00	1.15	1.07	1.00	1.15
Ampliado	1.03	0.96	1.11	1.07	0.99	1.15
Estrato socioeconómico						
Muy bajo	Referencia			Referencia		
Bajo	0.92	0.85	1.00	0.92*	0.85	0.99
Medio-alto	0.95	0.90	1.01	0.95	0.89	1.01
Índices						
Conflictividad con otros miembros del hogar	1.19***	1.14	1.24	1.19***	1.14	1.24
Conflictividad entre otros miembros	1.19***	1.14	1.24	1.19***	1.15	1.24
Cohesión familiar	0.83***	0.81	0.84	0.83***	0.81	0.84
Convivencia del joven con sus padres	0.97**	0.95	0.99	0.98*	0.96	1.00
COLONIA						
Índice de percepción de riesgo en la colonia	1.12***	1.11	1.14	1.12***	1.11	1.14
INTERACCIONES						
Género x 12-14 años				0.47***	0.40	0.56
Género x 15-18 años				0.61***	0.52	0.71
Género x 19-22 años				0.90	0.77	1.07
Género x 23-29 años				Referencia		
Observaciones	32,879			32,879		
BIC	33,795			33,752		
Casos clasificados correctamente	76.9%			76.9%		

Nota: \* p<0.05; \*\* p<0.01; \*\*\* p<0.001

**Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred-2014**

Finalmente, en el nivel de la colonia, los jóvenes que declararon altos niveles en el índice de percepción de riesgos también reportaron mayor frecuencia de haberse involucrado en relaciones sociales de riesgo. En específico, por cada unidad que incrementa el índice, dicha probabilidad aumenta 12%. Además de que esta asociación podría explicarse si los amigos de los jóvenes entrevistados fueran quienes causan el incremento del índice de riesgo en la colonia, vivir en un ambiente de alto riesgo es otra forma de que las personas normalicen las conductas violentas, facilitando que el joven busque o al menos no evite las relaciones de riesgo.

#### **5.4 Consideraciones finales**

A lo largo del capítulo puede observarse que algunas variables fungieron definitivamente como desventajas y algunas otras como ventajas para las tres formas consideradas de involucramiento en situaciones violentas de los jóvenes. Las desventajas observadas en los tres modelos son ser hombre, dedicarse a estudiar y trabajar, pertenecer a un hogar de estrato bajo o muy bajo, presenciar y ser partícipe de frecuentes conflictos en el hogar y vivir en una colonia de alto riesgo. Las ventajas observadas son pertenecer a una familia nuclear y tener alta cohesión familiar.

En los tres modelos presentados el género es significativo en perjuicio de los jóvenes varones, principalmente en lo que concierne a las conductas de riesgo y a las relaciones sociales de riesgo, para las cuales la probabilidad de que los hombres sean partícipes es más del doble que la de las mujeres. Esto puede estar asociado con tener conductas o relaciones riesgosas, pues es en gran medida una decisión de los individuos, mientras que la victimización, además de ser prácticamente involuntaria, muchas veces ni siquiera está relacionada con una exposición consiente a riesgos.

El estrato socioeconómico del hogar tiene una incidencia muy reducida en el modelo de relaciones sociales de riesgo, en el que los más vulnerables son los jóvenes de estrato muy bajo, pero sin ser significativamente distintos de los de estrato medio-bajo. En el modelo de victimización los jóvenes que están en mayor desventaja son los del estrato bajo, pero la diferencia es muy reducida respecto a los del estrato muy bajo y por lo tanto podría decirse que tienen casi la misma probabilidad de ser victimizados. Por último, en el modelo de conductas de riesgo se observa una diferenciación entre estratos muy clara: los jóvenes con mayor probabilidad de ser partícipes son los de estrato muy bajo y los de estrato bajo son los que menos participan.

Como se dijo antes, la victimización no suele ser una decisión de los individuos, mientras involucrarse en situaciones de riesgo lo es con mayor frecuencia; podemos concluir que no existe una relación lineal entre involucrarse en conductas o relaciones de riesgo y el nivel socioeconómico de los individuos. Los jóvenes de estrato muy bajo son los que tienen mayor propensión a involucrarse en situaciones de violencia, seguidos de los de estrato medio-alto y los menos involucrados son los de estrato bajo.

El indicador para el que se obtuvo un mejor ajuste fue el de las relaciones sociales de riesgo (76.9% de los casos correctamente clasificados), al mismo tiempo fue el que menos variables requirió para poder explicar el comportamiento de los jóvenes. En contraste, el de menor ajuste fue el de victimización (63.4% de los casos fueron correctamente clasificados), en él tampoco se encontraron variables que interactuaran con el estrato socioeconómico o el género, por lo que será necesario encontrar otras posibles desventajas en futuras investigaciones que puedan explicar la parte del fenómeno que no fue explicada aquí.

Por último, el modelo dedicado a haber tenido conductas de riesgo fue donde se pudo identificar un mayor número de desventajas que resultaran significativas. Además, se pudo enriquecer con la inclusión de varias interacciones, lo que permite afirmar que en esa forma de involucramiento en situaciones de violencia se puede identificar con mayor claridad la acumulación de desventajas como son el género y la edad, o el estrato socioeconómico y el índice de convivencia con los padres.

### **Conclusiones generales**

Tomando en cuenta las hipótesis puede decirse que se comprobó que existe una serie de desventajas presentes en los jóvenes, particularmente en los varones, causantes de una mayor probabilidad de que se involucren en situaciones de violencia. Esto se observó de manera más contundente en los modelos para haber sido víctima de violencia en el ámbito social y haber tenido conductas de riesgo, donde la mayoría de las desventajas resultaron significativas.

En el nivel individual, ser hombre está relacionado con mayor participación de los jóvenes en situaciones violentas de las tres formas analizadas, por lo que es una desventaja para ellos. Con estos resultados se confirma que el género trasciende distintos contextos sociales (Scott, 1996), principalmente cuando los jóvenes tienen participación activa en las situaciones violentas, como el haber tenido conductas de riesgo, donde los varones participaron significativamente más que las mujeres.

La edad en sí misma es una desventaja para los adolescentes, quienes son más propensos a ser víctimas y tener relaciones de riesgo. Sin embargo, teniendo en cuenta que es inevitable pasar por ciertas etapas en la vida, más que considerar a este grupo etario como más violento tendrían que llevarse a cabo acciones que prevengan la participación de los jóvenes adolescentes en situaciones violentas o delictivas. En otras palabras, es conveniente crear programas que contrarresten los efectos de la edad como desventaja, que prevengan que los jóvenes incrementen su vulnerabilidad ante la participación en situaciones violentas que podrían trascender dicha etapa o convertirse en conductas delictivas y, al mismo tiempo, no se conviertan en límites de la construcción de su propia identidad.

En este sentido, para enriquecer la información sobre conductas juveniles que terminen en conductas delictivas podrían emplearse estudios de tipo longitudinal en futuras investigaciones, que permitan ubicar la edad y secuencia en que ocurren eventos violentos a los jóvenes, así como si continuaron después de terminada la adolescencia.

Respecto a la hipótesis de que el pertenecer al grupo de mayor edad implicaría una desventaja para los jóvenes, los resultados permiten sólo comprobarla parcialmente. Para haber tenido conductas riesgosas el grupo de mayor edad efectivamente resultó ser el más vulnerable, sin embargo para la

victimización y las relaciones sociales de riesgo el grupo más vulnerable es el de 15 a 18 años, es decir quienes están en plena adolescencia.

Por otra parte, no se comprobó la hipótesis de que los jóvenes que no estudian ni trabajan tienen mayor involucramiento en situaciones de riesgo o violentas. Pese a que estén excluidos del sistema –o quizá, por estar excluidos del mismo– no recurren a la exposición a riesgos como forma de vida. Se encontró, por el contrario, que los jóvenes participan más en situaciones violentas a causa de la exposición a distintos espacios, como la escuela, el trabajo y la vía pública, y menos en relación con su ocupación. Esta evidencia aporta elementos a favor de los llamados “ninis”, quienes además de no formar parte del sistema educativo y no tener empleo son culpabilizados de su situación, aquí se demuestra, en contraste, que el no tener ocupación no es una situación suficiente para que una persona tenga comportamientos riesgosos.

En el nivel del hogar, se comprobó que para ser víctima de violencia y tener conductas de riesgo, pertenecer a un hogar monoparental sí implica una desventaja, lo que hace de los hogares nucleares entornos que protegen ante el involucramiento en situaciones violentas. Pertenecer al tipo de hogar ampliado tuvo prácticamente los mismos resultados que el monoparental, de tal manera que se propone profundizar en factores intermedios que profundicen en el la asociación de tener un comportamiento problemático entre los jóvenes con tener un tipo de hogar distinto al nuclear.

El estrato socioeconómico muy bajo tiene la mayor relación con el involucramiento de jóvenes en situaciones de violencia. Se comprobó que para las conductas y relaciones riesgosas formar parte de dicho estrato es una desventaja, sin embargo para ser víctimas, los jóvenes del estrato bajo son los más vulnerables. En consecuencia, se propone realizar investigaciones de tipo cualitativas que fortalezcan las explicaciones sobre esta situación, que profundicen en el tema de falta de oportunidades para los jóvenes de escasos recursos y su autopercepción, como personas incapaces de mejorar sus condiciones de vida.

Se comprobó también que un ambiente hostil de convivencia en el hogar favorece la réplica de conductas violentas en otros espacios de socialización. En los modelos los índices de conflictividad entre los miembros del hogar demostraron aumentar la probabilidad de que el joven se viera involucrado; mientras la cohesión familiar en los tres modelos y la convivencia con los padres en

dos, denotan que un ambiente armonioso reduce la misma probabilidad. En este punto puede considerarse como una de las consecuencias de una socialización primaria entre los jóvenes, porque el involucramiento en situaciones de violencia está correlacionado con la presencia de conflictos entre los miembros del hogar y ausencia de cohesión familiar (Berger y Luckman, 2003).

La razón por la que valores altos del índice de convivencia con los padres se asocian con la victimización de los jóvenes no puede ser explicada por la teoría sociológica de dichos autores, sin embargo el tema ha sido abordado desde la psicología social por investigadores como Andrade y Orozco (2008), quienes vinculan la sobreprotección de los niños y jóvenes con mayor vulnerabilidad. Para poder mejorar el índice de convivencia con los padres podrían incluirse factores sobre cómo se sienten los jóvenes con el tipo de relación que tienen con sus padres, de tal manera que se identifique si la cercanía con los padres funge como factor protector o disminuye las facultades de los jóvenes para defenderse de agresiones en el ámbito social.

En el nivel de análisis de la colonia el índice de percepción de riesgo también tuvo el resultado esperado: vivir en colonias de alta peligrosidad es una desventaja para los jóvenes. Es posible afirmar que incluir desventajas que pudieran afectar a los jóvenes en los tres niveles de análisis fue adecuado. Por lo tanto, se recomienda incluir en otras investigaciones características del entorno social, o de la colonia, en las investigaciones sobre conductas violentas, no únicamente para incrementar el horizonte explicativo de los modelos estadísticos, sino porque a ese nivel es posible generar políticas públicas de mayor alcance que reduzcan y prevengan los actos delictivos o violentos.

Respecto al modelo construido para explicar las relaciones sociales de riesgo, se descartan el tipo de hogar y la ocupación como desventajas o ventajas, de manera que puede suponerse la falta de elementos no considerados en esta investigación para explicar con mayor profundidad este indicador. Se propone realizar análisis donde se le trate de manera diferenciada, lo cual podría ayudar a conocer con mayor exactitud la forma de las relaciones sociales de riesgo (por ejemplo qué tan frecuentemente son relaciones de pareja, si surgen en algún ámbito en específico o si los factores protectores funcionan de manera distinta a los de los otros indicadores de involucramiento en situaciones de violencia) y, de ser posible, evaluar si la victimización de los jóvenes está relacionada con las relaciones sociales de riesgo.

A lo largo de la investigación se pudo constatar la complejidad de las conductas y relaciones hostiles entre las personas. Por lo tanto, se reconoce que políticas públicas aisladas no servirán para combatir la forma en la que la violencia se replica entre individuos y a través de los espacios de socialización. Es necesario, más que combatir las consecuencias que se encuentran al final de la cadena de acumulación de desventajas, combatir las desventajas identificadas que afectan a los jóvenes, considerando las interacciones entre ellas (Saraví, 2006b).

En el mismo sentido, es necesario considerar las características positivas, las ventajas que pueden ayudar a los jóvenes a enfrentar sus problemas de manera pacífica. Entre las propuestas que surgen de esta investigación se encuentra fomentar el empoderamiento de las mujeres de sectores populares, con el objetivo de que las relaciones en el interior de sus familiar se democraticen como ocurre en algunos hogares de sectores medios (Rojas, 2016), principalmente mediante el fomento de mayor participación femenina en el ámbito laboral y educativo y de la participación masculina en las labores domésticas.

Por último, debe tenerse en cuenta que, como las desventajas no son determinantes para que las personas adquieran una u otra conducta y la violencia es un fenómeno multicausal, no podrá erradicarse totalmente aunque se combatan las desventajas y se fortalezcan las ventajas de los jóvenes. Sin embargo los elementos aquí presentados, junto con otros propuestos desde distintas disciplinas, pueden ayudar a reducir la frecuencia con la que muchos jóvenes recurren a la violencia para resolver conflictos, así como la intensidad de la misma, característica de las ciudades para las que la Ecopred-2014 es representativa.

## Apéndice

**Tabla 1. Ciudades para las que es representativa la Ecopred**

Estado	Ciudad	Hogares encuestados
<b>Aguascalientes</b>	Aguascalientes	2,050
<b>Baja California</b>	Mexicali	2,150
	Tijuana	2,050
<b>Baja California Sur</b>	La Paz	2,050
<b>Campeche</b>	Campeche	2,050
<b>Coahuila</b>	Saltillo	2,050
<b>Coahuila-Durango</b>	Z.M de la Laguna	2,050
<b>Colima</b>	Colima	2,150
	Manzanillo	2,050
<b>Chiapas</b>	Tuxtla Gutiérrez	2,050
<b>Chihuahua</b>	Chihuahua	2,050
	Cd. Juárez	2,150
<b>Distrito Federal</b>	Gustavo A. Madero	2,150
	Iztapalapa	2,150
<b>Durango</b>	Durango	2,050
<b>Guanajuato</b>	León	2,050
<b>Guerrero</b>	Acapulco	2,050
	Chilpancingo	2,050
	Zihuatanejo	2,050
<b>Hidalgo</b>	Pachuca	2,050
<b>Jalisco</b>	Z.M. de Guadalajara	2,050
<b>Estado de México</b>	Ecatepec	2,150
	Cd. Nezahualcóyotl	2,150
	Toluca	2,150
<b>Michoacán</b>	Morelia	2,050
	Uruapan	2,150
<b>Morelos</b>	Cuatla	2,150
	Z.M. de Cuernavaca	2,050
<b>Nayarit</b>	Tepic	2,050
<b>Nuevo León</b>	Z.M. de Monterrey	2,050
<b>Oaxaca</b>	Oaxaca	2,050
<b>Puebla</b>	Puebla	2,050
	Tehuacán	2,150
<b>Querétaro</b>	Z.M. de Querétaro	2,050
<b>Quintana Roo</b>	Cancún	2,050
<b>San Luis Potosí</b>	San Luis Potosí	2,050

<b>Sinaloa</b>	Los Mochis	2,050
	Culiacán	2,050
<b>Sonora</b>	Cd. Obregón	2,150
	Hermosillo	2,050
<b>Tabasco</b>	Villahermosa	2,050
<b>Tamaulipas</b>	Nuevo Laredo	2,150
	Cd. Victoria	2,150
<b>Tlaxcala</b>	Tlaxcala	2,150
<b>Veracruz</b>	Z.M. de Veracruz	2,050
<b>Yucatán</b>	Mérida	2,050
<b>Zacatecas</b>	Z.M. de Zacatecas	2,050
	Total	97,850

**Fuente: Ecopred, 2014**

**Tabla 2. Frecuencias de causas de conflicto declaradas por los jóvenes según índices asociados a los ambientes de hostilidad en el hogar**

CAUSAS	Ambiente hostil*				Ambiente armonioso**			
	Conflictividad con el joven	Conflictividad entre otros miembros	Cohesión familiar	Convivencia con los padres	Conflictividad con el joven	Conflictividad con el joven	Cohesión familiar	Convivencia con los padres
Económicos	897	1,057	630	469	379	751	571	533
Organización	827	1,017	579	361	331	548	477	470
Adicciones	319	388	284	169	117	169	114	133
Indisciplina	1,377	1,479	912	476	358	937	706	825
Incumplimiento de tareas	3,176	3,348	1,848	815	646	2,013	1,745	2,010
Entre hermanos	1,069	868	620	397	282	1,363	890	814
Otra	197	140	113	92	56	209	115	98
<b>TOTAL</b>	<b>7,862</b>	<b>8,297</b>	<b>4,986</b>	<b>2,779</b>	<b>2,169</b>	<b>5,990</b>	<b>4,618</b>	<b>4,883</b>

\* Valores para los índices de conflictividad por encima del percentil 75 y para el de cohesión y el de convivencia por debajo del percentil 25.

\*\* Valores para los índices de conflictividad por debajo del percentil 25 y para el de cohesión y el de convivencia por encima del percentil 75.

**Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred 2014**

**Tabla 3. Frecuencias de reacciones ante conflictos en el hogar declaradas por los jóvenes según índices de hostilidad**

REACCIONES	Ambiente hostil*				Ambiente armonioso**			
	Conflictividad con el joven	Conflictividad entre otros miembros	Cohesión familiar	Convivencia con los padres	Conflictividad con el joven	Conflictividad con el joven	Cohesión familiar	Convivencia con los padres
Obedecer	2,073	2,195	902	571	669	2,170	2,031	1,858
Ignorar	2,198	2,319	1,518	913	741	1,776	1,190	1,246
Discutir	1,534	2,006	879	596	572	1,067	1,103	1,097
Gritar si le gritan	718	600	553	230	103	430	169	274
Gritar	526	466	428	149	67	249	96	206
Golpear cosas	439	447	352	104	72	211	103	226
Tomar o fumar	94	83	86	32	11	49	13	30
Golpear personas	271	264	264	183	48	138	42	47
Otro	100	83	49	45	27	98	79	59
<b>Total</b>	<b>7,953</b>	<b>8,463</b>	<b>5,031</b>	<b>2,823</b>	<b>2,310</b>	<b>6,188</b>	<b>4,826</b>	<b>5,043</b>

\* Valores para los índices de conflictividad por encima del percentil 75 y para el de cohesión y el de convivencia por debajo del percentil 25.

\*\* Valores para los índices de conflictividad por debajo del percentil 25 y para el de cohesión y el de convivencia por encima del percentil 75.

**Fuente: Elaboración propia con base en la Ecopred 2014**

## Bibliografía

- Alanís, Ú., y Durán, A. (2014). Jóvenes en Ciudad Juárez, Chihuahua: entre la falta de oportunidades y el miedo a la violencia. *Violencia Juvenil y Acceso a la Justicia en América Latina* (1.ª ed., Vol. II, pp. 63-112). México: El Colegio de México.
- Alvarado, A. (Ed.). (2014a). *Violencia Juvenil y Acceso a la Justicia en América Latina* (1.ª ed., Vol. I y II). México: El Colegio de México.
- Alvarado, A. (2014b). Los jóvenes, la violencia y la interacción con la policía en la ciudad de México. *Violencia Juvenil y Acceso a la Justicia en América Latina* (1.ª ed., Vol. II, pp. 223-295). México: El Colegio de México.
- Andrade, P., y Betancourt, D. (2008). Factores individuales, familiares y sociales y conductas de riesgo en adolescentes. *Investigaciones psicosociales en adolescentes* (pp. 181-227). México: UNICACH, UNAM.
- Archer, J. (1994). Violence between Men. En J. Archer (Ed.), *Male Violence* (pp. 121-142). London ; New York: Routledge.
- Batthyány, K. (2008). Pobreza y desigualdades sociales. Una visión desde el género. *Papeles de Población*, 57, 193-207.
- Berger, P., y Luckman, T. (2003). La sociedad como realidad subjetiva. *La construcción de la realidad social* (pp. 162-225). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Betancourt, D., Andrade, P., y Orozco, L. (2008). Control parental y depresión en adolescentes. *Investigaciones psicosociales en adolescentes* (pp. 71-87). México: UNICACH, UNAM.
- Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, 5, 5-31.
- Campbell, A., y Muncer, S. (1994). Men and the Meaning of Violence. En J. Archer (Ed.), (pp. 332-351). London ; New York: Routledge.
- Canales, A. (2003). Demografía de la desigualdad. El discurso de la población en la era de la globalización. *Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio* (pp. 43-86). Guadalajara: Universidad de Guadalajara, El Colegio de México, Sociedad Mexicana de Demografía.
- Casique, I. (2012). Vulnerabilidad a la violencia doméstica. Una propuesta de indicadores para su medición. *Realidad, datos y espacio, Revista Internacional de Estadística y Geografía*, 3(2), 46-65.
- Castel, R. (2004). *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Argentina: Manantial.
- Castro, R., y Frías, S. (2010). Violencia familiar contra la infancia en México: hallazgos a partir de la encuesta sobre dinámica de las relaciones en los hogares 2003 (ENDIREH). *Familias en el siglo XXI: realidades diversas y política pública* (pp. 207-228). México: UNEM, PUEG, COLMEX, CEDUA.

- CEPAL. (2003). Juventud, pobreza y desarrollo en América Latina y el Caribe. CEPAL. Recuperado a partir de <http://www.cepal.org/publicaciones/xml/0/13520/1575.pdf>
- Concha-Eastman, A., y Concha, N. (2014). Entre la desesperanza y la supervivencia. Realidades de los adolescentes y jóvenes de barriadas populares en Cali, Colombia, 2011. *Violencia Juvenil y Acceso a la Justicia en América Latina* (1.ª ed., Vol. I, pp. 215-318). México: El Colegio de México.
- Corsi, J. (1999). Una mirada abarcativa sobre el problema de la violencia familiar. *Violencia familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social* (pp. 15-63). Buenos Aires: Paidós.
- DOF. (2014). PROGRAMA NACIONAL PARA LA PREVENCIÓN SOCIAL DE LA VIOLENCIA Y LA DELINCUENCIA 2014-2018. Recuperado a partir de [http://www.dof.gob.mx/nota\\_detalle.php?codigo=5343087&fecha=30/04/2014](http://www.dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=5343087&fecha=30/04/2014)
- ECOPRED. (2014). Encuesta de Cohesión Social para la Prevención de la Violencia y la Delincuencia (ECOPRED) 2014. *INEGI*. Recuperado octubre 22, 2015, a partir de <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/encuestas/hogares/especiales/ecopred/2014/default.aspx>
- ENSI. (2010). Encuesta Nacional sobre Inseguridad (ENSI). *INEGI*. Recuperado octubre 22, 2015, a partir de <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/encuestas/hogares/especiales/ensi/presentacion.aspx>
- ENVIPE. (2015). Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública 2015|. *INEGI*. Recuperado abril 19, 2016, a partir de [http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/encuestas/hogares/regulares/envipe/envipe2015/doc/envipe2015\\_presentacion\\_nacional.pdf](http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/encuestas/hogares/regulares/envipe/envipe2015/doc/envipe2015_presentacion_nacional.pdf)
- Escobar, M., Fernández, E., y Bernardi, F. (2012). *Análisis de datos con STATA*. Cuadernos metodológicos. Madrid: CIS.
- Frías, S., y Castro, R. (2011). Socialización y violencia: desarrollo de un modelo de extensión de la violencia interpersonal a lo largo de la vida. *Estudios Sociológicos*, 29(86), 497-550.
- García, B., y de Oliveira, O. (1994). Jefas de hogar y violencia doméstica. *Trabajo femenino y vida familiar en México* (pp. 151-170). México: El Colegio de México.
- Giorguli, S. y Angoa, A. (2013). El tránsito a la adultez en tiempos de incertidumbre. *Coyuntura Demográfica*, (4), 39-45.
- González, M. (2007). Espirales de desventajas: pobreza, ciclo vital y aislamiento social. En G. A. Saraví (Ed.), *De la pobreza a la exclusión: continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina* (pp. 137-166). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Hoffman, J. P., Ireland, T. O., y Widom, C. S. (1994). Traditional Socialization Theories of Violence: A Critical Examination. *Male Violence* (pp. 289-309). Londres: Routledge.
- IFE. (2012a) ¿Qué es? *Consulta Infantil y Juvenil 2012*, Instituto Federal Electoral. Recuperado a partir de <http://www.ife.org.mx/documentos/DECEYEC/consultaInfantilJuvenil2012/que-es.html>

- IFE. (2012b). Resultados nacionales de la consulta infantil y juvenil. *Informe ejecutivo consulta 2012*. Recuperado noviembre 22, 2015, a partir de [http://www.ife.org.mx/documentos/DECEYEC/consultaInfantilJuvenil2012/Informe\\_ejecutivo\\_consulta2012.pdf](http://www.ife.org.mx/documentos/DECEYEC/consultaInfantilJuvenil2012/Informe_ejecutivo_consulta2012.pdf)
- INEGI. (2015a). Objetivo general. *Encuesta de cohesión social para la prevención de la violencia y la delincuencia*. Recuperado octubre 22, 2015, a partir de <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/encuestas/hogares/especiales/ecopred/2014/presentacion.aspx>
- INEGI. (2015b). Síntesis metodológica. *Encuesta de Cohesión Social para la Prevención de la Violencia y la Delincuencia*. Recuperado marzo 9, 2016, a partir de [http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos//prod\\_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva\\_estruc/702825074890.pdf](http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos//prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/702825074890.pdf)
- INEGI. (2015c). Informe Operativo. *Encuesta de Cohesión Social para la Prevención de la Violencia y la Delincuencia*. Recuperado marzo 9, 2016, a partir de [http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod\\_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva\\_estruc/702825074876.pdf](http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/702825074876.pdf)
- INEGI. (2015d). Encuesta Intercensal 2015. Recuperado abril 19, 2016, a partir de <http://www.inegi.org.mx/est/contenidos/proyectos/encuestas/hogares/especiales/ei2015/default.aspx>
- Juárez, M. (2002). La patología de la adolescencia: reflejo de la sociedad actual. *Adolescencia: espejo de la sociedad actual*, Repasando y pensando en la adolescencia (pp. 29-42). Buenos Aires: Lumen.
- Kessler, G., y Dimarco, S. (2014). Los jóvenes, la violencia y la interacción con la policía en Buenos Aires. *Violencia Juvenil y Acceso a la Justicia en América Latina* (1.ª ed., Vol. I, pp. 41-134). México: El Colegio de México.
- Kleinbaum, D., Kupper, L., Nizam, A., y Muller, K. (2008). *Applied Regression Analysis and Other Multivariable Methods* (4a ed.). Belmont: Duxbury.
- Lamas, M. (1996). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría «género». *El género : la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 327-366). México: Porrúa.
- Morrison, M., y Shifter, M. B. (2005). América violenta: factores de riesgo, consecuencias e implicaciones para las políticas sobre violencia social y doméstica. *Crimen y violencia en América Latina* (pp. 117-151). Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Nava, A. (2014). Los jóvenes, la violencia y la policía: el caso de Cancún. *Violencia Juvenil y Acceso a la Justicia en América Latina* (1.ª ed., Vol. II, pp. 21-62). México: El Colegio de México.
- OMS. (2016). Violencia. Organización Mundial de la Salud. Recuperado a partir de <http://www.who.int/topics/violence/es/>
- Palacios, J. R. (2008). Covariación y desarrollo de múltiples conductas problema en adolescentes. *Investigaciones psicosociales en adolescentes* (pp. 147-179). México: UNICACH, UNAM.
- Paugam, S. (2001). Les formes contemporaines de la pauvreté et de l'exclusion en Europe. *Études rurales*, 159/160, 73-95.

- Pedrero, M. (2014). Importancia del trabajo no remunerado: su medición y valoración mediante las encuestas de uso. *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México* (pp. 53-114). México: El Colegio de México.
- Ramírez, J. C. (2005). *Madeiras entreveradas: violencia, masculinidad y poder. Varones que ejercen violencia contra sus parejas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, Plaza y Valdés.
- Ramírez, M. A. (2007). *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*. México: Plaza y Valdés.
- Rodríguez, J. (2001). *Vulnerabilidad y grupos vulnerables: un marco de referencia conceptual mirando a los jóvenes*. Población y Desarrollo (Vol. 17). Santiago de Chile: CELADE-CEPAL.
- Rojas, O. (2006). La importancia de tener un hijo varón y algunos cambios en la relación padre-hijo en México. *Papeles de Población*, 12(48), 181-204.
- Rojas, O. (2016). Mujeres, hombres y vida familiar en México. Persistencia de la inequidad de género anclada en la desigualdad social. *Estudios de género*, 3, 73-101.
- Saraví, G. A. (2004). Juventud y violencia en América Latina. Reflexiones sobre exclusión social y crisis urbana. *Desacatos*, (14), 127-142.
- Saraví, G. A. (2006a). Atmósfera familiar y transición a la adultez. Factores de riesgo asociados con transiciones tempranas. En R. Esteinou (Ed.), *Fortalezas y desafíos de las familias en dos contextos: Estados Unidos de América y México* (pp. 341-383). México: CIESAS.
- Saraví, G. A. (2006b). Los eslabones de la violencia juvenil: acumulación de desventajas en la transición a la adultez. En J. Moro (Ed.), *Juventudes, violencia y exclusión: desafíos para las políticas públicas* (pp. 89-129). Guatemala: Magna Tierra editores.
- Saraví, G. A. (2007). Nuevas realidades y nuevos enfoques: exclusión social en América Latina. *De la pobreza a la exclusión: continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina* (pp 19-52). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Saraví, G. A. (2009). *Transiciones vulnerables: Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: CIESAS.
- Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. *El género : la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). México: Porrúa.
- Serrano, O., y Casique, I. (2013). Caracterización sociodemográfica de la muestra de la ENDIREH 2011 y comparación con la ENDIREH 2006 y 2003. *Expresiones y contextos de violencia contra las mujeres en México. Análisis comparativo de la ENDIREH 2011* (pp. 58-97). México: CRIM-INMUJERES.
- Szasz, I., y Lerner, S. (2003). Aportes teóricos y metodológicos de la perspectiva de género para el análisis de los fenómenos demográficos. *Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio* (pp. 177-209). Guadalajara: Universidad de Guadalajara, El Colegio de México, Sociedad Mexicana de Demografía.

- Tourinho, F., Trassi, M. de L., Decot, M., y Tinoco, R. (2014). Violencia, adolescencia y juventud en Sao Paulo. *Violencia Juvenil y Acceso a la Justicia en América Latina* (1.ª ed., Vol. I, pp. 137-211). México: El Colegio de México.
- Tuirán, R. (2002). Transición demográfica, trayectorias de vida y desigualdad social en México: lecciones y opciones. *Papeles de población*, 8(31), 25-66.
- Vega, J. (2014). La ciudad y la violencia que experimentan los jóvenes. El caso de León, Guanajuato. *Violencia Juvenil y Acceso a la Justicia en América Latina* (1.ª ed., Vol. II, pp. 113-164). México: El Colegio de México.
- Vul, M. (1997). Un enfoque psicosocial de la violencia en Centroamérica. *Delito y seguridad de los habitantes* (pp. 277-288). México: Siglo XXI editores.